



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

LA POESIA COMO CONOCIMIENTO DE LA REALIDAD
(ESTUDIO SOBRE LAS ODAS DE HORACIO)



T E S FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
 QUE PARA OBTENER EL COLEGIO DE L
 LICENCIATURA EN LETRAS DEPARTAMENTO DE
 P R E S E N T A DEPARTAMENTO DE
 ARACELI REYNOSO TAPIA LETRAS CLASICAS
 MEXICO, D. F. 1983

M. 11372



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi madre.

**Con mi constante y sincero
reconocimiento.**

I N D I C E

Página:

PROLOGO.....	4
INTRODUCCION.....	6
CAPITULOS	
I. ESTRUCTURA ECONOMICA DE LA SOCIEDAD.	
1.1 Esclavismo.	
1.1.1 Modo de producción.....	9
1.1.2 Origen y fuentes de la esclavitud en Roma.....	12
1.1.3 Empleos de los esclavos.....	16
1.1.4 Condiciones jurídicas y sociales de los esclavos.....	17
1.1.5 La esclavitud en tiempos de Augusto.....	21
II. PROCESO HISTORICO Y EVOLUCION POLITICA.	
2.1 Las guerras civiles.	
2.1.1 Ubicación histórica.....	24
2.1.2 La lucha política de los partidos y sus dirigentes.....	25
2.1.3 Conspiración de Catilina.....	45
2.1.4 Primer triunvirato y consulado de César.....	48
2.1.5 Dictadura de César.....	61
2.1.6 Segundo triunvirato.....	66
2.2 El principado.	
2.2.1 Evolución del poder de Octavio.....	77

III. RELACIONES ECONOMICAS Y SOCIALES EN EL SIGLO I. A.N.E.	
3.1 Introducción.....	81
3.2 Agricultura.....	84
3.3 Industria y comercio.....	91
3.4 Clases sociales.....	97
3.5 La vida familiar y costumbres.....	103
3.6 La religión.....	106
3.7 Los círculos literarios.....	108
3.8 La filosofía.	
3.8.1 El estoicismo.....	110
3.8.2 El epicureísmo.....	117
3.9 Política exterior.....	121
3.9.1 Las provincias.....	123
IV. HORACIO.	
4.1 Posición económica, educación y formación moral.....	127
4.2 La amistad con Mecenas.....	135
4.3 Las relaciones de Horacio con Augusto.....	138
4.4 Producción literaria de Horacio.....	142
4.4.1 Las obras.....	143
4.4.2 Las Sátiras.....	144
4.4.3 Las Odas.....	148
4.4.4 Las Epístolas.....	151
V. LA POESIA COMO CONOCIMIENTO DE LA REALIDAD. (ODAS).	
5.1 La poesía como medio de afirmación y conocimiento...	154
5.2 Costumbres y moral.....	163
5.3 Religión y poder.....	170
5.3.1 La religión personal.....	178
5.4 La conciencia de la muerte.....	180

Página:

5.5 La amistad como alternativa.....	187
5.6 El hombre dentro de la naturaleza.....	195
5.7 Horacio y la sociedad.....	201
CONCLUSIONES.....	209
BIBLIOGRAFIA.....	214
APENDICE.... Citas de las <u>Odas</u> en Latín.....	219

Prólogo.

El presente estudio obedece a una búsqueda personal, al afán de entender el significado de la obra literaria en sus condiciones concretas de producción. Por esta causa, hemos efectuado el análisis de las Odas de Horacio a partir del elemento histórico-social.

Es posible que el examen de los poemas no haya resultado correcto del todo, quizá se han cometido excesos; pero aún así no podemos creer ya, como tradicionalmente se nos ha propuesto, en la inocencia de la literatura.

El hacer a un lado una formación encaminada a concebir "lo clásico" como algo etéreo e inalcanzable a los espíritus comunes, no es nada fácil. Diremos, si ello es importante, que hemos avanzado en ese terreno; aunque nuestros primeros pasos son titubeantes y más de una vez tropezamos en el intento de analizar la literatura vinculada a la realidad en que se produjo, estamos convencidos de que sólo de esa manera valoraremos con exactitud los conceptos de los autores clásicos; qué de su experiencia vital concuerda con la nuestra y cuáles de sus proposiciones son las adecuadas para

obtener lo que la cultura debe dar al hombre, es decir, un medio de transformación de la realidad.

La orientación histórico-social que procuramos dar a este trabajo ha clarificado, según creemos, el significado de las Odas, pero al mismo tiempo, ha puesto en evidencia nuestras limitaciones en materia de instrumentos teóricos y de análisis. Este hecho es para nosotros de la mayor importancia porque, una vez conocida esta deficiencia, tendremos que superarla.

Pensamos que lo más valioso de un trabajo de tesis son las experiencias que se recogen en su elaboración. Nuestra experiencia personal no pudo ser más fecunda. En el largo camino recorrido para escribir este prólogo, hemos encontrado otra vez la amistad y el afecto, la paciencia y la lucidez, la inteligencia y el goce del conocimiento. Queremos agradecer todo ello en los maestros Teresa Waisman, Patricia Villaseñor, Roberto Oropeza Martínez, Consuelo Olivares y, en nuestra asesora, Carolina Ponce.

México, 1983

Introducción.

El análisis extra histórico que con frecuencia se ha efectuado de los autores clásicos nos ha hecho concebir falsamente nuestra herencia cultural. Los partidarios del humanismo abstracto han despojado de su carácter de clase a la producción artística de la antigüedad y la han propuesto como un sistema, como una ideología universal, es decir, válida para todas las sociedades en su conjunto, ocultando de manera inconsciente o deliberada, que los intereses de clase a los que necesariamente se vincula su creación se contraponen a los de la humanidad en general.¹

El objetivo fundamental de este trabajo es situar a Horacio, poeta latino, que vivió en el siglo I a.n.e., en su realidad concreta. Las Odas son las obras de este autor que nos atraen más y a ellas hemos dedicado nuestro estudio. La razón es, que en esos poemas encontramos expresadas muchas de nuestras inquietudes actuales, porque Horacio manifiesta ahí sentimientos e ideas respecto a problemas existenciales muy modernos.

¹ Cfr. Kesheslava, V., Humanismo real y humanismo ficticio. [Tr. Pérez Castul] Moscú, Progreso, 1973, p.266.

Convertidos, de alguna manera, en críticos literarios hemos asumido la responsabilidad de no aceptar la obra literaria fuera de su contexto histórico y de tratar de explicar la, precisamente a partir de ese contexto.² Hemos elegido con ello el camino más arduo y difícil; prueba de esto es nuestro propio trabajo cuya estructura se ha impuesto a nuestro esfuerzo y voluntad. No obstante, situar a Horacio en un sistema social llamado esclavismo es ya una de las primeras señales que ha de conducirnos a la comprensión total de su pensamiento.

Nos ha preocupado examinar, sobre todo, de qué manera Horacio asumió su compromiso ante la realidad, cómo vivió las transformaciones de su sociedad y cuál fue su participación en esas transformaciones.

Elegimos, para llevar a cabo nuestro propósito, la versión de las Odas efectuada por Bonifacio Chamorro, reconocido latinista. Consideramos que una labor de años, como lo es la de Chamorro, dedicada a traducir los poemas de Horacio, respalda ampliamente nuestra elección. La cualidad que apreciamos más en el trabajo de Chamorro es el tono de cercanía, de familiaridad que ha obtenido al trasladar las Odas del poeta latino a nuestra lengua.

²Cfr. Blanco Aguinaga, C., Rodríguez, Puertolas, J., Zavala I., Historia social de la literatura española. Madrid, Castalia, 1978, v. I, p.28.

Este trabajo ha sido organizado en cinco capítulos; los tres primeros se refieren, de manera muy general, a los asuntos históricos, económicos y sociales de Roma en el siglo I a.n.e., de los cuales ha sido necesario partir para el análisis de las Odas. El cuarto capítulo contiene algunos elementos relacionados con la vida, educación y obras de Horacio. El último capítulo es un intento de establecer los nexos entre la obra literaria y los anteriores aspectos.

No pretendemos que el estudio de las Odas se limite a la descripción de la época y de sus condiciones sociales, ni olvidamos que los poemas de Horacio son una creación artística y que como tal deben ser estudiados también. Pero nuestro trabajo se sitúa en otro campo que, sin embargo, no es ajeno, sino complementario del aspecto artístico, cuyo análisis esperamos tener la oportunidad de efectuar en el futuro.

I. ESTRUCTURA ECONOMICA DE LA SOCIEDAD.

1.1. Esclavismo.

1.1.1. Como modo de producción.

La esclavitud, según Engels,¹ está ligada al desarrollo económico de la sociedad y a la consecuente aparición de las clases sociales.

Para aclarar esto, Engels nos remite a las comunidades primitivas donde funcionaba la propiedad común de la tierra explotada mediante el trabajo en cooperación, o bien, en forma de parcelas distribuidas temporalmente a las familias, pero conservando el uso comunitario de pastos y bosques.

En estas comunidades donde existió al principio una igualdad vital y social, es decir, una ausencia de clases sociales, se originaron las relaciones de dominio y servidumbre a través de determinadas funciones que se empezaron a confiar a algunos individuos bajo la supervisión de la comunidad. Funciones como resolución de litigios, vigilancia de aguas, organización de actividades religiosas, etc., dadas en todas las comunidades primitivas, produjeron el ejercicio

¹ Cfr. Engels, F., Anti-Düring. México, Grijalbo, 1962. pp.168-173.

de ciertas facultades que dieron lugar a una incipiente jerarquización social.

A medida que las fuerzas productivas se desarrollaron, las relaciones e intereses de las comunidades, propios o con otras comunidades, produjeron una nueva división del trabajo: la creación de órganos para proteger los intereses comunes frente a los de otras comunidades. Estos órganos pronto empezaron a independizarse y a asumir, frente a la comunidad que representaban, una posición privilegiada: en parte, dice Engels,² por el carácter hereditario de los cargos, carácter que se introduce casi obviamente en ese mundo primitivo, donde todo procede de modo natural y espontáneo, y, en parte, por la necesidad de mantener esos cargos dada la progresiva complejidad de las relaciones sociales.

Con el tiempo, la independencia de esas funciones sociales, frente a la sociedad, llegó a transformarse en un dominio sobre ésta y, los que empezaron como servidores, se convirtieron paulatinamente, cuando las circunstancias fueron favorables, en señores, integrando así la clase dominante.

²Id.

Junto a la formación de esta clase dominante tuvo lugar la constitución de otra. La división espontánea del trabajo en el seno de la familia campesina permitió alcanzar cierto nivel de bienestar. La producción estaba ya lo suficientemente desarrollada como para que la fuerza de trabajo humano pudiera producir más de lo que necesitaba para su simple sustento; se crearon así medios no sólo para sostener más fuerza de trabajo sino también para emplearla. Al mismo tiempo que la fuerza de trabajo se convirtió en un valor, quedó establecida la relación explotador-explotado.

Pero en las comunidades no existía fuerza de trabajo suplementaria. La guerra, tan antigua como las propias comunidades, la proporcionó. Hasta entonces no se había sabido qué hacer con los prisioneros de guerra; se les había matado o, incluso, comido; ahora a esos prisioneros se les dejó vivir y se utilizó su trabajo. Pronto la esclavitud se convirtió en la forma de producción dominante en todos los pueblos que se habían desarrollado más allá del tipo de comunidad primitiva.

Donde aquellas comunidades se desintegraron, los pueblos progresaron por sus propios medios, y su primer adelanto económico consistió precisamente en el aumento de la producción por medio del trabajo esclavo.

La esclavitud permitió la división del trabajo en gran escala en la agricultura, la industria, el comercio, el desarrollo del Estado, el derecho y el nacimiento del arte y la ciencia.

La división del trabajo se sustentaba, fundamentalmente, en la división de dicho trabajo entre las masas que realizaban las sencillas labores manuales, y los pocos privilegiados con derecho a dirigir todas las actividades sociales. La forma más simple y espontánea de esa gran división del trabajo fue precisamente la esclavitud.

En el mundo antiguo, especialmente el griego, el progreso hacia una sociedad basada en antagonismos de clase no podía efectuarse más que bajo esta forma. Sin esclavitud, —afirma Engels— no hay Estado griego, ni arte griego, ni ciencia griega; sin esclavitud no hay Imperio Romano ³

1.1.2. Origen y fuentes de la esclavitud en Roma.

La guerra fue la principal fuente de producción de esclavos en Roma. A partir del siglo III a.n.e., el número de

³ Ibid., p.174.

esclavos creció extraordinariamente a consecuencia de las guerras; la campaña en Macedonia, por ejemplo, redujo en el 167 a.n.e., a 150 000 personas a la esclavitud y, en el siglo I a.n.e., César obtuvo de la Galia un millón de prisioneros, destinados desde luego a la servidumbre. Según la cifra aportada por J. Ellul, en el siglo I a.n.e., habría 100 esclavos por cada ciudadano.⁴

Los esclavos se podían adquirir comprándolos en los mercados existentes en todos los centros de las ciudades dominadas por Roma. El mercado principal, abastecido considerablemente por los piratas, estaba en Delos, donde a fines del siglo II a.n.e., se vendían hasta 10 000 hombres por día. Los esclavos se presentaban desnudos con el fin de que el comprador apreciara la calidad de la mercancía en oferta; el vendedor debía informar al comprador de todos los defectos del esclavo y si éste presentaba alguno después de efectuada la venta, el contrato podía anularse legalmente.

Los precios de los esclavos en Roma experimentaban grandes variaciones; los más caros eran los actores, bailarines y otros profesionales. Idea del valor alcanzado por

⁴Ellul, Jacques, Historia de las instituciones de la antigüedad. 3a. ed. Madrid, Aguilar, 1970, p. 222 (Biblioteca-Jurídica Aguilar)

éstos la proporciona Plinio El viejo:

El mayor precio que se ha dado por hombre nacido en cautiverio hasta hoy, que yo sepa, fue el que dió M. Scauro, príncipe de la ciudad, a Cneo Pisauriense por Daphnis, gramático, que fue de 3 700 sestercios. Pagaron esta suma en nuestros tiempos, y no poco, algunos representantes, pero comprando su proprialibertad, porque se dize que en tiempos pasados, Roscio, hombre de este oficio ganaba cada año de partido 500 sestercios.⁵

El número de esclavos se incrementaba también, aunque en menor medida, por los hijos nacidos de los esclavos, a los cuales se les tenía mucho aprecio porque se les consideraba más fieles. Columela, en el siglo I, recomienda favorecer, a las mujeres que tuvieran hijos:

A las mujeres más fecundas que tuvieran cierto número de hijos, se les debe dar también premio; nosotros las hemos dispensado a veces de trabajar y aun les hemos dado libertad; lo primero a la que tenía tres hijos y lo segundo a la que tenía más, pues esta justicia y este cuidado del padre de familia contribuye mucho a aumentar el patrimonio.⁶

⁵ Cayo Plinio Segundo, Historia natural. México, UNAM, 1966, p.335.

⁶ Columela, Los doce libros de agricultura. Barcelona, Iberia, 1959, p.31.

Sin embargo, medidas como ésta contribuyeron poco al crecimiento de la cantidad de esclavos, pues las condiciones infrahumanas en que se desarrollaba su existencia reprimían su interés en ese tipo de "concesiones".

Kovaliov aporta datos acerca de organizaciones dedicadas a la crianza especial de esclavos.⁷ Un centro de aprovisionamiento y crianza de éstos, existía en Sicilia en el siglo II, donde los esclavistas podían adquirir la mano de obra que necesitaban.

El deseo de mayores ganancias por medio de la explotación de estos hombres sometidos inducía a los esclavistas a ocuparse, ellos mismos, de su adiestramiento, como lo hacía Craso en el siglo I a.n.e., cuando la riqueza se medía también por el número de esclavos de que se era dueño.

Eran muchas las minas de plata que tenía, posesiones de gran precio en sí y por las muchas manos que las cultivaban; a pesar de eso, todo era nada en comparación del valor de sus esclavos; ¡Tantos y tales eran los que tenía! Lectores, amanuenses, plateros, administradores y mayordomos, y él era como el ayo de los que algo aprendían, cuidando de ellos y enseñándoles, porque llevaba la regla de que el

⁷ Cfr. Kovaliov, S.I., Historia de Roma. Buenos Aires, Futuro, 1964, v. I, p.321.

amo era a quien le estaba mejor la vigilancia sobre los esclavos, como órganos animados del gobierno de la casa.⁸

Por último, aunque desde el siglo III a.n.e., la esclavitud por deudas se había prohibido mediante la Lex Poetelia Papiria, aún en el siglo I a.n.e. las deudas proporcionaban esclavos ya que dicha ley protegía únicamente a los ciudadanos romanos, mientras que, los habitantes de las provincias, se veían a merced de los usureros que reducían a sus deudores a la servidumbre.

1.1.3. Empleos de los esclavos.

Como se ve, en la cita de Plutarco, el trabajo de los esclavos se aplicaba en varios terrenos: La economía doméstica se valía de un gran número de ellos; los esclavistas romanos disfrutaban de mayordomos, administradores, peluqueros, sirvientes, amanuenses, lectores, plateros, etc.

En la construcción se empleó también una gran cantidad de esclavos. Craso, por ejemplo, tenía 500 individuos dedicados a esa actividad entre los que se contaban arquitectos y maestros de obras.⁹

⁸ Plutarco, Vidas paralelas. Barcelona, Vergara, 1962. v. II, p.42.

⁹ Cfr. Kovaliov, op. cit., v. I, p.32.

Los esclavos participaban en las principales ramas de la producción: la industria, el comercio y la agricultura. En la industria laboraban como obreros y artesanos. Una multitud de esclavos se ocupaban en los trabajos de extracción de metales, Kovaliov cita una cifra de 40 000 hombres entregados a esa tarea.¹⁰ En el comercio trabajaban como empleados de las casas comerciales, de las oficinas bancarias y de las compañías recaudadoras.

El trabajo más importante de los esclavos se efectuaba en la agricultura, debido al carácter agrario de la economía romana. A partir del siglo II a.n.e., en que se inician las grandes concentraciones de propiedades, se destina una masa enorme de esclavos a la explotación de la tierra y en las obras de Varrón, por ejemplo, hay un apartado especial sobre la esclavitud.¹¹ Tal hecho demuestra la importancia que, en las relaciones agrarias, llegaron a tener los esclavos.

1.1.4. Condiciones jurídicas y sociales de los esclavos.

Las condiciones jurídicas y sociales de los esclavos

¹⁰ Id.

¹¹ Varrón, De las cosas del campo. México, UNAM, 1945. I, XVII-XVIII. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

en el siglo II y I a.n.e. eran muy duras.¹² El esclavo no gozaba de ninguna protección legal. Jurídicamente era una res domini. El poder del señor sobre el esclavo estaba compuesto por dos elementos: el mancipium, un poder privado, y un poder de carácter público, una potestas juris gentium. El amo podía liberar a sus esclavos mediante tres procedimientos: la vindicta, acto por el cual el dueño declaraba ante el pretor o gobernador su deseo de manumitir a su esclavo; el census: el amo pedía la inscripción de su esclavo en la lista de ciudadanos y, si el censor lo autorizaba, el esclavo quedaba en libertad; por último, el testamentum calatis comitiis: señalaba en su testamento, su decisión de que el esclavo fuera libre, decisión que debía ser respetada por sus herederos.

Durante el período que va del 134 a.n.e. al 14 d.n.e., la situación jurídica del esclavo no cambió; era una cosa, un instrumento de producción; así lo define Varrón:

Me ocuparé ahora de la dos cosas que se refieren al cultivo mismo. Algunos hacen de este asunto dos partes: la que se ocupa de los hombres y la que trata de sus instrumentos, sin los cuales no puede hacerse el cultivo. Los instrumentos son de tres clases; primera, los que hablan, segunda los semivocales y, tercera, los

¹²Cfr. Ellul, op. cit., p.229.

instrumentos mudos. Al primer grupo corresponden los esclavos, al segundo los bueyes y al tercero las herramientas.¹³

El propietario tiene derechos absolutos sobre el esclavo, puede matarlo o venderlo; el matrimonio de dos esclavos no se reconoce legalmente, es un contubernium.

No obstante lo anterior, en este período el esclavo alcanza ciertas ventajas no tiene personalidad, pero se le considera capacitado para efectuar ciertas actividades a nivel intelectual.

La confianza del dueño en la capacidad del esclavo crece al grado de confiarle una cantidad de bienes que se denomina peculium, para que los administre y los haga producir; gracias al peculium el esclavo pudo desempeñar puestos directivos en empresas comerciales o industriales. El amo se hacía responsable de los compromisos contraídos por el esclavo en su nombre, pero, desde el punto de vista jurídico, el esclavo era sólo un instrumento perfeccionado, pues, a pesar de las actividades que desempeñaba, no poseía patrimonio ni personalidad reconocida.¹⁴

¹³Varrón, op. cit. p.26.

¹⁴Cfr. Ellul, op. cit., pp.307-308.

Por otra parte, los esclavos que trabajaban en el campo eran duramente explotados y vivían en condiciones terribles: los alimentaban con desechos y los vestían con ropas viejas. A Catón, por ejemplo, le preocupa más el ganado que un esclavo, aconseja vender a los esclavos viejos o enfermos para no alimentarlos en vano. Mientras, los esclavos de la ciudad podían gozar de ciertos privilegios, sobre todo los esclavos que laboraban en el comercio y los profesionistas como médicos, maestros, artistas, etc., pero la generalidad sufría una explotación inmisericorde y, en el siglo I d.n.e., a pesar de que hay mayor preocupación por las condiciones materiales de vida de los esclavos, todavía se habla de ellos al mismo tiempo que del ganado.

Del 134 a.n.e., al 14 d.n.e., la manumisiones se multiplicaron y fueron más fáciles de efectuar; la presentación del esclavo ante algún magistrado se convirtió en un hecho meramente formal. Mediante testamento se liberaban centenares de esclavos de una sola vez.

La liberación de un esclavo llegó a efectuarse por una simple declaración carente de valor jurídico, por lo que el dueño podía cambiar de opinión y recuperar a su esclavo en cualquier momento.

La condición del hombre liberado era inferior a la del hombre nacido libre; no podía ascender a los cargos públicos y sus hijos no tenían acceso al Senado. Hasta la época de Augusto, el matrimonio entre libertos y nacidos libres estaba prohibido. El liberto tenía obligaciones con su ex-dueño: el obsequium que le impedía demandarlo; las operae, trabajos que debía realizar para el patrono o para un tercero si aquél lo solicitaba así, y los bona, que obligaban al liberto, en caso de que careciera de herederos a ceder la mitad de sus bienes al patrón. Estas obligaciones las tenía el esclavo durante toda su vida con su ex amo.¹⁵ No obstante, los libertos llegaron a amasar fortunas considerables y a poseer grandes cantidades de esclavos. Su papel, por ello, fue muy importante en la vida económica y social de Roma.

1.1.5. La esclavitud en tiempos de Augusto.

En la época de Augusto se produjo un fenómeno creciente en relación a los esclavos: la liberación de muchos de ellos llegó alcanzar cifras muy altas. Debido a esto, Augusto inició una política de restricciones para la concesión de libertad.¹⁶ Se estableció la Lex Fufia Caninia en el año 2 a.n.e.,

¹⁵ ibid., p.309.

¹⁶ Cfr. Ellul, op. cit., pp.326-327.

con ella se limitaba al número de esclavos que se podían liberar por medio de testamento. Quien tuviera de 10 a 30 esclavos sólo podía liberar a la tercera parte; de 30 a 100 la cuarta parte; y de 100 a 500 una quinta parte. Una segunda Lex, la Aelia Sentia del año 4 d.n.e., estableció que sólo el propietario mayor de 20 años podía manumitir a sus esclavos y éstos debían tener 30 años. A los esclavos manumitidos que hubiesen pagado alguna condena penal, se les negaba la ciudadanía. Estos esclavos se denominaban peregrini deditici y no podían residir en Roma ni en sus alrededores.

La Lex Junia, cuya expedición se sitúa entre el 17 a.n.e. y el 19 d.n.e., autorizaba las manumisiones por una simple declaración ante los amigos o por carta. Los esclavos manumitidos así no se les otorgaba la ciudadanía sino que eran latini iuniani y aunque sus hijos nacían libres no podían recibir la sucesión de un ciudadano, ni hacer testamento, pues sus bienes, a su muerte, eran entregados al patrono. En la época de Augusto los libertos que fueran latini iuniani, por no haber cumplido 30 años en el momento de su liberación, se transformaban en ciudadanos al tener un hijo de un año.

Entre las medidas restrictivas tomadas por Augusto contra los libertos, Kovaliov menciona que aquellos no fueron admitidos en las clases altas aunque cumplieran con el censo

y tampoco se les autorizó el servicio militar.¹⁷ No obstante estas medidas, el conjunto de libertos y esclavos personales del emperador que participaban en la administración ejecutiva y burócratica del Imperio crecía rápidamente; ello se debió, nos dice Balsdon, a que

...no tuvo otro remedio que emplear libertos y esclavos, porque la idea de trabajar en misiones subordinadas de esa índole no se avenía en principio con el concepto de la dignidad de un hombre libre romano. De ahí que realizaran una magnífica labor libertos inteligentes y eficaces...¹⁸

¹⁷ Kovaliov, op. cit., v.II,, p.187

¹⁸ Balsdon, D.R.J. P.V.D., Roma. Historia de un Imperio. Madrid, Guadarrama, 1970, pp.82-85.

II. PROCESO HISTORICO Y EVOLUCION POLITICA.

2.1. Las guerras civiles.

2.1.1. Ubicación histórica.

La guerra social¹ se produjo a causa de la inferioridad de los aliados italianos en relación a los ciudadanos romanos. Aquellos participaban en el ejército romano con todas las obligaciones que imponía el servicio militar, sin que tuvieran ningún derecho a las distribuciones de trigo y a las concesiones de tierras. Esta situación creó un gran descontento y los impulsó a buscar iguales derechos que los ciudadanos romanos. La negativa de la sociedad romana a conceder esta igualdad provocó el estallamiento de la rebelión.

La lucha se inició en Ascoli Piceno, extendiéndose rápidamente por Campania, Apulia, Calabria y la región montañosa del Samnium. Los insurgentes reclutaron un ejército de cien mil hombres y organizaron una confederación. Durante dieciocho meses los aliados obtuvieron una considerable ventaja sobre los ejércitos romanos enviados a contenerlos.

Debido a la extraordinaria peligrosidad de la situación el gobierno romano decidió otorgar concesiones. A fines

¹La guerra social (socii: aliados) es llamada también guerra de los marsos.

del 90 a.n.e., el cónsul Lucio Julio César promovió la Lex Julia por la que se otorgaba el derecho de ciudadanía a las comunidades aliadas que no se hubieran separado de Roma. Esta ley detuvo el movimiento y contribuyó a que las ciudades umbrias y etruscas que no habían participado todavía en el levantamiento permanecieran fieles a Roma.

Una segunda ley, Lex Plautia Papiria, dividió considerablemente a los rebeldes. Esta ley establecía la concesión de los derechos de ciudadanía romana a cada italiano que manifestara su deseo, en un plazo de dos meses, de ser considerado entre los ciudadanos.

En el segundo año de la guerra, las principales ciudades insurrectas fueron pacificadas. Lucio Cornelio Sila, cónsul en el 88 y miembro de una gran familia patricia arruinada, obtuvo brillantes triunfos en el sur con la rendición de varias ciudades y si bien la rebelión se mantuvo hasta el 82 a.n.e., en lo fundamental había sido dominada hacia el 88 a.n.e..

2.1.2. La lucha política de los partidos y sus dirigentes.

La pacificación de Italia permitió concentrar las fuerzas del gobierno romano para promover la guerra contra

Mitrídates, rey del Ponto, que había acrecentado su influencia en el Asia Menor con la anexión del Bósforo, de la Colquida y de la pequeña Armenia, interviniendo, además, en los asuntos de la Capadocia. Mitrídates se proponía la creación de un gran reino en Oriente, para lo cual debía quitar a los romanos de su camino. Con esta finalidad trató de erigirse en libertador de los pueblos del yugo romano, no sólo del Cercano Oriente, sino también en la península Balcánica.

A principios del 88 Mitrídates invadió, con un gran ejército, los dominios romanos del Asia Menor, después de asegurarse el apoyo de Tigranes, rey de la Gran Armenia, y la ayuda de los piratas del Mar Mediterráneo.

La conducción de la guerra contra Mitrídates tocó en suerte a Sila, pero los hombres pertenecientes a las esferas comerciales y usurarias que tenían en Asia muchas empresas y el monopolio de los negocios, temían, si Sila conservaba el mando, exponerlos a la ambición de los optimates.² Preferían a Mario que había hecho una destacada carrera militar y política en la tendencia liberal. Aunque la posición de Mario se había inclinado a favor de la aristocracia, era, para ellos, más digno de confianza que Sila. Otro grupo apoyaba a Mario el de las capas medias e inferiores de ciudadanos italianos.

²Con la palabra "optimates" se designaba a la nobleza.

Poco antes de que Sila se reuniera con el ejército en Campania, el tribuno de la plebe Publio Sulpicio Rufo presentó, ante la asamblea popular, las siguientes proposiciones: la distribución de los nuevos ciudadanos itálicos en todas las tribus; la concesión del mismo derecho a los libertos; la privación del título de senadores a los que tuvieran deudas superiores a los 2 000 denarios; la autorización de regresar a la patria a todos los ciudadanos condenados al exilio por comisiones judiciales³ y, por último, la substitución de Sila por Mario en el mando de la guerra contra Mitrídates.

Las proposiciones anteriores favorecían a una capa mayoritaria de la población y afectaban, grandemente, los intereses de la aristocracia terrateniente. Es significativo el hecho de que Rufo estuviera siempre acompañado de 600 jóvenes del orden ecuestre que eran llamados "antisenado".

Las propuestas de Rufo se rechazaron, pero el descontento creció a tal grado que el gobierno tuvo que ceder y las leyes fueron aprobadas. Ante estos resultados, Sila se reunió con el ejército de Campania y, con la promesa del rico botín que se obtendría en Oriente, lo convenció para que

³Los procesos judiciales estaban en manos de los caballeros.

marcharan contra su ciudad natal. Era el comienzo de una nueva etapa en las guerras civiles. La población los rechazó pero Sila, con mayores recursos, logró imponerse. Rufo fue muerto y Mario se refugió en Africa.

Los ciudadanos romanos, obligados por la represión ejercida por Sila, adoptaron una nueva constitución en la que se privaba al pueblo de todo derecho político y de todo poder; los tribunos fueron anulados y el Senado se transformó en una camarilla bajo el mando y deseos de Sila que incluyó a 300 de sus incondicionales en ese organismo.

Sila tenía que partir con su ejército inmediatamente hacia Oriente, situación que favoreció a la fracción democrática en las elecciones del 87, ya que fue elegido Lucio Cornelio Cinna, de tendencia liberal. El otro cónsul elegido fue Cneo Octavio, optimate.

Al partir Sila, la facción democrática trata de recuperar posiciones. La lucha se reanuda a partir del problema de la subdivisión de los nuevos ciudadanos y los libertos en las tribus. Los acontecimientos se desencadenan con la proposición de una ley mediante la cual, se otorgaría plena igualdad a los ciudadanos y la amnistía, a los ciudadanos declarados fuera de la ley durante la revuelta contra Sila.

El día de la votación se produjo una lucha armada entre los partidarios de las dos tendencias políticas. La victoria fue para los aliados de Octavio. El Senado declaró a Cinna y a los demás dirigentes liberales fuera de la ley.

El grupo democrático reorganizó sus fuerzas con apoyo, sobre todo, de los italianos. Mario, de regreso de África, reunió un ejército compuesto por esclavos fugitivos y por ítalos. No sólo Mario utilizaba a los esclavos en su ejército, también Cinna hacía constantes llamados para que se unieran a la lucha contra el grupo conservador. Mario y Cinna lograron poner sitio a la capital y cortaron el suministro de víveres para obligar al gobierno impuesto por Sila a capitular, cosa que ocurrió en junio del 87 a.n.e..

Las represalias no se hicieron esperar. La ciudad se vio sometida al saqueo y a la matanza; entre los asesinados hubo muchos personajes de primer plano: Cneo Octavio, Lucio Julio César y Quinto Lutacio Cátulo. Sila fue depuesto, declarado fuera de la ley y su constitución se derogó.

En el 86 a. n. e., Mario y Cinna fueron elegidos cónsules, pero Mario murió y fue sustituido por Verrio Flaco. Durante tres años, del 87 al 85 a. n. e., Cinna dirigió el Estado, convirtiéndose, de hecho, en un dictador. Se

impuso la tarea de restablecer el predominio de la fracción liberal y aliviar la crisis económica. En este período se estableció la distribución igualitaria de los ciudadanos en las tribus y la anulación parcial de las deudas; una reforma monetaria y una mayor distribución de pan.

El apoyo principal de este dirigente del grupo democrático estaba constituido por los italianos, pero esto provocaba la desconfianza de una parte considerable de los ciudadanos romanos que encontraban en Sila un mayor respaldo a sus privilegios. Por otro lado, los esclavos que habían constituido una gran fuerza en el restablecimiento del poder democrático, debido a desmanes con sus antiguos dueños, fueron asesinados fríamente por órdenes de Cinna.

Sila, refugiado en Grecia, decide actuar por su cuenta contra Mitrídates con un ejército mercenario y los proscritos que continuaban a su lado. Desconoce al gobierno romano, impone tributos a las ciudades griegas, despoja a los templos de sus tesoros, contrata barcos piratas fenicios y cretenses y reparte dinero en abundancia entre los mercenarios, que manifiestan ya el papel independiente del ejército.

Como primera tarea en la lucha por el poder, Sila ven

ce a las principales ciudades griegas entregando Atenas al saqueo y a la matanza; obtiene en Beocia una victoria sobre los poderosos ejércitos de Mitrídates, a quien obliga a retirarse a Asia, y negocia la paz en el 85 a.n.e., Las condiciones de esta negociación resultan poco ventajosas para Sila: la restitución de todas las conquistas hechas en Asia Menor desde el comienzo de la guerra, pago de 3 000 talentos, entrega de 80 naves de guerra y otras condiciones de menor importancia.

Sila se encamina después hacia sus objetivos principales: el dominio de Roma y la lucha contra el grupo en el poder. Se enfrenta primero con el ejército romano que había sido enviado a Asia por el gobierno, vencéndolo fácilmente ya que muchos de los soldados se pasaron a sus filas. Se apoderó entonces de Asia que sufrió en sus manos exacciones sin límite, cuanto más que era muy rica.

Sila había informado al Senado del término de su campaña y esto favoreció las posibilidades de un acuerdo con la sección conservadora, pero los cónsules Cinna y Carbón quisieron impedir este entendimiento. En el invierno del 85 a.n.e. trataron de reunir las tropas para enfrentarse a Sila, pero los soldados se sublevaron y mataron a Cinna en el 84 a.n.e., en Ancona.

Sila desembarcó en Brindis en el 83 a.n.e. con un ejército de 40 000 hombres y cargado de botín. Nuevamente empezaba la guerra civil. Toda Italia se unió a los jefes del sector democrático, mientras que en torno a Sila se agrupaban - eminentes miembros de la aristocracia e incluso algunos del bando contrario. Quinto Metelo Pfo, hijo de Metelo Numídico, Marco Licinio Craso y Cneo Pompeyo, que reunió para Sila un ejército entero en el Piceno, fueron algunos de sus aliados más brillantes. Sila contó con abundantes recursos económicos para minar al contingente democrático que, apoyado por las ciudades italianas, ofreció tenaz resistencia y sólo fue vencido al cabo de una feroz y sangrienta lucha.

Las acciones de Sila se caracterizaron por la crueldad con sus enemigos, en particular contra los dirigentes más destacados de la facción contraria.

Sila, dueño del poder, desencadenó la más feroz y devastadora destrucción crímenes en masa y exterminio de los habitantes de las ciudades italianas fieles a los demócratas. Sila introdujo las listas de proscripciones; en ellas anotaban los nombres de las personas declaradas fuera de la ley y que podían ser condenadas a muerte. Sila y sus partidarios se enriquecieron enormemente comprando a precios muy bajos los bienes de los proscritos. Los esclavos fueron

favorecidos esta vez, Sila liberó a 10 000 de ellos que recibieron el nombre de Cornelios y formaron su guardia personal.

Sila hizo proclamar por el príncipe del Senado Lucio Valerio, una ley, *lex Valeria*, que lo declaraba dictador por tiempo indeterminado. Esta dictadura era en esencia distinta de las que le precedieron. Su autoridad se extendía a todos los sectores de la vida estatal. Tenía además una diferencia sustancial: se apoyaba fundamentalmente sobre un ejército profesional, del que 200 000 se habían beneficiado con la concesión de tierras en Italia. Hay que hacer notar, dice Kovaliov, que el hecho anterior no la priva de su carácter de clase; se trataba de una dictadura de los esclavistas romanos, principalmente de la nobleza que hacía de ella un medio de lucha contra el movimiento democrático revolucionario.⁴ Como parte de esta lucha los tribunos de la plebe fueron, de hecho, anulados, ya que toda iniciativa suya debía pasar por la aprobación del Senado. Sila suspendió además las distribuciones de trigo.

El dictador estableció un severo orden en la sucesión

⁴Kovaliov, *op. cit.*, v. II, p.50.

para el acceso a las magistraturas; no podía ser cónsul quien antes no hubiera sido pretor y sólo podía ser pretor quien antes hubiera sido cuestor.

El número de pretores fue elevado a 8 y el de cuestores a 20 para satisfacer las necesidades de la administración del Estado. Los ex-cuestores se convertían automáticamente en miembros del Senado. Los senadores fueron declarados inamovibles, eliminándose así la función más importante del censor: la revisión del Senado.

Como las reformas constitucionales de Sila tendían formalmente a restituir el dominio de la aristocracia, el Senado fue puesto de nuevo a la cabeza del Estado. Los tribunales pasaron a manos de los senadores y se aumentó el número de éstos con la elección de 300 nuevos miembros; los electos fueron hijos de senadores, oficiales de Sila y "gente nueva" que se había abierto camino durante este movimiento. En esta nueva nobleza se apoyó la dictadura.

Sila no descuidó ningún aspecto de su gobierno y en relación a la organización administrativa de Italia hubo adelanto: los nuevos ciudadanos provenientes de los itálicos fueron dueños de todos los derechos, incluso del de ser inscritos uniformemente en las 35 tribus.

En el 79, después de rechazar su reelección como cónsul, convocó a la asamblea popular y declaró que renunciaba a sus poderes dictatoriales.

El dictador murió en el 78 a.n.e., el Senado y los veteranos de su ejército, de toda Italia, le tributaron honores excepcionales.

Cabe citar, en este punto, el juicio de Kovaliov respecto a la trascendencia histórica de Sila:

...fue muy grande...puso las bases del sistema estatal que luego fue reforzado y extendido por César, sistema que nosotros llamamos "Imperio". El principio de la dictadura militar permanente con el mantenimiento de la forma republicana, la destrucción de la democracia, el debilitamiento del Senado aparentando su consolidación, el mejoramiento del aparato administrativo y del judicial, la extensión de los derechos de ciudadanía, la organización municipal de Italia fueron medidas que retomaron sus sucesores y entraron a formar parte orgánica de la organización estatal de Roma.⁵

A la muerte de Sila, el régimen oligárquico quedó sin dirección. Los hombres de negocios y mercaderes se enriquecieron aprovechando la inestabilidad política, en particular mediante operaciones ilegales, violencia y engaños. Así se originó el propietario terrateniente dedicado a la usura y a

⁵Op. cit., p. 52.

las provechosas operaciones financieras, tanto en las provincias como en Italia.

Las confiscaciones y proscripciones propiciadas por el régimen de Sila, fueron ideales para ese tipo de actividades; surgieron hombres que se hicieron fabulosamente ricos con sus especulaciones, como Pompeyo el Magno y Craso, quien hábil y oportunamente compraba u obtenía por la violencia ricas haciendas o que, durante los frecuentes incendios en Roma, acudía con su equipo de bomberos y al mismo tiempo que apagaba los incendios, adquiría por poco dinero los edificios para reconstruirlos después; tenía varias minas de oro y plata y una enorme cantidad de esclavos que le enriquecían cada vez más.

Marco Emilio Lépido también fue uno de estos oportunistas que para evitar un proceso debido a sus rapacidades en Sicilia se había pasado a las filas democráticas. Este individuo intentó minar el régimen impuesto por Sila. Cónsul en el 78 a.n.e., quiso reorganizar las fuerzas democráticas con los restos de los partidarios de Mario. Reunió un ejército y al vencimiento de su consulado se negó a dejar el cargo; en el 77 a.n.e. pretendió del Senado la restauración de la antigua autoridad de los tribunos, el regreso de los emigrados y para sí mismo la reelección consular. El Senado lo de-

claró enemigo de la patria y confió a Quinto Lutacio Catulo, su colega en el consulado, y a Pompeyo, la misión de combatirlo. Lépidio fue derrotado y se retiró a Cerdeña donde murió. Lo que quedaba de su ejército marchó a España conducido por Perpena que había sido uno de sus pretores.

Los jefes proscritos de la corriente demócrata habían seguido actuando en España bajo la dirección de Sertorio, nombrado propretor durante el gobierno de Cinna que, con una política moderada, fortaleció su posición de gobernador y dirigente y contaba con tropas iberas entrenadas por oficiales romanos.

Sertorio trató de organizar un movimiento verdaderamente democrático en contra del sistema de la oligarquía. Se trataba de un régimen en el que la paz permitiera al pueblo beneficiarse de los frutos de la civilización romana. Por ello España fue declarada independiente. Sertorio organizó un Senado de 300 miembros con los emigrados romanos más notables. Buscó en los enemigos de Roma la fuerza necesaria para sostenerse separado de la capital; se alió con los piratas de Cilicia, que pusieron una flota entera a su disposición, incitó a las tribus galas a rebelarse y realizó convenios con Mitrídates que reiniciaba la guerra en el 74 a.n.e. contra Roma. Ante estos hechos el gobierno tuvo que tomar car-

tas en el asunto. Se eligió a Pompeyo para realizar la re--
presión ante la evidente desconfianza del Senado. En el
77 a.n.e., con el título de procónsul, Pompeyo cruzó los Al
pes y se dirigió a España. Durante un período largo el cur-
so de la guerra fue favorable a Sertorio, por lo cual el co
mandante romano fijó una recompensa por su cabeza. Durante
un banquete organizado por Perpena, Sertorio y su guardia
fueron apuñalados. Esto ocurrió en el año 72 a.n.e., Pompe-
yo no tuvo mayor problema en vencer a las tropas que resta-
ban, España fue sometida de nuevo.

Lo anterior demuestra que el gobierno oligárquico re-
sultaba incompetente para resolver los conflictos y que la
intervención de particulares en la solución de los proble-
mas de Estado, fue haciéndose cada vez más frecuente, minando
los cimientos de la república y preparando el camino al
principado.

A consecuencia de las guerras Italia estaba llena de
esclavos, antiguos combatientes que habían sido sometidos
tras encarnizada lucha y hechos prisioneros, pero que con-
servaron su odio a Roma y sus conocimientos militares.

Por otra parte, los esclavos habían participado en los
distintos enfrentamientos de las facciones políticas y ha-

bían sido movidos según los intereses de cada grupo. Esto les había hecho comprender que su papel no era sino el de un instrumento. Su conciencia de clase se desarrolló y les impulsó a la lucha por la libertad.

Espartaco dirigió la revuelta en el 73 a.n.e., Plutarco nos dice de él:

Espartaco era natural de un pueblo nómada de Tracia, pero no sólo de gran talento y extraordinarias fuerzas, sino aún en el juicio y en la dulzura muy superior a su suerte y más propiamente griego que de semejante nación.⁶

La fuerza militar creciente de Espartaco y los sucesivos triunfos de su ejército sobre los romanos, hacen aceptable la hipótesis de que estaba decidido a llegar hasta Roma. Craso, gran propietario de esclavos, investido de poderes dictatoriales se puso al mando de los soldados disponibles y muchos voluntarios de su clase se unieron a él; disciplinó duramente a la tropa y marchó contra Espartaco.

Tales fuerzas no fueron suficientes para vencerlo, pero desistió de su primer empeño de apoderarse de Roma y decidió retirarse hacia el sur. Pudo, mediante una maniobra

⁶Plutarco, op. cit., v. II, p.48.

desesperada, burlar el cerco que Craso le habfa puesto y da do que se encontraba en el extremo de la península, volvió a tener la posibilidad de ir contra Roma; sin embargo, acudieron entonces los ejércitos romanos llamados de España y Tracia y el jefe insurrecto decidió enfrentarse a Craso. Mu bo divisiones en su campo separándose un grupo de 12 mil hombres que fueron luego exterminados por Craso. Espartaco luchó hasta la última gota de su sangre por defender la cau sa y sólo después de una batalla excepcional, fue derrotado y muerto.

El largo camino de Capua a Roma fue sembrado con las cruces de 6 mil esclavos hechos prisioneros y crucificados por órdenes de Craso.

Se habfan perdido no menos de 100 000 esclavos, los campos fueron devastados y muchas ciudades destruidas. En adelante algunos propietarios se abstuvieron de comprar esclavos limitándose a los que nacfan en casa. El número de libertos se elevó y la cantidad de tierras dadas en arriendo aumentó considerablemente.

La rebelión de Espartaco y sus compañeros habfa sido aniquilada, pero las consecuencias de este levantamiento pa ra la economía esclavista resultaron determinantes ya que

fue un factor decisivo en la crisis agrícola que se produjo en Italia a fines de la república y que durante largo tiempo no logró resolverse.

Después de la victoria sobre Sertorio y Espartaco, Pompeyo y Craso buscaron el apoyo de los caballeros y el pueblo. A cambio de ello los jefes militares prometieron la restauración del régimen destruido por Sila. Los dirigentes silanos más notables se transformaban en democráticos con el fin de lograr sus aspiraciones de poder y dominación.

En el 70 Pompeyo y Craso fueron elegidos cónsules e inmediatamente se restablecieron los comicios por tribu y la censura. Se abolieron, además, todas las limitaciones fijadas al poder tribunicio.

El pretor Lucio Aurelio Cota promovió una amplia reforma judicial (Lex Aurelia), por la cual los colegios judiciales debían componerse de un número igual de senadores, caballeros y de los llamados "tribunos eriales". Estos últimos eran los plebeyos ricos que por su posición financiera seguían inmediatamente a los caballeros.

El movimiento democrático se reorganizó básicamente con el apoyo de los grupos populares, cuya influencia se ex

tendía ya por toda Italia, sobre todo entre los campesinos endeudados y los veteranos que se veían oprimidos por la competencia de los grandes propietarios y limitados por sus escasos conocimientos de agricultura. En las reuniones de los demócratas se planteaban soluciones a éstos y a otros problemas.

Las fuerzas democráticas necesitaban un dirigente que las organizara y les diera cohesión. En el 69 a.n.e. César, sobrino de Mario, desafiaba a la oligarquía y con acciones provocativas, como erigir estatuas a Mario en el Capitolio, ganaba popularidad entre el pueblo, pero no era lo suficientemente maduro para asumir el mando. Al respecto Plutarco nos dice:

Finalmente dividida Roma en tres partidos, el de Pompeyo, el de César y el de Craso, la parte juiciosa y sensata de la república cultivaba la amistad de Pompeyo y la gente inquieta y fácil de mover iba tras las esperanzas de César. Craso, puesto entre ambos, ya sacaba ventajas de una parte, ya de otra; y siguiendo las vicisitudes del gobierno, que se sucedían con frecuencia, ni era amigo seguro ni enemigo irreconciliable, sino que con facilidad cedía en gracia y en odio, según la utilidad lo exigía, siendo muchas veces, en poco tiempo defensor e impugnador de los mismos hombres y de las mismas leyes.⁷

⁷ Ibid. p.47.

Los grupos moderados de la democracia favorecieron en este momento a Pompeyo. Este había llevado a cabo una destacada acción política y militar, gracias al poder extraordinario que la Asamblea del pueblo le confirió para exterminar la piratería en el 67 a.n.e.. Terminada esta misión con eficacia y prontitud, recibió en el 66 a.n.e. la tarea de ponerse al frente de la guerra contra Mitrídates, al que venció posteriormente. También organizó nuevas provincias en las orillas del Mar Negro, conquistó para el imperio romano el reino de los Seléucidas, con el nombre de Siria, y en Galacia, Capadocia y Judea impuso reyes adictos al imperio. Roma se engrandecía desde las orillas septentrionales del Ponto hasta el Eufrates y las fronteras de Egipto.

Los intereses económicos de Craso le hicieron contribuir con dinero para una campaña de los demócratas en favor de una serie de reformas de política interior. La facción liberal consiguió victorias en las elecciones del 66 a.n.e., con la elección de sus candidatos: P. Cornelio Sila y P. Antonio Peto para los puestos consulares; Julio César como edil y Craso como censor.

En esta etapa de la lucha política, la división entre los demócratas se acentuó cuando una parte de ellos propuso ante la Asamblea del pueblo una serie de medidas radicales;

se trataba de un proyecto de ley presentado a fines del 64 a.n.e. por el tribuno de la plebe Servilio Rulo. Se proponía la venta de una gran cantidad de tierras estatales en Italia y las provincias y la adquisición de una determinada cantidad de tierras de particulares y de municipios. La tierra adquirida de esa manera, junto con las tierras estatales de Italia que no se hubieran vendido, se distribuirían sin derecho de alienación, entre los ciudadanos más pobres. El proyecto preveía, para su realización, el establecimiento de una comisión de 10 miembros elegidos por 17 tribus designadas por sorteo; la comisión trabajaría durante 5 años. Los candidatos se presentarían al pueblo en persona, y a los decenviros se les conferirían amplios poderes, incluso el de mandar las tropas en caso de necesidad.

Esta audaz iniciativa, nos dice Kovaliov, no tenía posibilidades de éxito, pero tenía otros fines; trataba de hacer elegir como miembros de la comisión a César y a Craso, manteniendo alejado a Pompeyo, quien, por la campaña militar en Oriente, no podía presentarse personalmente ante los electores. De esta manera César y Craso adquirirían una gran autoridad.⁸

⁸Kovaliov, op. cit., v. II, p.72.

La ley de Servilio Rulo provocó la cerrada oposición de los senadores. Los caballeros eran contrarios a la venta de las tierras del Estado ya que privaría a muchos de ellos de una jugosa fuente de ganancias.

Cicerón pronunció tres discursos contra la ley (sobre la ley agraria) a principios del 63, con los que contribuyó a que el proyecto fracasara.

2.1.3. Conspiración de Lucio Sergio Catilina.

Los radicales del movimiento demócrata trataron por tres veces de hacer elegir a Catilina para el consulado, siendo derrotados en el 65, el 64 y el 63. Lucio Sergio Catilina se mostraba como jefe de esa facción; antiguo pretor, agrupaba a su alrededor un número muy considerable de personalidades de la sociedad romana, incluso del rango senatorial, que habían sufrido las consecuencias de la crisis o las arbitrariedades del Senado.

Cicerón, moderado y conservador, movido por sus ambiciones políticas, consideraba a los integrantes de esta fracción como "una infame pandilla de malvados hundidos en el vicio", opinión confirmada por el hecho de que Lucio Sergio Catilina era otro fugado del campo de Sila, defensor de

intereses particulares y con una gran hostilidad a la oligarquía dirigente.

El programa de esta fracción del movimiento liberal se basaba en tres puntos principales: la anulación de las deudas, una nueva ley agraria y el derrocamiento de la oligarquía en el poder.

El ala izquierda de la democracia era aquel año muy sólida. El favorito del pueblo, Julio César, obtuvo el cargo de gran pontífice, a pesar de tener como contrincante al príncipe del Senado Cayo Lutacio Catulo. Ese mismo año César había sido elegido pretor para el 62 a.n.e..

Las elecciones se realizaron a fines del verano del 63 y se desarrollaron en una atmósfera de tensión y miedo. Los optimates y los caballeros se unieron contra Catilina y determinaron su derrota; fueron elegidos Cayo Antonio, ex-seguidor de Sila, y Cicerón.

El fracaso de la segunda facción de los demócratas les obligó a buscar otro camino para lograr la participación en el gobierno: el de las armas. Se planeó el golpe de Estado con el apoyo de los electores rurales; se trataba de organizar un ejército que marchara sobre Roma y al frente del

cual se pondría Catilina; otros jefes se encargarían de sublevar a la plebe de Roma y otros más matarían a Cicerón.

La conspiración no estaba suficientemente preparada cuando Cicerón, gracias a una eficiente red de espionaje, supo de todos los movimientos de los conjurados y tuvieron que actuar antes de lo previsto. Catilina debió salir de Roma con un pequeño ejército. Cicerón, mediante fogosos discursos, logró aterrorizar a la ciudad con la amenaza de la terrible conspiración que se cernía sobre Roma. Consiguió hacer detener a los partidarios de Catilina que permanecían en la ciudad.

El Senado se reunió para juzgar a los conjurados. César, pretor para el 62 a.n.e., puso en evidencia la ilegalidad de tal acto, ya que el Senado no tenía ningún poder judicial. Era la asamblea del pueblo quien debía decidir la pena de muerte para los conjurados, sin embargo se realizó una votación que resultó desfavorable para los conspiradores. Cicerón los hizo estrangular en la cárcel al pie del Capitolio y envió un ejército contra el jefe conspirador que murió con todos sus compañeros.

Ante la desaparición de Catilina y sus aliados, el descontento popular se manifestó en violentos motines que tuvie

ron que ser duramente reprimidos. El Senado declaró en estado de sitio a Roma y se destituyó a varios magistrados, entre ellos, a Julio César. Cicerón terminó su consulado en medio de la hostilidad general.

2.1.4. Primer triunvirato y consulado de César.

En el 60 a.n.e., César regresó de España con el propósito de presentar su candidatura para el consulado del 59. Debido a su actuación al lado de los demócratas, tenía muy pocas posibilidades de triunfar. Lo anterior motivó que los tres personajes más influyentes de Roma; César, Craso y Pompeyo se aliaran para constituir un triunvirato que, de hecho, anulaba al gobierno de la aristocracia. Pero la alianza de Pompeyo con los radicales era sólo circunstancial, motivada por el rechazo de los senadores a sus actividades en Oriente y la indiferencia a sus triunfos militares. Tanto los unos como los otros desconfiaban de él.

La base social del triunvirato estaba integrada por los opositores a la oligarquía y en especial el orden equestre adicto a Craso. El poderío del triunvirato radicaba, sobre todo, en un ejército profesional cuya fuerza se acrecentaba cada vez más.

El primer objetivo de los triunviros fue hacer elegir a César como cónsul, el cual, una vez en el cargo, se ocuparía de favorecer a Craso y a Pompeyo.

César obtuvo el mandato e inmediatamente presentó ante el Senado una rogatio tendiente a beneficiar sobre todo, a los veteranos de Pompeyo.

Se trataba de un plan agrario basado en el proyecto de Servilio Rulo: proponía el reparto de las tierras estatales de la Campania y la compra de otras en Italia con los ingresos de las provincias orientales. Las parcelas se debían ceder con preferencia, a los ciudadanos más pobres y a los que tuvieran por lo menos tres hijos. Una comisión de 20 miembros se encargaría de efectuar el plan.

Se pretendía, además, confirmar todas las medidas impuestas por Pompeyo en Oriente y, por último, disminuir en un tercio los gravámenes pagados por los recaudadores.

El Senado se opuso a semejante proyecto con todos los medios a su alcance. Entonces César presentó la ley directamente a los comicios y se aprobó. Pompeyo y Craso fueron nombrados miembros de la comisión y César renunció a participar en ella.

Una de las medidas más trascendentes del consulado de César fue la Lex Julia de Repetundis:

Anulaba las donaciones de más de 10 000 sestercios de los administrados a sus administradores. Ordenaba publicar el monto de los impuestos en tres ejemplares: -- dos de ellos para otras tantas ciudades importantes de la provincia en cuestión y uno para el Aerarium de Roma. Sustrafa a la usucapio o prescripción positiva, los terrenos usurpados cualquiera que fuese el tiempo de su posesión. Y, en fin habilitaba a las víctimas de la extorsión para reivindicar los bienes perdidos al usurpador, con acción vitalicia contra él.⁹

Otra disposición importante del gobierno de César fue la de mantener informado al pueblo de los actos de su gobierno mediante la publicación de los decretos del Senado y de la Asamblea popular, tratando con ello de ganarse la opinión pública.

Por intermedio del tribuno de la plebe Publio Vatino, César consiguió la designación para su proconsulado de la Galia Cisalpina y de la Iliria por un período de 5 años; el nombramiento incluía la adjudicación de tres legiones. El Senado tuvo que destinarle, a propuesta de Pompeyo, la Galia Narbonense y una legión.

⁹ César, Guerra Civil. [Trad. y notas de Rafael Salinas] México, UNAM, p. XLV (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

Las intenciones, tanto de Pompeyo como del Senado, eran alejar a César el mayor tiempo posible de Roma, ya que tendría que enfrascarse en una gran guerra de conquista en sus provincias, como de hecho ocurrió.

Antes de marcharse a sus provincias, César ayudó a elegir a Publio Clodio como tribuno de la plebe para tener un agente en Roma que le ayudara en sus fines.

Clodio promovió algunas leyes por parte de los demócratas: sobre la distribución gratuita de pan a los pobres, la reconstitución de los colegios viales prohibidos por el Senado en el 64 y otra ley que permitía las asambleas en los días festivos. Promovió además una ley dirigida especialmente contra Cicerón, que establecía que un funcionario que hubiese condenado a muerte, sin juicio, a un ciudadano romano debía ser exiliado. Cicerón, antes de que la ley fuese aprobada, partió para Macedonia.

Catón, enemigo declarado de César, viajó a Chipre con una misión diplomática. Así, despejado el horizonte, César marchó a la Galia. En el 57, sin embargo, ante la prepotencia de Clodio, Pompeyo favoreció la elección de Milón, por intermedio del cual se logró la amnistía de Cicerón que regresó a Roma reivindicado, y ayudó a Pompeyo a obtener poderes

extraordinarios para el abastecimiento de víveres a Roma; en Italia Pompeyo obtuvo el poder proconsular.

César llegó en el 58 a.n.e. a la Provincia, la Galia propiamente dicha. Entre las numerosas tribus que habitaban la región, los eduos se consideraban aliados de Roma. Los se cuanos y los arvernos prefirieron asociarse con los germanos del otro lado del Rin, cuyo jefe, Ariovisto, al mando de una numerosa tropa, cruzó el río y tras una larga lucha venció a los eduos. En tanto, César contuvo a los helvecios que trataron de emigrar hacia la desembocadura del río Garona en busca de mejores tierras. Avanzó después contra Ariovisto, cuyo progreso sobre territorio galo ponía en peligro la dominación romana. Posteriormente asumió la defensa de los pueblos invadidos y logró derrotar y perseguir al jefe germano hasta el Rin.

Estos triunfos sobre los germanos y sobre los helvecios, consolidaron la hegemonía de Roma sobre la Galia central y acrecentaron el prestigio de César. Después de estas batallas fue necesario enfrentarse a los belgas, aliados de los germanos y de las tribus de Bretaña y Normandía. La guerra se efectuó en el 57 a.n.e. y, no obstante el valor de las tribus bárbaras, la supremacía de los romanos en cuanto a organización y conocimientos militares se impuso.

En el invierno del 57 a.n.e., los britanos y los normandos se dispusieron a combatir a los invasores. César sometió con su ejército a los vénetos en Britania, mientras sus lugartenientes se ocupaban de Normandía.

A fines del 57 toda la Galia fue sometida y declarada provincia romana. La excelente dirección de las campañas por César, provocó no sólo el entusiasmo entre sus adictos sino también el odio y la envidia de sus enemigos. El Senado, a pesar de su rechazo al vencedor, ordenó solemnes oraciones en acción de gracias por las victorias.

Mientras tanto, los brillantes triunfos de César en las Galias aumentaban su popularidad y dominio, pero al mismo tiempo, le atraían el repudio de la oligarquía y de su favorito Pompeyo. El Senado veía un mayor peligro para su seguridad y poder en las ambiciones ilimitadas de César que en el vacilante Pompeyo, que podría convertirse simplemente en el primer ciudadano, princeps, y no en un dictador, cuyo sostén evidente eran las masas de ciudadanos más desposeídas.

En el verano del 56 a.n.e., los triunviros se reunieron en Luca, Etruria septentrional. Se trataba de reforzar su alianza y de tomar nuevas decisiones. Se acordó prolon-

gar los poderes de César, que caducaban en el 54 a.n.e., durante 5 años más, elevando el número de sus legiones y nombrándolo cónsul para el 48. Pompeyo y Craso obtendrían el consulado para el 55 y al término de su cargo recibirían la dirección de las provincias españolas y de Siria.

Los acuerdos se votaron en el Asamblea popular ante la resistencia de la oposición. Pompeyo, no marchó a sus provincias con el fin de controlar la situación en Roma, mientras Craso partió a Siria donde emprendió una guerra contra los partos con el ánimo de igualar las victorias de César.

A partir del 55 a.n.e, César entregó todos sus esfuerzos militares a fortalecer el poder romano en la Galia.

El descontento en la provincia gala se acrecentaba y estalló durante el invierno del 53 a. n. e., difundándose rápidamente. el caudillo arverno Vercingetorix fue proclamado jefe de la rebelión. Toda la Galia participó en la lucha por su libertad, pero la insurrección fue sometida y en el año 50 quedó totalmente en poder de las legiones romanas.

En el 51 a.n.e., César organizó una expedición en contra de Britania que tuvo que ser reemprendida al año si-

guiente con éxito. Los britanos debieron entregar rehenes y prometer indemnizaciones a los vencedores.

Seis años después el jefe de los galos, cargado de cadenas, desfilaba en Roma ante el carro triunfal de César y posteriormente era condenado a muerte.

La conquista de la Galia fue, sin duda, una empresa grandiosa dirigida por un hombre excepcional y extraordinariamente ambicioso. Plutarco recoge los resultados de su acción:

...habiendo hecho la guerra diez años cumplidos en Galia, tomó a viva fuerza más de 800 ciudades y su jetó 300 naciones y habiéndosele opuesto por partes y para los diferentes encuentros hasta tres millones de enemigos, acabó con un millón en las acciones y cautivó otros tantos.¹⁰

Los romanos obtuvieron un botín inmenso, César se enriqueció fabulosamente y enriqueció a otros; el saqueo de la Galia en la que abundaba el oro, le permitió acumular medios suficientes para conseguir todos sus fines.

¹⁰Plutarco, op. cit., v. II, p.326.

En tanto, la situación política en Roma resultaba incontrolable. Los disturbios provocados por los tribunos Clodio y Milón el mando de escuadrones de mercenarios, compuestos de esclavos y subproletarios, mantenían a la ciudad en un clima de terror. En el 52 a.n.e Clodio fue muerto y, en vista de las sediciones, el Senado nombró a Pompeyo cónsul sin colega para restablecer el orden con ayuda de las fuerzas armadas.

Craso, después de una campaña poco favorable para los romanos, fue muerto; casi todo el ejército fue destruido o hecho prisionero. Posteriormente los partos fueron reducidos a sus fronteras y Siria, que se había rebelado, sometida al orden. Esto sucedió en el 51 a.n.e..

Pompeyo obtuvo la prórroga de su gobierno por 5 años más. La ruptura con César se hizo inevitable, el triunvirato era sólo un compromiso provisional que con la muerte de Julia —hija de César y esposa de Pompeyo— y la de Craso, terminaba definitivamente.

Los poderes de César concluyeron en marzo del 49, pero según el acuerdo de Luca no podía asumir el consulado hasta enero del 48. Pompeyo promovió una ley especialmente dirigida contra César; según esta ley su sucesor debía elegirse

entre aquellas personas que habían ocupado un cargo oficial 5 años antes, en consecuencia César tendría que ser sustituido en los primeros días de marzo del 49.

En enero del 49 el Senado aprobó la decisión de que César delegara sus poderes y disolviera su ejército lo más pronto posible. Los tribunos Marco Antonio y Casio interpusieron su voto y la situación se hizo más difícil, ante lo cual, el Senado declaró la República en peligro y encargó a Pompeyo reclutar tropas en Italia. Antonio y Casio huyeron.

Estas circunstancias favorecieron los planes de César que, con la consigna de defender la libertad del pueblo romano, emprendió la guerra contra Pompeyo. En el 49 a.n.e. se atrevió a cruzar la frontera de su provincia con Italia. El miedo y la agitación se apoderaron de los pueblos cercanos a Roma y la ciudad se vio invadida por la violencia y el desorden. La situación de César era más firme que nunca: la plebe, las ciudades italianas y los caballeros permanecieron a su lado. César se portó generosamente con los vencidos, libertó a los prisioneros sin condiciones, sus soldados mantuvieron una estricta disciplina y ningún exceso ocurrió. Se encargó al pretor Marco Emilio Lépido, hijo del cónsul del 78, la administración provisional de la capital. En noviembre del 49. César fue proclamado dictador,

pero después de 11 meses renunció a los poderes extraordinarios y promovió las elecciones consulares para el 48 a.n.e. Resultaron electos él mismo y Publio Servilio Rulo. De este modo se llevó a efecto el acuerdo de Luca. Durante esta breve permanencia en Roma, César tomó varias medidas a favor de la población más pobre y concedió la amnistía general a los exiliados.

Persiguió luego a Pompeyo, pero no pudo evitar que éste se embarcara en Brindís con sus partidarios, y marchara hacia Grecia.

Otra vez la guerra civil. Durante cinco años todo el territorio del imperio romano participó en la contienda. César marchó a España para arrebatársela a las fuerzas pompeyanas, lográndolo en un corto tiempo (julio-agosto del 49 a.n.e.). En Africa, en cambio, los partidarios de Pompeyo derrotaron a sus lugartenientes.

Ambos jefes enfrentaron la batalla decisiva en el 48 a.n.e., en Farsalia, Tesalia meridional. César, con mejor preparación militar, logró que sus tropas derrotaran a las de Pompeyo que huyó a Egipto donde, no bien desembarcado, encontró la muerte, inferida por los cortesanos que, divididos a causa de la lucha por el dominio de Egipto, deseaban la

amistad de César. Esto ocurrió en septiembre del 48 a.n.e.,

La muerte de Pompeyo no fue el fin de la guerra. César debía continuar la lucha contra los pompeyanos y necesitaba recursos, Egipto los proporcionaría. Volvióse contra los matadores de Pompeyo a quien enterró con honores militares y ayudó a los partidarios egipcios de Cleopatra. Todo esto provocó la reacción de los adversarios de la reina que sostenían a su hermano Tolomeo XII. Se enfrentaron a César en la llamada guerra de Alejandría resultando vencedoras las tropas del jefe romano.

En 47 marchó contra Farnaces que había logrado ocupar Armenia, Capadocia y Bitinia durante la guerra de Alejandría. Obtuvo una fácil victoria en una campaña que únicamente duró 5 días.

Mientras, en Italia la situación se hacía cada vez más caótica. La crisis económica provocada por la guerra obligó a tomar medidas para aliviar la difícil situación de las mayorías; en el 48 a.n.e., el pretor Celio Rufo, partidario - de César, intervino a favor de los deudores y propuso un aplazamiento de los pagos por 6 años. Esto ocasionó que la reacción vetara a Rufo por medio del cónsul Servilio Rulo. Entonces Rufo se reunió con Milón para provocar una revuel-

ta en Italia, pero fueron muertos antes de conseguirlo; faltaban, además, los magistrados ordinarios del 47 porque en ausencia de César no se podían nombrar. Publio Cornelio Dolabela reiteró la propuesta de Rufo y ello ocasionó nuevos desórdenes que Antonio, en calidad de magister equitum de César, sofocó por la fuerza. Por otra parte, el ejército que se encontraba en Campania, dispuesto para la guerra en África, se había rebelado; sus integrantes eran soldados de César a quienes no se les había entregado las recompensas prometidas y en vista de ello, se proponían invadir la ciudad de Roma; pero antes de lograr su objetivo, César llegó y pudo contenerlos.

Una vez en Roma, César tomó medidas para restablecer el orden: concedió postergaciones en el pago de las deudas y de los porcentajes de arriendo, desaprobó las medidas tomadas por Antonio y se eligieron los funcionarios que faltaban. Pudo ocuparse después de África donde se habían concentrado los más destacados jefes pompeyanos: Quinto Cecilio Metelo Escipión, suegro de Pompeyo, Petreio y Afranio, Tito Labieno y Sexto Pompeyo, hijos del dictador, Catón y otros.

En el 46 la mayor parte de los jefes republicanos perecieron en la batalla de Tapsos; Catón se suicidó en Utica y Labieno logró huir con los hijos de Pompeyo a España. Nu-

media fue ocupada por las fuerzas cesarianas y se llamó en adelante Nueva Africa.

César celebró un cuádruple triunfo en julio del 46, sobre la Galia, Egipto, el Ponto y Numidia y, en el 45, también la victoria que sus legiones lograron en la ciudad de Munda, España, donde, con excepción de Sexto Pompeyo, cayeron los últimos jefes pompeyanos.

El camino a Roma quedaba así despejado para César, pero ello costó a la ciudad la mitad de su población, según el censo que se levantó al término de la guerra. El poder militar se extendió a toda la sociedad civil.

2.1.5. Dictadura de César.

El gobierno de César se apoyaba fundamentalmente en el ejército, integrado por miles de veteranos que habían recibido tierras en las provincias y en Italia. Contaba, además, con la simpatía de los caballeros y de la plebe ciudadana.

César concentró todas las altas magistraturas en su persona:

En el 48 obtuvo el poder de tribuno vitalicio, lo que convertía a su persona en inviolable y le confería la máxima autoridad en el campo civil. Además del cargo del tribuno, el Senado le concedió al mismo tiempo el de cónsul por 5 años. En el 46 después de la batalla de Tapsos, la dictadura fue transformada en magistratura anual y César fue investido por 10 años anticipadamente. En el 45 se le concedió de por vida. A esto debe agregarse que César tenía poderes de censor y el derecho de recomendar al pueblo los candidatos para las elecciones. En calidad de sacerdote supremo, César era el jefe de la organización religiosa romana.¹¹

César llevó a sus últimas consecuencias su lucha de toda la vida contra la aristocracia senatorial. Convirtió al Senado en un simple órgano consultivo e incluyó en él a una serie de personas cuyo acceso a esa magistratura les estaba vedado: provinciales españoles o galos, centuriones y suboficiales y hasta libertos. El número de senadores pasó de 300 a 900 miembros. En general el número de funcionarios creció: los cuestores doblaron su cantidad, de 20 a 40; los ediles fueron 6 en vez de 4; los pretores se elevaron de 8 a 16.

César efectuó también reformas fundamentales en la administración de las provincias. La lex Julia de repetundis fue puesta en práctica, limitando con ello los abusos de los funcionarios provinciales; saneó el sistema de recaudaciones, ejerciendo una vigilancia constante sobre los recaudadores y algunas provincias fueron liberadas del pago de impuestos; li

¹¹ Kovaliov, op. cit. v. II, p.103.

mitó la autoridad de los gobernantes provinciales a la administración civil y de justicia.

César concedió el derecho de ciudadanía romana a la Galia Traspadana y a varias ciudades españolas y el derecho de ciudadanía latina a ciudades de la Galia Narbonense, de Sicilia, de Africa y también de España. Se fundaron, además, colonias agrícolas en distintas partes del Imperio, beneficiando hasta 80 000 ciudadanos.

La colonización en Cartago, Corinto, Galia, España meridional, Macedonia, etc., tendía a "romanizar las provincias".

En otros aspectos de la política cesariana, podemos mencionar la implantación de la lex de judiciis (46), por medio de la cual el orden equestre formó parte de los jurados, arrebatando así la exclusividad del ejercicio del poder judicial a la minoría oligárquica.

César encargó la reforma del calendario vigente, que era inexacto y confuso, al astrónomo Alejandrino Sosígenes. Introdujo una nueva moneda de oro, hizo construir el foro - Julio, un teatro, los templos de Venus Genetrix, de Marte e incluso una biblioteca pública. Los actos del gobierno se

siguieron informando diariamente al pueblo por medio de los acta populi.

A medida que César reunía el poder en su persona y sus reformas afectaban los intereses de las distintas capas sociales, la base democrática que lo había sostenido se transformaba. La reducción del número de donaciones de pan; la distribución de los cargos judiciales entre senadores y caballeros por partes iguales, la política provincial que limitaba el sistema de contratos en detrimento de los privilegios de los caballeros y, por último, la crisis económica en que estaba sumida Italia, todo ello contribuía a que el descontento en torno a su persona creciera inevitablemente.

Por otra parte, aunque el dictador negaba su inclinación a la monarquía, muchos signos se iban desgranando: el repetido ofrecimiento de la corona por Antonio, la propaganda en torno a su pretendido origen divino, la silla de oro donde, sentado, escuchaba a los senadores y, en suma, su actuación de los últimos meses de gobierno.

En el 44 a.n.e. se preparaba una expedición contra los partos, cuatro días antes de marchar César fue asesinado.

Entre los conspiradores que participaron en el asesinato, se encontraban muchos pompeyanos a quienes César había perdonado y mantenido a su lado; pompeyanos eran los pretores del 44: Cayo Longino y Marco Junio Bruto, pero los inspiradores del crimen pertenecían a la aristocracia oligárquica, los ricos y los nobles que temían ser despojados de sus propiedades y privilegios y que, de hecho, ya habían empezado a verse privados de aquellos. César:

...había hecho surgir el absolutismo personal, pero con un valor consistente en reconciliar la fuerza bruta indispensable con la justicia, en responder a las necesidades de su siglo, y en reconstruir, sobre las ruinas que había causado su ambición, una comunidad más armoniosa en un mundo pacificado.¹²

Cuando se dio a conocer el testamento de César, en el que se destinaba una parte de su fortuna a los ciudadanos y donaba, además, sus jardines a todo el pueblo, la violencia se desató. El descontento popular crecía por momentos; el día de la cremación del cadáver de César el pueblo exigió castigo para los asesinos y amenazaba con hacer justicia con su mano.

¹² César, op. cit., p.LXXVIII.

Debido a la peligrosa agitación en que se hallaba envuelta la ciudad, los principales jefes cesarianos, Marco Antonio y Dolabela, aceptaron, por un tiempo, las medidas adoptadas por el Senado: el restablecimiento de la constitución republicana, la devolución de su soberanía a los comicios, la confirmación de todos los actos de César y la amnistía para los asesinos. Las tropas de Antonio ejecutaron a todos los in conformes.

2.1.6 Segundo triunvirato.

La reconciliación de Antonio con el Senado fue momentánea, su intención era restaurar el cesarismo y saldar cuentas con los asesinos. Empezó a reclutar tropas con el dinero de César y se hizo nombrar por la asamblea del pueblo procónsul en la Galia Cisalpina, cuyo gobierno, en vida de César, había sido conferido a Décimo Bruto, uno de los asesinos.

Se presentó entonces en Roma Cayo Octavio, sobrino segundo de César y heredero de las tres cuartas partes de su fortuna. Adoptado por César antes de su muerte, Octavio supo atraerse a Cicerón que, exiliado en el 58 por los cesarianos, había regresado a Roma después de 16 meses, gracias a la mediación de Pompeyo. Cicerón llamó a Octavio "defensor de la patria" y éste fue bien aceptado por los veteranos de Cé-

sar. Sin embargo, Antonio lo recibió fríamente y Octavio optó por acercarse al Senado. En septiembre Cicerón pronunció el primer discurso de una larga serie contra Antonio, exigiendo que fuese declarado fuera de la ley.

A principios del 43, Antonio marchó hacia la Galia para hacerse cargo del gobierno, pero Décimo Bruto se negó a ceder su provincia a Antonio; éste lo sitió con sus tropas en la ciudad de Módena y Bruto pidió refuerzos al Senado. Los dos cónsules del 43, Aulio Hircio y Cayo Vibio Pansa, enviados por el Senado, ayudaron a derrotar a las tropas de Antonio pero ambos perecieron. Antonio huyó a Italia septentrional mientras el Senado hacía un nuevo reparto de las provincias entre sus adictos: Macedonia para Marco Bruto, Siria a Casio y el mando de la flota a Sexto Pompeyo; esta división provocó el descontento de Octavio que decidió unirse con Antonio y Lépido, éste último gobernaba la España citerior y la Galia Narbonense. Acordaron la reunión de Lepido y Antonio en la Galia, mientras Octavio exigía recompensas para sus veteranos y el consulado para sí. Pero el Senado no cedió a estas pretensiones, entonces Octavio, apoyado por el ejército, entró en Roma a mediados del 43 y se hizo proclamar cónsul por el pueblo; Octavio aún no cumplía los veinte años, había nacido el 22 de septiembre del 63. Las primeras disposiciones de Octavio se

encaminaron a procesar y ejecutar a los asesinos de César; repartió, además, el dinero del Tesoro entre los soldados.

En el otoño del 43 los jefes cesarianos se reunieron en Bolonia, acordaron ahí la restauración de la dictadura y la aplicación de proscripciones. Lépido sería nombrado cónsul para el 42 y Octavio y Antonio se dirigirían contra Bruto y Casio. El triunvirato quedó formalmente establecido mediante la sanción a su acuerdo por la asamblea popular. Los triunviros procedieron inmediatamente contra sus enemigos políticos. Italia sufrió otra vez el saqueo y los asesinatos; se redactaron, como en tiempos de Sila, largas listas de proscripciones y confiscaciones, en ellas figuraba el nombre de Cicerón, quien fue asesinado con lujo de crueldad. La tierra y los bienes cambiaron de dueños favoreciéndose con ello, en particular, los triunviros. Las propiedades confiscadas se ofrecieron al mejor postor y estas jugosas operaciones enriquecieron a un cúmulo de especuladores, funcionarios y oficiales cesarianos.

El saqueo alcanzó también a las ricas provincias orientales, de donde los triunviros esperaban obtener los recursos necesarios para satisfacer las demandas de las tropas.

El gobierno de las provincias se distribuyó así: para

Antonio, las dos Galias, la Cisalpina y la "salvaje"; para Lépido, las dos Españas y la Galia Narbonense; para Octavio, Cerdeña, Sicilia y las Africas. Los triunviros impusieron a la población de Italia un tributo consistente en la décima parte de los bienes y destinaron 18 de las mejores ciudades itálicas para repartir las tierras entre las legiones

En el otoño del 42 a.n.e., en Filipos, ciudad de Macedonia, Octavio y Antonio libraron la batalla que debía consolidar su poder. Antonio y sus legiones vencieron a las tropas de Casio el cual, al creer todo perdido, se mató, mientras Bruto hacia lo mismo después de la victoria del ejército de Octavio sobre sus soldados.

Horacio ha conservado un vívido recuerdo de su participación en esa batalla;

Juntos también afrontamos
la derrota de Filipos,
donde, no gallardamente,
emprendí por cualquier sitio
y sin escudo la fuga,
cuando los más aguerridos
el sucio suelo tocaban
con sus rostros aún altivos.¹³

¹³ Horacio, *Odas - Epodos* [Tr. Bonifacio Chamorro] Madrid, Espasa Calpe, 1973, II, VII, p. 67. (Austral, núm. 643)

Horacio peleó en Filipos juntó a Bruto, pero ello se debió, más que nada, a que se encontraba en Grecia estudiando al lado de la juventud aristocrática de Roma.

Antonio se dirigió a Oriente para obtener medios y recompensar con ellos a sus tropas; en Tarsos, Asia Menor, se encontró con Cleopatra, pasó junto a ella el invierno del 42-41, mientras sus lugartenientes asumían el mando en las regiones orientales. Quinto Labieno aprovechó la situación apoderándose de Siria y casi toda Asia Menor.

De vuelta en Italia, Octavio debió enfrentar problemas graves: por una parte los veteranos exigían sus recompensas y por otra, Sexto Pompeyo bloqueaba con su flota al aprovisionamiento de víveres a Italia. Octavio confiscó las tierras necesarias para el reparto entre los veteranos, pero de las 18 ciudades previstas para el caso, 2 de ellas habían sido tomadas por Sexto Pompeyo. El descontento contra los triunviros se acrecentaba; sobre todo entre los propietarios que acudían a Roma de todas partes a protestar por los despojos. Tal descontento fue aprovechado por sus enemigos y en particular por Lucio Antonio y Fulvia, hermano y esposa de Antonio, que propiciaron un levantamiento para la restauración de la República. En febrero del 40 a.n.e., Octavio sitió con sus tropas, el ejército de Lucio Antonio en la ciudad de

Perugia consiguiendo que se rindiera.

A punto de romper su alianza los triunviros se reunieron en Brindis, sus intereses comunes y el deseo de las tropas de mantener la paz impidieron su división; acordaron, en cambio, un nuevo reparto de las provincias: Antonio gobernaría el Oriente, Octavio el Occidente y Lépido, Africa. Su compromiso incluía la lucha contra los partos. Antonio se casó con Octavia, hermana de Octavio, para consolidar su alianza.

Pero Sexto Pompeyo seguía entrañando un grave peligro para Italia y para la propia seguridad de los triunviros. Aquel había conseguido formar un Estado en Sicilia, integrado principalmente por esclavos fugitivos y piratas; mantenía además a Italia sin los abastecimientos de trigo, ya que, como lo hemos mencionado antes, impedía su llegada. Los esclavistas, alarmados por la cantidad de esclavos que acudían a reunirse con Pompeyo, demandaban una rápida solución al problema. Los triunviros trataron de llegar a un acuerdo con él y en el 39 a.n.e., Octavio y Antonio se entrevistaron con Pompeyo en el cabo Miseno; convinieron el cese de la guerra, el restablecimiento de la libertad de comercio, la liberación de los esclavos que formaban parte de su ejército, así como el reconocimiento de su gobierno en Sicilia y Cerdeña

por 5 años. El acuerdo, sin embargo, no fue respetado y pronto se reinició la guerra. Antonio se oponía a ella, en la primavera del 37, se reunió con Octavio en Tarento donde acordaron mantener su alianza hasta fines del 33 a.n.e.

Horacio, que contaba ya con 28 años, narra el viaje de Mecenas y de Cocceyo, amigo tanto de Octavio como de Antonio, rumbo a Brindis para negociar la paz. Para el joven poeta este viaje efectuado en pequeñas y agradables jornadas, salpicado de acontecimientos amables unos y chuscos otros, se trata más de un viaje de placer que de una grave misión diplomática, de cuyo éxito dependía la paz o la guerra para Italia. Habla de la enemistad de Antonio y Octavio como de un rompimiento intrascendente entre amigos que acabarían reconciliándose y no de una lucha por el imperio entre dos hombres igualmente ansiosos de poder. Horacio no está, para nada, preocupado por lo que pueda ocurrir en ese terreno; sus preocupaciones son de otra índole: la pésima comida, una indigestión o la noche de espera por una prostituta.¹⁴

¹⁴ Horacio, Sátiras. [Introducción, versión y notas de Francisco Montes de Oca] México, UNAM, 1961, pp.24-28 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

En el otoño del 36 Marco Vipsanio Agripa, general de Octavio, consiguió derrotar definitivamente a Pompeyo, quien más tarde, murió en Egipto, en el 35 a.n.e..

Después de la batalla de Milazzo, en la que fue derrotado Pompeyo, Lépido, que había participado en la guerra con sus legiones, pretendía conservar el gobierno de Sicilia para sí. Octavio se opuso y el conflicto se resolvió cuando las legiones de Lépido se pasaron a Octavio. Lépido fue despojado de sus provincias pero conservó su nombramiento de pontífice máximo hasta su muerte, ocurrida en el 12 a.n.e.

La victoria sobre Pompeyo consolidó el poder de Octavio en varios aspectos, cesó la amenaza de una nueva guerra civil, 30 000 esclavos fueron devueltos a sus dueños y 6 000 fueron ejecutados. La amenaza de los piratas desapareció, la libertad de comercio fue restablecida y el trigo llegó otra vez a Italia. En Roma se tributaron grandes honores a Octavio y se le concedieron poderes vitalicios de tribuno.

Después de la guerra de Perugia, las relaciones entre Antonio y Octavio se habían enfriado y, pese al acuerdo de Tarento y al matrimonio de Antonio con Octavia, la situación entre ellos no había mejorado.

Además, Octavio reforzó su posición personal creándose una nueva base social en Italia; pues se había dado cuenta que la plebe no podía ser un cimiento sólido para él. Los restos de las grandes familias, que por siglos habían detentado el poder, le rechazaban; quedaba pues, un grupo cuyo surgimiento habían propiciado los repartos de tierras y las confiscaciones, una clase constituida por italianos que se podría considerar media, apegada a la tierra y mucho más segura porque se había visto reforzada con los veteranos de Filipos. Octavio se apoyó pues, en esta clase y se abstuvo de volver a despojar a sus integrantes de sus propiedades en beneficio de los militares. Es necesario señalar que los grandes latifundios permanecieron intocados por Octavio porque también sus dueños, la vieja aristocracia senatorial, debía ser tomada en cuenta por el futuro princeps para sus fines de dominio. Por otra parte, para Octavio fue más fácil cantar, por medio de sus poetas, las glorias de los trabajos agrícolas y la grandeza de la tierra italiana, especialmente a través de uno de los suyos, el mantuano Virgilio; así quedó bien con todos.¹⁵

¹⁵Cfr. Grimal, Pierre, El siglo de Augusto. 2a. ed. Buenos Aires, EUDEBA, 1965, pp. 31-34.

Antonio se encontraba en circunstancias difíciles en el año 36 a.n.e., debido, en parte, a la victoria de Octavio sobre Pompeyo, lo cual contribuyó a debilitar su situación política.

Antonio trató de contrarrestar la popularidad de Octavio emprendiendo una campaña contra los partos, siempre invictos por Roma, pero en el 36, año en que se inició la expedición, tuvo que retirarse de Armenia sin haber alcanzado su propósito. En los años siguientes, sus tropas combatieron contra los ejércitos armenios logrando hacer prisionero a su rey. Antonio celebró esta victoria sobre la región de Alejandría sin abandonar, por ello, sus planes respecto a los partos. Por todo lo anterior Antonio se vio obligado a conservar su pacto con Octavio y, al mismo tiempo, a reforzar su situación aliándose al país más rico de Oriente, Egipto, por medio del matrimonio que contrajo con Cleopatra, a la que otorgó posesiones en las provincias romanas.

El 1º. de enero del 32 a.n.e., cesaban los poderes de los triunviros y ese día se produjo el rompimiento de los dos jefes. Los cónsules de ese año, junto con 300 senadores, se refugiaron con Antonio. Octavio se apoderó del testamento de aquél y lo divulgó. La opinión pública censuró duramente a Antonio, porque expresaba su deseo de ser sepultado en Alejandría y confirmaba las posesiones romanas de Cleopatra. El

resto del Senado y la asamblea popular privaron de sus poderes a Antonio.

En septiembre del 31 a.n.e., se declaró la guerra a Cleopatra, es decir a Antonio, éste tenía en contra no sólo la opinión pública, sino también la diversidad de la composición de sus tropas que, además, estaban mal equipadas, mientras que las de Octavio eran más homogéneas y adictas a su jefe.

Antonio había fijado su cuartel general en Patras, sobre el Golfo de Corinto. En septiembre del 31, frente al promontorio de Accio, que se encuentra al oriente del Adriático, se enfrentaron los dos ejércitos; al final de la batalla Antonio tuvo que huir y se suicidó en Alejandría cuando Octavio atacó, desde Siria y Cirene, a Egipto. Cleopatra prefirió también la muerte, antes que figurar en el cortejo triunfal de Octavio. Estos hechos ocurrieron en el 30 a.n.e..

Octavio ordenó matar al hijo mayor de Antonio y al de César tenido con Cleopatra. El 1º de agosto Octavio entró triunfalmente en Egipto, que se sumó así al imperio romano; se apoderó del tesoro de los Tolomeos y permaneció en Oriente el invierno del 30-29. En el otoño del 29 volvió a Roma donde celebró un triunfo de tres días. Octavio consiguió con

vertirse en el gobernante único y absoluto de la gran potencia romana.

2.2. El principado.

2.2.1. Evolución del poder de Octavio.

Debido a que las clases altas conservaban su amor a las antiguas tradiciones y costumbres, Octavio insistía en que su acción política se encaminaba a "restaurar" la antigua forma de gobierno.

Con la muerte de Antonio en el 30 a.n.e., Octavio quedó como jefe absoluto de Roma y de todos sus dominios, pero su posición carecía de bases jurídicas. En el 43 a.n.e., mediante la ley de Publio Ticio, se habían otorgado a los triunviros poderes ilimitados por 5 años; después del acuerdo de Tarento, estos poderes se habían prorrogado hasta el 31 de diciembre del 33 a.n.e. y cesaban jurídicamente en enero del 32; tanto Antonio como Octavio habían tratado de legalizar su posición mediante el juramento que en el 32 pidieron a las tropas; la muerte de Antonio en el 1º de agosto del 30 no había cambiado jurídicamente la situación de Octavio; conservaba el poder de tribuno que le había conferido el Senado después de la victoria sobre Pompeyo; en el 30 se le confirmó este nombramiento y en el 29 el título de

"emperador" le fue atribuido por ley. En el 28 Octavio y Agripa fueron elegidos cónsules y efectuaron el censo general de los ciudadanos, con ese motivo se realizó una revisión del Senado, el número de senadores se redujo de 1 000 a 800; el nombre del emperador encabezó al lista y de ese modo Octavio se convirtió en princeps senatus, esto significó que, según la tradición romana, Octavio sería el personaje de mayor jerarquía, el primero en dar su parecer, jefe moral indiscutido entre sus iguales y, en suma, tal nombramiento representaba la más grande autoritas. Es claro que tal autoridad estaba absolutamente ligada a la aristocracia oligárquica.

En enero del 27 a.n.e., a la vez que Octavio renunciaba a sus poderes de triunviro, el Senado le otorgaba el sobrenombre de "Augustus" y le tributaba altos honores. La autoridad que Octavio reunía en su persona hasta este momento, estaba constituida por la potestad civil mediante su cargo de tribuno; la autoridad militar gracias a su nombramiento consular y, por último, su calidad de princeps senatus, le confería la máxima autoridad moral.

Al renunciar a sus poderes de triunviro Augusto perdía su mando en las provincias, pero los ruegos del Senado le convencieron para que conservara durante 10 años más el po-

der proconsular en 3 provincias: Siria, España y Galia; aparte de Egipto considerado su dominio personal desde el 30. El Senado recuperó su autoridad en las otras provincias y en la administración del tesoro estatal. La situación del princeps, con los años se definió con mayor claridad; en el 27 a.n.e., año en que viajó a las provincias occidentales, había organizado como prerrogativa de su poder consular, una guardia personal de 9 cohortes que a su vuelta en el 24 a.n.e., conservó en Roma bajo su dominio, creándose un sólido apoyo militar.

Augusto renunció en el 23 al cargo de cónsul, que había ocupado ininterrumpidamente cada año, y desde esa misma fecha, empezó a considerarse su poder tribunicio como una magistratura anual; ello le confería no sólo la inviolabilidad personal, sino también el derecho de veto sobre los actos de todos los magistrados, es decir, ningún pretor podía decidir nada sin el consentimiento, cuando menos tácito, del príncipe. Mucho más importante fue la decisión del Senado adoptada en el 23; el imperio de Augusto fue reconocido como mayor respecto a los demás jefes militares, especialmente el de los procónsules de las provincias senatoriales; de este modo, Augusto se convirtió en jefe de toda la administración provincial.

En el 13 a.n.e., Augusto fue elegido en los comicios pontífice máximo, es decir, jefe de la religión romana.

En suma, los poderes de Augusto se definen así: la potestad tribunicia le confería la autoridad total en la administración civil (Senado, comicios y magistraturas) el imperium maius le otorgaba el alto mando de todas las tropas romanas y de las provincias y, el último cargo, pontífice máximo, le atribuyó una función directiva en la religión.

A juicio de Kovaliov, el conjunto de todas estas circunstancias consolidaron la monarquía, no obstante "las demagógicas afirmaciones de los principios republicanos".¹⁶

¹⁶Op. cit., p. 135.

III. RELACIONES ECONOMICAS Y SOCIALES EN EL SIGLO I. a.n.e.

3.1. Introducción.

Las guerras civiles se caracterizaron por el terrorismo y la inestabilidad económica. Fueron largos años de enfrentamientos constantes y violencia generalizada que pobres y ricos sufrieron por igual. Los hombres se vieron arrastrados en un movimiento incesante en el que veían transformada su existencia de la noche a la mañana. Los terratenientes sufrían impotentes el que sus bienes pasaran a manos de los veteranos de los ejércitos hundiéndolos en la ruina: "El proletario de hoy era el terrateniente de ayer: el soldado o el agente comercial, el artesano o el obrero de mañana".¹

En tales circunstancias, el restablecimiento del orden y la tranquilidad se convirtieron en el anhelo más ferviente del pueblo romano. Augusto vino a ser la encarnación de esa esperanza debido a su habilidad para atraerse a las masas que con el tiempo, empezaron a relacionar con su persona toda idea de restauración, de paz y de prosperidad, alcanzando una enorme popularidad; para ellos era un ser extraor

¹Rostovtzeff, M., Historia social y económica del Imperio Romano. Madrid, Espasa Calpe, 1962, v. I, p. 70.

dinario, un nuevo dios surgido para salvar al pueblo de la guerra.

El estado apoyaba estas ideas con la construcción de monumentos y estatuas en su honor que además difundían la imagen de Roma como poderosa e invencible dueña del mundo y a Augusto como su rector.

Ante todo, Augusto aseguró la base social de su gobierno mediante su aparente adhesión a los principios republicanos. Tal actitud logró el consenso de las capas superiores de la sociedad romana en quienes las tradiciones y costumbres del pasado eran todavía muy fuertes:

Este régimen, que no era otra cosa que una monarquía disfrazada, tomó el nombre en apariencia aceptable hasta para los republicanos, de principado, que consagraba el papel predominante en la república del Princeps, es decir, del primer ciudadano "por su valor, mansedumbre, justicia y piedad", como proclama la aduladora inscripción en honor de Octavio grabada en un escudo de oro en la curia Julia, el principal edificio gubernamental.²

²Diakov, V., Historia de la antigüedad. Roma. México, Grijalbo, 1966, p.284. (Norte)

La finalidad que se proponía el gobierno de Augusto con la idealización del pasado, era la de conservar el papel dominante del "antiguo pueblo romano". Medidas tales como restringir el derecho de ciudadanía y otorgarlo solamente como estímulo a servicios excepcionales, marcaban rigurosamente la línea divisoria entre romanos y no romanos. Se fortalecía así el indiscutido derecho de Roma a ejercer el dominio y la explotación sobre los demás pueblos, conceptos que automáticamente convertían a las provincias en "predios del pueblo romano..."³

La política económica de Augusto tendió desde luego a restituir el ambiente de paz necesario a la estabilidad económica y al incremento de la riqueza. Esta política se sustentó también en principios del pasado:

"Augusto, en el desarrollo de su labor había de tener en cuenta determinados factores: las tradiciones del pasado romano, la gloriosa memoria de brillantes conquistas y las aspiraciones de los ciudadanos romanos. Querían estos la paz, pero una paz con dignidad. Lo cual significaba para ellos la continuación del avance por el camino de la conquista y la anexión. Hemos de recordar también que el mismo Augusto era un aristócrata romano, y que para él como para todos los hombres prominentes de Roma, la gloria militar y los laureles guerreros, las victorias y los triunfos, eran el galardón supremo de la vida del hombre".⁴

³ Rostovtzeff, *op. cit.*, p.108.

⁴ *Ibid.*, p.114.

En esta convicción fueron educados los varones de la casa imperial, Tiberio y Druso por ejemplo, y qué decir del más cercano colaborador de Augusto, Agripa, el cual era excelente general. Además las actividades bélicas fueron muy intensas durante el reinado de Augusto, la magnitud de los territorios conquistados y las conquistas en sí, exigían notables esfuerzos en el terreno de la estrategia militar y brillantes talentos en esa disciplina.

3.2. Agricultura.

En la época del gobierno de Augusto, la agricultura continuó siendo la base de la economía; pero ya en este tiempo, se empezaron a manifestar los primeros síntomas de la crisis del sistema esclavista precisamente en el campo de las relaciones agrarias. El proceso llevado a cabo durante el siglo I. a.n.e. en relación a la agricultura, había debilitado momentáneamente la economía latifundista y había favorecido a la pequeña y mediana propiedad. Factor decisivo en esto último fueron las confiscaciones masivas de tierras en favor de los veteranos. Este proceso se inició ya desde Sila y alcanzó su máximo desarrollo en tiempos de Augusto quien distribuyó hasta 170,000 parcelas.

Las medidas protectoras que Augusto tomó en relación

a los pequeños propietarios agrícolas de Italia, fueron sólo por razones de política o de moral y no encaminados verdaderamente a la solución del problema.

El punto cardinal de la situación agraria fue el constante crecimiento de los latifundios a expensas principalmente, de las pequeñas propiedades campesinas; aunque un factor favorable lo constituyó el reparto a los veteranos de las tierras confiscadas llevado a cabo durante las guerras civiles, el número de latifundios afectados fue mínimo y por tanto sin repercusiones importantes en la economía agrícola.

Muchos campesinos aspiraban a enriquecerse con rapidez y enajenaban voluntariamente su pequeña propiedad acudiendo a las ciudades en busca de fortuna, participando en las conquistas militares o abandonando incluso su patria para transformarse en comerciantes o asalariados.

Una idea aproximada del tipo de propiedad agrícola existente en Italia central en la época de Augusto, nos la da la descripción de la propiedad de Horacio. Se trata de una finca, generoso regalo de Mecenas, y se supone del mismo tipo que las otorgadas a los veteranos por Sila, Pompeyo, César y Octavio, al término de las guerras. La finca se

gún Roştqutzeff;

...se dividía en dos partes —una granja modelo en la que el propietario empleaba el trabajo de 8 esclavos y 5 parcelas arrendadas a 5 familias de colonos, probablemente antiguos propietarios y acaso de las mismas tierras que ahora cultivaban para Horacio— la granja modelo comprendía un viñedo, un plantel de hortalizas y frutales y principalmente campos de trigo. Las praderas y los bosques integrados a la propiedad de Horacio daban pasto a numerosos bueyes, ovejas, cabras y cerdos.⁵

Horacio, como la mayoría de los propietarios, nunca permaneció largo tiempo en ese lugar ni lo administró por sí mismo, sino por medio de un esclavo. Las granjas de Campania eran similares a la finca de Horacio. Sus principales productos eran el vino y el aceite, los cuales estaban destinados seguramente a la venta. Estas granjas se ajustan a las descripciones de Varrón y Columela, lo cual es indicio de que se explotaban según las reglas de manuales de agricultura, obviamente, por medio de esclavos. Los latifundios destinados a la explotación del olivo y la vid consistían en cortijos más pequeños, del tipo de los excavados en Pompeya.

⁵ Ibid., p. 123.

Las granjas de Italia meridional, especialmente las situadas en Pompeya, Stabia y Herculano, eran un tanto diferentes. Sus habitantes residían en ellas a diferencia de los propietarios de la Campania, senadores y équités residentes en Roma. En Apulia, Calabria, Etruria, Cerdeña y Africa, los latifundios eran de gran extensión y lo característico de ellos para algunos poetas, eran las multitudes de esclavos y ganado:

...no que pretenda,
a mis fuertes arados ver uncidos
a más toros en parejas,
o mandar trashumantes mis rebaños
de Calabria a Lucania, ni apetezca
marmórea villa en Túscolo, que toque
sus murallas circeas.⁶

Sin embargo, los repartos de tierras se dieron junto a otros fenómenos que impidieron la consolidación de la agricultura en pequeña escala; por una parte, el sistema esclavista había minado hasta tal punto las fuerzas productivas de Italia y había llevado la fuerza de trabajo a tal degradación, que el trabajo libre ya no podía salvar la situación. La falta de habituación a un trabajo productivo, la tendencia al parasitismo ocioso, la debilidad económica de los pequeños propietarios, todo eso había impedido que los veteranos, no obstante poseer una parcela, volvieran a la tierra, al trabajo del campo y a

⁶ Horacio, "Epodos" IX, Lírica horaciana. [Tr. Aurelio Espinosa Polit]. México, 1960, Jus, p. 411

una vida laboriosa; preferían dejar sus terrenos en manos de los antiguos propietarios y contentarse con recibir una cuota de ellos llegando al extremo de enajenar su propiedad. Toutain describe la degradación social en ese aspecto:

En el pueblo romano se rompió el equilibrio entre el elemento rústico, antes laborioso, productor, ponderado y el proletario urbano cada vez más acostumbrado a reclamar al Estado y a los magistrados, a los ambiciosos de todas clases su alimento y sus placeres favoritos, *panem et circenses*.⁷

Ya en el siglo I. d.n.e., se habla nuevamente de latifundios y es famosa la sentencia de Plinio el viejo: "la tifundia perdidere Italiam" que pone de manifiesto un hecho concreto. Sin embargo, es necesario aclarar que los grandes propietarios de estos latifundios habían acrecentado enormemente sus propiedades, pero al mismo tiempo las habían dejado totalmente en manos de los esclavos. El trabajo servil sustituyó al trabajo libre, tanto más que había una gran abundancia de esclavos; ya hemos visto que en Delos se vendían hasta 10,000 diarios y las guerras contribuyeron también con grandes cantidades, hasta en número de 150,000. Los ricos aseguraron su poder económico con la

⁷Toutain, J., La economía antigua. México, UTEHA, 1959, p. 212, (Evolución de la humanidad, núm. 22)

fórmula latifundia + servi.

Para Columela, la crisis que ya en el siglo I. d.n.e. es motivo de evidente preocupación, tiene su causa fundamental en la esclavitud; el trabajo de los esclavos, para él no es útil a la agricultura; la razón: el desinterés en el trabajo, la codicia, la rapiña por parte de los esclavos y sin duda, la apatía, el parasitismo y la ociosidad de los propietarios a quienes Columela recomienda encargarse personalmente de la dirección del trabajo y efectuar una serie de concesiones a los trabajadores ya sean esclavos o libres para mantener un buen rendimiento de la tierra. Ni Varón ni Catón hablan nunca de arrendar la tierra como medio para acrecentar la productividad. Pero la situación para esta etapa había cambiado: las guerras exteriores habían disminuido lo cual redujo el número de esclavos disponibles; su trabajo se había hecho más caro y esto obligaba a preocuparse por el bajo rendimiento. La solución fue la que ya en época de Augusto se empieza a dar: el arriendo, la concesión de la tierra a los colonos libres que a Columela le parece preferible a dejar a manos de un "esclavo negligente y ávido" el cultivo de la tierra.⁸ Sin embargo el sistema de arriendo en la época de Augusto es apenas incipiente y no constituyó la solución para la crisis en ese momento.

⁸ Columela, op. cit., p.27.

La utilización del trabajo asalariado en los últimos tiempos de la República se hizo cada vez más rara, puesto que los últimos peones se degradaban inevitablemente en subproletarios. Además se empezó a practicar el sistema de entregar a los esclavos más fieles parcelas de tierras, adquiriendo con ello derechos de colonos.

A los factores anteriores debe sumarse la competencia de las provincias a la agricultura de Italia, ya que ahí la mano de obra resultaba más barata y el terreno mantenía su fertilidad. Sicilia, que en la época republicana había contribuido tan espléndidamente a la riqueza italiana con sus cereales, estaba agotada; además las dos grandes rebeliones de esclavos habían minado enormemente la economía esclavista. El lugar de Sicilia lo ocuparon Egipto y África septentrional. Egipto, bajo la administración de Augusto, se convirtió en el principal abastecedor de cereales para Italia gracias al mejoramiento del sistema de irrigación y al aumento de la superficie de la tierra cultivada. Los campesinos locales estaban obligados a arrendar la tierra imperial y a entregar una parte considerable de su cosecha a sus dominadores.

La intensa colonización romana llevada a cabo durante el gobierno de César y Augusto, había creado una gran canti-

dad de propietarios pequeños y medianos en Túnez, África septentrional. Sin embargo para la época de Plinio, es decir la de Nerón, "la mitad de África pertenecía a seis propietarios".⁹ En Túnez y Argelia se cultivaba el olivo, África se vio favorecida también por un magnífico sistema de irrigación artificial; la Galia meridional era el principal centro productor de viticultura; en España había una abundante producción de vino y su principal cultivo era el olivo. Los fértiles valles fluviales de Túnez y Argelia, junto con Egipto, se convirtieron en las fuentes principales de abastecimiento de trigo para Italia.

Así pues, lo característico de la agricultura en el siglo I. a.n.e., fue la sucesiva concentración de la tierra en manos de unos cuantos y la consecuente decadencia del pequeño propietario.

3.3. Industria y comercio.

Las guerras civiles habían interrumpido el curso normal de la vida económica de Italia. Al término de aquellas, la relativa seguridad en las vías de comunicación y

⁹Kovaliov, op. cit., v. II, p.243.

el incremento del comercio interior y exterior favorecieron su recuperación industrial. Especialmente las regiones de Etruria y Campania contribuyeron a su prosperidad. Por lo que al comercio se refiere, toda Italia con sus numerosas ciudades era un mercado gigantesco y riquísimo para el resto del mundo civilizado, a lo cual ayudó el hecho de que Roma acaparara una gran parte de los objetos producidos en la antigüedad.

En el siglo I. a.n.e., Capua se había convertido en el centro de producción de vajillas y lámparas y abastecían no sólo a Italia sino ~~además~~ a Europa septentrional. También en la ciudad etrusca de Arretium se había desarrollado ampliamente la producción de cerámica. La llegada de hábiles artesanos griegos favoreció algunas ramas de la producción artesanal, en particular la cerámica y la fundición del bronce. En Italia septentrional se trabajaba la arcilla elaborando lámparas y ladrillos. Parma, Milán, Padua y Pompeya fueron famosas por sus manufacturas de lana. Las ciudades de Campania en época de Augusto desarrollaron la industria del vidrio con el que se fabricaban delicados objetos especialmente de vidrios de colores y vasos adornados con relieves. Por la misma época se empezaron a elaborar perfumes y resurgió la industria de la joyería.

Pompeya llegó a ser, antes del 79. d.n.e., un próspero centro productor: se fabricaban lámparas de arcilla, de bronce, vajillas, objetos de vidrio, de hierro, instrumentos quirúrgicos; había talleres de tejidos, joyerías, perfumerías, panaderías, instalaciones para la elaboración del vidrio, herrerías, etc. Era también centro de una floreciente región agrícola, un puerto importante para las ciudades cercanas y un núcleo de industrias locales cuyos productos eran consumidos no sólo por los habitantes de la ciudad sino también por las ciudades vecinas. La producción de tejidos y vestidos de lana fue una de las actividades principales de los pompeyanos. En tiempos de Augusto se hizo famosa la especialidad pompeyana, una excelente salsa de pescado: el garum.

Bajo el emperador Augusto también Aquileya, en el norte de la península itálica, progresó notablemente en cuanto a comercio e industria se refiere. Aquí habitaba una colonia de veteranos romanos y la pacificación del Norte abrió a sus ciudadanos el acceso a las minas de la región.

Aquileya exportaba vino y recibía a cambio grandes cantidades de ámbar. La excelente calidad de su arena y arcilla produjo la comercialización de esos productos en los mercados danubianos. Las actividades de bronceístas y plate-

ros se intensificaron gracias a la antigua industria del bronce en el noroeste de Italia y también a las minas de cobre y plata de Nórico, Recia y Dalmacia. Los yacimientos auríferos cerca de Virunum y las piedras semipreciosas exis - tentes en la región, propiciaron la industria de la joyería. En suma, Aquileya se convirtió en uno de los centros productores más importantes: vidrios finísimos, piedras talladas, camafeos, vasos de distintas formas, artículos de ámbar, utensilios de hierro, objetos de bronce y plata, joyas de - oro etc., fueron el producto de los recursos humanos y naturales de Aquileya.

A fines de la República dos industrias muy importantes, la industria del armamento y la de ingeniería marítima, tuvieron un intenso desarrollo. Los talleres de fabricación de armas podían verse a lo largo de las principales calles de Roma como la Vía Sacra.

La viticultura en el norte de Italia tuvo un rápido desenvolvimiento y, consecuencia de ello, un gran movimiento de exportación. El intercambio comercial incluía también el aceite y se realizaba con las provincias septentrionales y occidentales del Imperio e incluso con Oriente. El centro productor de viñedos era Campania. El puerto principal del sur de Italia, Puteoli y los restantes puertos de Campania

expedia grandes cantidades de vino y aceite y ésto ocurría también en Aquileya, en el norte.

La industrialización de la vida alcanzó no sólo a grandes ciudades como Puteoli y Aquileya, centros principales de exportación y foco de importantes líneas de tráfico, sino también a centros y puertos más pequeños.

El trabajo en los talleres era efectuado generalmente por un liberto y uno o dos esclavos. Había empresas en las que se empleaban de cinco a diez hombres. El taller servía al mismo tiempo como tienda y había talleres que contaban hasta con cien obreros. Las condiciones de los trabajadores estaban determinadas por el trabajo de los esclavos; los salarios eran bajos y la distancia entre el esclavo y el trabajador libre no era mucha.¹⁰

Había un sistema de contratación consistente en que el empresario reclutaba a un grupo de obreros, artesanos, peones libres y también esclavos que eran entregados en alquiler por sus dueños y se concertaba con el encargado un acuerdo. El porcentaje de trabajadores libres en la produc-

¹⁰Cfr. Kovaliov, op. cit., v. II, pp.225-228.

ción aumentó con el tiempo y durante el Imperio, a partir del siglo I d.n.e., el número de trabajadores libres era muy alto.

El papel de los libertos en la industria iba creciendo: eran propietarios de talleres, empresarios, o dirigentes de las empresas de sus amos. El peso de los libertos en el terreno industrial se debió a que:

...el trabajo industrial era tenido en muy poca estima; filósofos como Cicerón y Posidonio no disimulaban su desprecio por "la turba de los obreros".¹¹

El comercio entre Italia y las provincias.

En el aspecto comercial como en el industrial, Italia tuvo una gran competencia de parte de las provincias. No obstante que el desarrollo económico de éstas, en el último siglo de la República, había sido frenado por la política de rapiña de los romanos y las guerras internas y externas.

El comercio romano tenía un carácter pasivo, es decir, en la balanza comercial predominaban las importaciones. La

¹¹Routain, op. cit., p.213.

razón es que la economía italiana no podía competir con la producción muy evolucionada de muchas zonas de la cuenca mediterránea. Pero la pasividad de la balanza comercial estaba compensada por la importación de una gran cantidad de dinero.

El mayor centro comercial en el siglo II a.n.e., era Delos que absorbía todo el comercio de Rodas y Corinto, también hubo prosperidad comercial en Asia Menor y en la Península Balcánica. Los mercaderes itálicos estaban organizados bajo la dirección de funcionarios que se elegían por votación. Los miembros de estas asociaciones eran fundamentalmente habitantes de Italia meridional y Sicilia, de Nápoles, Cumas, Siracusa, etc.. Los recaudadores participaban también de operaciones comerciales, ya que los impuestos tomados a las provincias, la mayoría de las veces eran en mercancías; las cuales, generalmente, se tenían que vender en los mercados.

3.4. Clases sociales.

Los cambios económicos del siglo I se reflejaron en la estructura de la sociedad romana. Un hecho relevante fue la importancia que adquirió la clase de los caballeros. Originalmente esta clase estaba formada por todos aquellos que

aportaban un caballo para la formación de la caballería del ejército romano. Pero desde de la segunda mitad del siglo - III a.n.e., los caballeros empezaron a transformarse, de formación militar, en una nueva categoría social. Fue entonces cuando se fijó el censo para esta clase en 400,000 sextercios y obtuvieron derechos semejantes a los senatoriales.

La ley de Claudio del 218 a.n.e., que prohibía a los senadores ocuparse del comercio, tuvo como resultado que los asuntos financieros y las operaciones comerciales pasaran a manos de los caballeros; de esta manera, en el siglo II a.n.e., el grupo de los grandes propietarios se dividió en dos fracciones: la agraria y la mercantil. La primera poseía las tierras y por medio del Senado y las magistraturas, gobernaba la República. La clase mercantil dominaba en el campo de las finanzas pero no tenía poder político. Esto explica por qué los caballeros se encontraban en oposición al Senado y constituían el ala derecha del movimiento democrático. Sin embargo el núcleo de este movimiento estaba constituido por campesinos pobres y proletarios de aldea, pequeños comerciantes y artesanos, y un nutrido grupo de subproletarios desclasados.

Así pues, a fines de la República, estas clases superiores conscientes de su importancia social y su poder no

sólo sobre las clases inferiores, sino sobre todo el mundo, guardaban rigurosamente las distancias; así, mientras la clase senatorial era el reducto de la aristocracia y de la pureza de sangre y se consideraba a sí misma exclusiva despreciando profundamente a sus inferiores, la clase de los équit~~e~~s basaba su influencia en sus medios de fortuna, desdeñando al resto de la sociedad. Los équit~~e~~s que lograban ascender a la primera clase, no eran bien vistos por los senadores. Recordemos cómo entre estos últimos sólo los miembros de la nobleza patricia y aquellos que contaban con un cónsul entre sus antepasados, eran considerados como pertenecientes al orden nobiliario.

También con honores y privilegios se distinguía a las clases sociales. La alta nobleza concentrada en el Senado, vestía túnicas orladas de una franja de púrpura y disfrutaba de asientos especiales en el teatro y en el circo, mientras que los acaudalados caballeros llevaban anillo de oro y se les reservaban los puestos inmediatos a los senadores en los espectáculos. Las diferencias se agrandaban en relación a los provinciales, a quienes se tenía como demasiado rústicos para el refinamiento de los que habitaban en la capital.

En tal ambiente de desestimación mutua, los libertos enriquecidos se veían humillados y no eran aceptados en los

exclusivos círculos en que se movían los aristócratas. La distancia entre los poseedores de riqueza y las clases inferiores era insalvable; aun entre éstas, campesinos, artesanos libres y colonos semilibres de la ciudad, hallaban demasiado groseros a los de las provincias. Ni hablar del sentimiento general de desprecio hacia los esclavos.¹² Estos no tenían personalidad ni necesidades humanas, eran solamente cosas, mercancías que se podían comprar y vender, instrumentos para enriquecerse o escalones para ascender socialmente.

Resumiendo: al término de la época republicana, las dos clases superiores concentraban en sus manos los puestos públicos y pretendían concentrar también, las altas virtudes que habían contribuido a la preeminencia de Roma.

Durante el gobierno de Augusto la participación en la vida del Estado dependió en gran medida, de los bienes materiales; así lo demuestra la disposición del emperador de aumentar el censo para la clase senatorial a un millón de sextercios; lo cual, al mismo tiempo, elevó el poder del dinero. Es a partir de las propiedades, que determina las tareas sociales y a partir de aquellas que pretende depurar las relaciones familiares. La importancia de la riqueza se mani

¹²Cfr. Rostovtzeff, op. cit., pp.105-107.

fiesta en la gran movilidad social que ella permitió en esta época. La protección del emperador al mantuano Virgilio y la elevación del hijo de un liberto, Horacio, demuestra el paulatino ascenso de las clases inferiores. El testimonio de Suetonio es significativo en este asunto:

Augusto mismo escribe que una vez había invitado a un liberto, en cuya casa de campo se había hospedado y que en otro tiempo había pertenecido a su guardia.

Daba cenas a menudo, pero siempre dentro del orden establecido y teniendo mucho cuidado en respetar rangos y personas. Valerio Mesala nos dice que jamás invitó a su mesa a liberto alguno, excepto a Mena, después de haberlo declarado ciudadano libre de nacimiento, pues había entregado a traición a la escuadra de Sexto Pompeyo.¹³

La excepción de que habla Suetonio es, sin embargo, un signo notable de los cambios que las clases sociales sufrían en su composición.

En este tema de clases es valioso también, de Horacio, el épedo IV contra un advenedizo, titulado por algunos traductores contra Menas:

Con odio igual que el del cordero al lobo
te odio yo a ti, que señalados llevas
en la espalda los látigos iberos
y los duros grilletes en las piernas.

¹³ Suetonio, Vida de los doce Césares. Barcelona, Bruguera, 1970, p.151. (Libro Clásico)

Por mucho que te engrías de tu oro,
 no muda tu linaje la riqueza.
 ¿No ves, al recorrer la Vía Sacra,
 con tu lujosa toga, cómo acechan
 tu paso desdeñosos transeúntes
 que vuelto el rostro, aquí y allí comentan?
 "Este, quien azotaron los triunviros
 hasta cansar al pregonero, hoy siembra
 en el campo Falerno mil yugadas;
 la vía Apia en su bridón pasea,
 y, burlando la ley, en el teatro
 con los más nobles, sin pudor se sienta.¹⁴

El poema nos parece fundamental por dos razones: la primera, porque revela los motivos por los cuales un liberto puede ser admitido a la mesa del emperador; su enorme riqueza; la segunda, el desprecio que Horacio manifiesta por un esclavo transformado en señor y que confirma su conservadurismo e identificación con la clase dominante, al grado de olvidar su propio origen.

Los testimonios de Horacio y Suetonio prueban que en esta etapa histórica un mayor número de hombres tenía la oportunidad de prosperar; y si las distintas clases basaban su importancia en la posesión de un gran capital, cuanto más dinero tenían más era su desprecio por los que no poseían nada. Se fomentó así un sentimiento de insignificancia en las clases inferiores y el deseo de emular a los ricos en sus brillantes empresas y modos de vida.

¹⁴ Horacio, "Epodos" IX, Odas-Epodos. p. 153

Así pues, durante el principado, el influjo del dinero en la evolución de las clases sociales tuvo una significación considerable.

3.5. La vida familiar y las costumbres.

Augusto necesitaba, para consolidar su gobierno, reforzar las bases ideológicas del Estado romano: la religión, la familia y las costumbres.

Con respecto a la institución familiar, trató de detener la disolución de la misma mediante una serie de leyes promulgadas entre el 18 a.n.e. y el 19 d.n.e.¹⁵ Las reglamentaciones principales se refieren al matrimonio y al adulterio, pues en éstos se reflejaba, con mayor precisión, el quebrantamiento de la unidad familiar.

La lex Julia de adulteriis coercendis reglamentaba los delitos de adulterio e imponía a los infractores severos castigos, tales como el exilio y la confiscación de bienes. Las sanciones se hacían más rígidas para las mujeres, e incluso el padre podía matar a la hija junto con su amante.

¹⁵ Cfr. Ellul, op. cit., pp.327-328.

El matrimonio, mediante la *lex Julia de maritandis ordinibus*, fue establecido como obligatorio para los hombres entre los 25 a los 60 años y para las mujeres entre los 20 y los 50. Quienes faltaran a esta obligación eran privados del derecho a legar sus bienes por vía testamentaria y las mujeres, además, sentenciadas a pagar impuestos sobre el valor de aquellos. La *lex Julia* facilitó el matrimonio, el padre no podía oponerse a que sus hijos lo contrajeran; si lo hacía, ellos podían acudir ante las autoridades para obtener el permiso.

La *lex Papia Poppaea* favorecía la natalidad por medio de sanciones que afectaban directamente la situación económica o la posición social de los interesados; así, por ejemplo sólo los que tenían hijos podían recibir herencias; y el plazo de acceso a las magistraturas se reducía en un año por cada hijo que se tenía.

A pesar de estos esfuerzos del emperador por restablecer el orden y volver a los lejanos tiempos en que las buenas costumbres eran la base de la unidad social, la sociedad de la época se transformaba radicalmente:

Las mujeres jóvenes preferían no tener hijos, y por este motivo había disminuido catastróficamente la natalidad. Las familias numerosas se convirtieron en

una rareza. Muchos hombres permanecieron solteros; las mujeres, de facto, habían logrado una completa emancipación; pero casi siempre su libertad sólo se traducía en libertad de adulterio. El número de infidelidades conyugales y de divorcios había aumentado considerablemente.¹⁶

Los censos efectuados en el 28 a.n.e., y el 13 d.n.e., revelan que el aumento de la población había sido de sólo un millón en 40 años, aumento que se puede atribuir al restablecimiento de las condiciones normales de vida después de las guerras, más que a un ascenso de la natalidad.

La lucha contra la corrupción de las costumbres resultó un tanto ineficaz, si juzgamos a partir de las relaciones familiares del emperador, divorciado tres veces y obligado a exiliar a su hija y a su nieta como castigo a sus adulterios. Las contradicciones del sistema y de las medidas tomadas por Augusto en este aspecto, se manifiestan en las observaciones anteriores y en el hecho de que, como parte de su política de restablecimiento de la moral y severidad de las costumbres, él mismo vivió en forma sencilla y sin lujos. Su residencia estaba desprovista de grandeza y ostentación según noticias de Suetonio:

Vivía... después en el Palatino, en la casa no me

¹⁶Kovaliov, op. cit., v. II, p.139.

nos modesta de Hortensio, que no se distinguía ni por sus grandes proporciones ni por su lujo, pues las columnas de sus pórticos, que no eran muy grandes estaban hechas de piedra del monte Albano y en las habitaciones no se veía ni mármol ni mosaicos preciosos. Durante más de cuarenta años durmió en el mismo cuarto, en invierno y en verano.¹⁷

3.6. La religión.

La religión, como una de las bases de la antigua vida romana, fue objeto de la atención especial del emperador. En este terreno trató de revitalizar el espíritu religioso mediante el restablecimiento de cultos ya olvidados y la reconstrucción de templos en ruinas. Dicho afán por parte de Augusto, obedecía al convencimiento de él mismo y de la aristocracia de que la religión era la más firme columna del poder. Por tanto, el apoyo religioso era indispensable para imponer en el pueblo una forma de gobierno que implicaba el predominio de Augusto sobre todos los aspectos de las relaciones sociales. Era necesario, además, fortalecer la unidad del pueblo romano, el cual, debido a la alta misión de gobernar "su propio imperio", requería de las más elevadas virtudes.

¹⁷Suetonio, op. cit., p.150.

Estado romano y religión habfan ido siempre de la mano; sin un clero profesional, los magistrados habfan sido en cuanto tales, los encargados de ritos y plegarias. Así pues, no fue difícil para el pueblo el ver en Augusto un representante de la divinidad y aun la personificación misma de ella. El culto a Julio César, que Augusto mismo habfa protegido y fomentado, fue el antecedente inmediato de la divinización del monarca, divinización que se difundió rápidamente por todo el Imperio, donde templos y altares fueron erigidos para tributarle honores.

A pesar de los esfuerzos del Emperador por reanimar el espíritu religioso, el ateísmo, la superstición, el fetichismo y el fanatismo absurdo, habfan causado los estragos que sobrevienen en todo sistema en proceso de cambio.¹⁸

Las medidas obsoletas que pretendían restituir la confianza en los antiguos dioses y restablecer ritos del pasado no podían tener éxito en una sociedad donde todos los valores humanos se encontraban en crisis.

¹⁸Cfr. Nestle, W., Historia del espíritu griego. Barcelona, Ariel, 1961, pp.313-314.

3.7. Los círculos literarios.

La cultura romana alcanzó su máximo desarrollo a fines de la república y durante el principado de Augusto. Las bases de este desarrollo cultural estaban puestas ya desde el inicio de las guerras civiles, debido principalmente a la influencia de la civilización helénica, la gran actividad política y las relaciones internacionales.

El restablecimiento de la paz y el impulso por parte de Octavio a las manifestaciones artísticas se combinaron para dar lugar a lo que se llamó "edad de oro".

Como las reformas del emperador habían reducido a los ciudadanos a la impotencia política, las inquietudes sociales e intelectuales se canalizaron por otras vías. Los círculos literarios de diversas tendencias, además de las lecturas públicas de los hombres de letras y los aficionados, fueron refugio idóneo a un tipo de expresión artística cargada de cierto individualismo acomodaticio; tal fue el caso principalmente de la poesía.¹⁹

¹⁹Cfr. Diakov, op. cit., p.302.

Algunos de los principales círculos eran de carácter oficial como el de Mecenas, íntimo amigo de Augusto. Mecenas reunió a los escritores más distinguidos de la época y les proporcionó generosa ayuda aunque orientando su actividad en dirección conveniente a la política imperial.²⁰ Augusto concedió mucha importancia a la labor literaria del círculo para el fortalecimiento de su posición como rector de la sociedad. Los intelectuales debían fomentar la confianza del pueblo romano en el talento y superioridad del emperador en todos los órdenes.

Hubo otros círculos de menor importancia como el de Mesala que, aunque se consideraba partidario de Octavio, conservaba sus convicciones republicanas y por lo tanto, no existía en su círculo el culto al emperador, característico del de Mecenas.

La influencia del emperador alcanzó todos los niveles culturales, incluyendo los historiadores que tuvieron que someter sus obras a la censura de Augusto, quien no toleró críticas a su gobierno e incluso desterró a los que de alguna manera manifestaron oposición a su política.²¹

²⁰Cfr. Grimal, op. cit., p.59.

²¹Cfr. Diakov, op. cit., p.301.

Las circunstancias de la época del principado coinciden exactamente con los conceptos de Carlos Rafael Rodríguez a propósito del arte y la cultura:

Los intelectuales empezaron a ser, ya en las etapas iniciales de la humanidad, gente que por su capacidad específica fueron empleados por los explotadores al efecto de llevar ante los grupos sociales oprimidos las orientaciones del grupo dominante.²²

3.8. La Filosofía.

2.8.1. El Estoicismo.

Augusto propició la dirección espiritual de un estoico en la casa imperial: Arios Dídimo. La doctrina estoica entró a Roma en el 150 a.n.e. cuando Panecio de Rodas, filósofo estoico, fue acogido con todos los honores en el exclusivo círculo de Escipión Emiliano. En este círculo se reunían amigos de la cultura helénica como Lelio, Q. Mucio Scevola y Polibio, historiador griego.

Panecio preconizaba la idea de que la aristocracia tenía la misión de administrar a la humanidad entera, por ello la moral estoica se convirtió en la educadora de los jefes

²² Rodríguez, Carlos Rafael, Problemas del arte en la revolución. Habana, Letras Cubanas, 1960, p.16.

republicanos. La doctrina agradó al carácter romano en el as pecto de subrayar el valor de la personalidad fuerte, autárquica.²³

Tales características recuerdan el comportamiento de va rios hombres de la historia de Roma: Catón el joven, Marco Aurelio y algunos otros dirigentes educados en el sistema es toico. Igualmente, les era conveniente en cuanto a la reli gión. Panecio consideraba que el pueblo debía seguir sumido en la ignorancia pues sería dañino que las masas supieran la verdad acerca de los dioses que adoraban, por eso tiene que existir la religión de Estado la cual prescribe las for mas de veneración a los dioses.

En tanto, los epicúreos habían tratado de introducir la libertad de pensamiento que nació de la reflexión acerca de los falsos conceptos sobre los dioses y las ilusiones sobre la vida ultraterrena. Admitían la ignorancia de las masas pe ro también una capacidad en potencia, vulnerable a la supera ción.

Uno de los ejemplos más notables de esta corriente filo sófica fue Lucrecio, quien a mediados del siglo I a.n.e., en su poema "De rerum natura", dirigió su esfuerzo intelec-

²³Cfr. Nestle, op. cit., pp. 250-265.

tual contra la religión de Estado como promotora y sostén de la superstición.

La razón de la distinta suerte que ambas doctrinas corrieron en Roma, según Farrington, fue que mientras una ofrecía la libertad para todos los hombres sin distinción alguna, la otra estaba dirigida especialmente a una clase selecta y ofrecía el predominio de una minoría.²⁴

La filosofía estoica tuvo un proceso de cambio, de una etapa en que estaban vivos los elementos revolucionarios a otra en que éstos se transformaron dando lugar a un espíritu de resignación. Entre los dos períodos hubo uno de transición: la Stoa media, período en el cual sus enseñanzas formaron a la clase dirigente romana. Desde entonces la doctrina perdió su carácter revolucionario.

El principio característico de la doctrina, establecido por Zenón de Citio, es la inmanencia de dios en el mundo, dios es el espíritu cósmico de fuego, todo discurre según rigurosas leyes que son la expresión de una providencia divina. Interpreta alegóricamente a los dioses de la religión tradicional: Zeus es el cielo, Hera el aire, Hefesto el fue-

²⁴ Farrington, B., Ciencia y política en el mundo antiguo. 4a. ed., Madrid, Ayuso, 1973, pp. 143-154.

go, etc.. Otra base de la filosofía estoica es el destino, la fe en la absoluta necesidad de todo lo que ocurre; se justifica así otro de sus principales elementos: la mántica.²⁵

El alma del hombre es "pneuma", una parte del hálito de aire divino. Ella es causa de la vida y del movimiento, su capacidad fundamental es el pensamiento. Al producirse la muerte del cuerpo se disipa en lo invisible y vuelve al espíritu divino.

En el terreno de la conducta humana Zenón propone la autarquía, exigiendo que el individuo se sitúe por encima de la muchedumbre y vivir según la naturaleza; para esto, es necesario el dominio de las pasiones. En esta idea coincide con Epicuro, pero Zenón lleva la paz del alma a un extremo de completa ausencia de sensaciones y sentimientos, a la "apatía", la cual excluye la compasión por considerarla una debilidad.

El concepto del deber es básico en la vida moral, es un comportamiento adecuado a la naturaleza de todo ser; en los seres racionales significa la consecuencia en el obrar,

²⁵Cfr. Nestle, op. cit., p.251.

presupone la superación racional de las pasiones, superación que sólo es plenamente posible para el "sabio". El hombre entonces está obligado a demostrar su esfuerzo moral aceptando todos los golpes del destino: sólo cuando haya perdido todas sus fuerzas y capacidad de resistencia y se convierta en una carga para él mismo y para los demás, tiene la posibilidad del suicidio.

En cuanto a la consecución de la felicidad: "Es dogma heredado de la Academia que el hombre es esencialmente intelecto, de la misma naturaleza que la inteligencia divina. Esto, en la Stoa, se toma al pie de la letra: la razón humana no es sino una parcela del Logos divino. Pero como el Logos divino es idéntico a la naturaleza universal y como por otra parte, vivir según la propia naturaleza es vivir según el Logos, obedecer el hombre su propia naturaleza y obedecer la naturaleza del todo, son una y la misma cosa. En esta su misión consiste la virtud. El sabio es pues el virtuoso y el virtuoso es perfectamente feliz, ya que vive según su naturaleza. Todo se resume en un consentimiento al Orden o, lo que es lo mismo, al Destino. Esto es lo único que cuenta; todo lo demás: riqueza, enfermedad, pobreza, salud, alabanza, o desdén de los hombres, es indiferente. El sabio, en armonía con las estrellas, contempla el orden del mundo

y halla en esta contemplación su libertad" 26

La Stoa antigua rechaza la idea del Estado tradicional; Zenón expresa: "No deberíamos vivir en estados o poblaciones divididas y cada uno con su derecho, sino creer que todos los hombres son nuestros compatriotas y conciudadanos, no debería haber más que una forma de vida y un orden estatal, del mismo modo que un rebaño se cría según una sola ley".²⁷

Ni la nacionalidad, ni la posición social desempeñan pues, un papel decisivo en este Estado mundial, lo único que importa es la humanidad entendida y educada en el sentido estoico.

Todos estos conceptos encontraron terreno propicio entre la aristocracia romana, sobre todo en la etapa en que Paucio ejerce su dominio espiritual. La República había sometido ya a los reinos helenísticos y se preparaba la destrucción de Cartago. Con esta conquista la hegemonía romana en el Mediterráneo sería total. El imperio romano podría ser

²⁶ Festugière, A.S., Epicuro y sus dioses. 2a. ed. Buenos Aires, EUDEBA, 1963, pp. 7-8.

²⁷ Zenón de Citio citado por Nestle, op. cit., p. 253.

considerado por los estoicos como un importante campo a su imperio ideal, por ello Panecio creyó útil guiar y educar a los poderosos.

Panecio tuvo que abandonar muchos elementos del ideal estoico ante las exigencias de la realidad. Esta es la nueva actitud del estoicismo medio. Sustituyó el exagerado objetivo moral de la Stoa; la "apatía" por la "eutimía", la calma del ánimo, con lo que se aproximó considerablemente al epicureísmo.

Posidonio, embajador en Roma en el 86 a.n.e. y discípulo de Panecio, es la personalidad en la que se funden el filósofo y el científico; puente de unión entre Oriente y Occidente por su inclinación a los misterios y a la mística y por su origen sirio. Posidonio no concibe el desarrollo cultural de la humanidad como ascenso y progreso, sino supone la existencia de una fase inocente y original del hombre en la que existía la comunidad de bienes, pues la codicia y el vicio se introducen con la propiedad.

Posidonio trajo consigo ciertos elementos del platonismo y una buena suma de superstición, influencia de la astrología, fe en los demonios, miedo a las fantasmas; todo eso encontraba en Posidonio una aparente justificación filo

sófica.

El epicureismo.

La indiferencia política, la abulia social y la carencia de libertad, como consecuencia lógica del derrumbamiento de la república romana y de una democracia cuyo proceso se había interrumpido, era el clima espiritual en que se hallaba sumergido el hombre del siglo I a.n.e.. El carácter esencialmente humano, sin diferencias de clase del epicureismo, fue la opción que ofrecía alivio a esos males a través de reglas prácticas de conducta. Una filosofía que implicaba soluciones a nivel personal, se oponía en cierto modo, a la funesta experiencia de que la relación entre los conciudadanos no había sino desencadenado la destrucción entre ellos.

Se trataba, entonces, de encontrar salida a los conflictos en forma individual; hecho que respaldaba incluso el aparato monárquico. ¿Acaso las soluciones a los mayores problemas sociales no habían partido de la voluntad de un solo hombre? Al menos esa ilusión producía el que Augusto hubiese centrado en sí mismo el poder y logrado consolidar la aspiración universal a la paz y a la unidad. Aunque por corto plazo, otras voluntades también habían logrado su propósito; Julio César, por ejemplo, tuvo oportunidad de conocer la glo-

ria y esplendor de su empresa.

El epicureismo, difundido en Roma por Cicerón y Lucrecio, encontró numerosos adeptos porque satisfizo muchas necesidades de carácter moral que más de un siglo de contiendas habían originado en los individuos.

Como ya vimos, la ineficiencia de los dioses se hacía cada vez más patente; de la verdadera esencia religiosa, la fe, no quedaba nada y sí una serie de aspectos fetichistas y supersticiosos en los que se debatían las ya inermes conciencias de los hombres de la época.

Las inquietudes al respecto son aligeradas por Epicuro: los dioses, dice, no se ocupan de los seres humanos; son inalterablemente felices y por ello no pueden producir ningún mal ni bien.²⁸ Si falta de dioses, el hombre se siente a merced de la naturaleza, también hay respuesta: si se conoce el origen de los fenómenos y su relación entre sí, no hay motivo alguno para temer.

Así, el hombre se encuentra revalorado, superior a todo lo que le rodea, es mucho más que los animales porque tiene

²⁸ Cfr. Festugière, op. cit., pp.31-39.

la facultad de crearse una existencia y una cultura. Y además algo que verdaderamente puede colocarle por encima de todas las contingencias: la libertad. Es libre porque su voluntad no se somete a ningún ser supremo ni a las cosas o seres sobrenaturales.

El único hecho que podría sobrecogerle, debilitar su ánimo o hacerle dudar de la eficacia de la doctrina, también es anulado de raíz: la muerte no significa nada puesto que para los vivos no existe y los muertos no existen para ella; el individuo puede vivir tranquilo al respecto.²⁹

El aspecto de la filosofía que más podía seducir al hombre al que nos referíamos, al ser agobiado por la inseguridad y la angustia, es la referente al punto del placer. La ética epicúrea propone eliminar por completo el dolor y puesto que todo ser vivo aspira al placer, los esfuerzos humanos están encaminados a conseguir un máximo de placer y un mínimo de dolor. Pero además una vida placentera es una vida conforme a la naturaleza, afirma Epicuro. Por lo tanto, la fórmula no puede ser más fácil: "acostumbrarse a un modo de vida sencillo y sin lujo es bueno para la salud,

²⁹Cfr. Nestle, op. cit., p.247.

hace al hombre resistente a las constantes exigencias de la vida y nos otorga un ánimo superior en los momentos excepcionales en que disfrutamos de cosas más costosas".³⁰

Epicuro colocaba el placer espiritual, el bienestar anímico por encima del placer externo y sensual: "Felicidad y bienaventuranza no son fruto del dinero ni de la gran influencia de los honores o el poder, sino de la ausencia de sufrimiento, de la moderación de las pasiones y de un ánimo que contempla los límites del fin natural de la vida".³¹

De la voluntad eminentemente personal del epicureista, se colige que el sabio es el solitario que se contrapone en sus ideas y en su modo de vida a las del vulgo. Por eso, esta filosofía no llega a elaborar ninguna doctrina sobre la sociedad. Es individualista, aconseja desentenderse de la política y proclama la máxima "vive en lo oculto".³² De aquí se desprende que fuera una corriente que en este aspecto favoreciera la política de Augusto. Por otra parte a la participación en la vida política y al ejercicio de las libertades ciudadanas, aniquiladas por el emperador, el epicureísmo encuentra la sustitución perfecta: la práctica de la

³⁰ Epicuro, citado por Nestle, op. cit., p.249.

³¹ Id.

³² Id.

amistad, que es para el partidario de la doctrina la alegría mayor y la contribución más importante y adecuada a una vida feliz.

3.9. Política exterior.

La política exterior se encaminó fundamentalmente a la consolidación de algunos territorios, a la defensa de otros y a la conquista de algunos más.

En primer lugar Augusto debía resolver el problema de los prisioneros y banderas romanas que, después de la derrota de Craso en Carras, permanecían aún en manos de los partos; éstos, en lucha por la sucesión del trono, devolvieron los cautivos y las insignias sin que se llevara a cabo una lucha armada. No obstante, el hecho trajo para Augusto la afirmación de su autoridad no sólo en Italia, sino también en los reinos vasallos de Oriente.

Por otra parte, España no había sido totalmente conquistada y se producían continuos levantamientos de las tribus de los cántabros, astures y vascos; por lo que Agripa se hizo cargo de su sometimiento y pacificación consiguiendo tal propósito entre el 20 y el 19 a.n.e..

En la Galia, se logró garantizar en el 23 a.n.e., la seguridad de las fronteras alpinas, mediante la destrucción de las últimas tribus opositoras y el traslado de los enemigos sobrevivientes a otras regiones.

El punto crucial de la política exterior lo constituían las regiones del Danubio y el Rin donde era necesario fortalecer los límites del Imperio; con ese fin se formó una nueva provincia, el Nórico en el 16 a.n.e., y al año siguiente, Recia. Después de cuatro años de guerra dirigida por Tiberio, hijo adoptivo de Augusto, se estableció la provincia de Panonia en la actual Austria y Hungría occidental.

Las fronteras del Danubio se aseguraron con la conquista de la Mesia superior e inferior (Yugoslavia y Bulgaria) unidas para su defensa, a Macedonia y Tracia respectivamente. Augusto envió para afirmar las fronteras en el Rin, a Druso Claudio, su otro hijo adoptivo, quien no pudo terminar su misión debido a un accidente que le costó la vida. La dirección de la campaña se encomendó a Tiberio que logró consolidar el dominio romano sobre el Rin en el lapso comprendido del 8 al 7 a.n.e. y del 4 al 5 d.n.e..

En el 6 a.n.e., mientras Tiberio luchaba contra las tribus marcomanas en la actual Bohemia, estalló la rebelión de

los dálmatas y panonios, ansiosos de liberarse del yugo romano. Esta situación se complicó al levantarse los getas en Mesia. La pacificación de los rebeldes recayó también en Tiberio, quien, con Germánico, hijo de Druso, emprendió una campaña que duró tres años y terminó en el 9 d.n.e.

Mientras tanto los germanos preparaban nuevas insurrecciones que estallaron en el 9 d.n.e. ante el intento de Varo, de imponer la ley romana en el territorio comprendido entre el Rin y el Elba. Las legiones fueron totalmente destruidas y Varo se suicidó. Todas las conquistas romanas de más allá del Rin se perdieron y aunque en el 10 y 11 Tiberio efectuó nuevas expediciones en Germania, Augusto decidió retirar las tropas hasta el Rin quedando éste como límite definitivo. El dominio romano sobre Germania se redujo a una estrecha franja sobre el margen derecho y un triángulo comprendido entre los cursos superiores del Rin y el Danubio.

3.9.1. Las provincias.

La colonización en las provincias occidentales se había visto fuertemente impulsada durante las guerras civiles, numerosos inmigrantes romanos e itálicos afluyen a Galia España y Africa y se integran a las poblaciones aborígenes. En su mayoría eran comerciantes y prestamistas y desempeñaron

el papel directivo en la vida económica y social. Esta inmigración trajo consigo importantes transformaciones sociales: lengua, costumbres, hábitos de vida, actividades y creencias, fueron llevados de Italia a las provincias. Además, el arribo de otros emigrantes tales como los griegos y orientales determinó una mayor variedad de ocupaciones, de modo que se sumaron a los simples labriegos, colonos y artesanos, terratenientes, comerciantes y hombres de negocios que llegaron a establecerse en las ciudades.

Durante el gobierno de Augusto, las provincias mejoraron gradualmente su situación. Continuaron regidas por miembros del orden senatorial, pero las requisas y las contribuciones excesivas terminaron al restablecerse la paz y al mismo tiempo, desapareció la intervención de las compañías arrendatarias de impuestos al instituirse un sistema de contribución directa efectuado por agentes del gobierno.

Si bien los impuestos no se redujeron e incluso en algunos casos fueron aumentados, el hecho de ejercer un control sobre ellos significó una ventaja para las provincias. Además, existían los Consejos provinciales que podían dirigirse directamente al emperador para exponer sus razones en caso de conflicto. Mediante ésta y otras medidas se logró sanear las prácticas corruptas del gobierno.

Las provincias orientales tuvieron amplia independencia en sus asuntos internos y en general, las condiciones sociales anteriores a la conquista permanecieron igual. Los gobiernos de las ciudades, con sus magistrados y sus consejos, se desenvolvían sin dar mayores problemas a los romanos. El emperador propició el gobierno de los ciudadanos más ricos como la mejor garantía para estabilizar las condiciones internas de cada ciudad. Alterar esta situación no era lo políticamente indicado.³³

Las provincias occidentales tuvieron una activa vida económica y social. Se establecieron centros de población próximos a los ríos de Francia y España que atrajeron mercados, artesanos y marineros. África floreció nuevamente, Cartago fue reedificada y las comunidades fenicias de la costa y Numidia se desarrollaron ampliamente con el concurso de emigrantes romanos.

En las orillas del Danubio, del Rin y en España, crecieron nuevas ciudades al lado de los fuertes de las legiones y tropas auxiliares.

³³Cfr. Rostovtzeff, op. cit., pp.108-110.

En suma, el gobierno de Augusto favoreció la prosperidad y desarrollo de las provincias.

IV. HORACIO

4.1. Posición económica, educación y formación moral.

Quinto Horacio Flaco nace en el 65 a.n.e., en la ciudad de Venusia en la Italia meridional, conquistada por los romanos en el año 290 a.n.e..

Horacio, de oscuro origen, según él mismo indica, por ser hijo de un liberto, se enorgullece de las enseñanzas de su padre y del hecho de haber alcanzado honores por mérito propio y no por descender de antepasados ilustres; la gloria, dice, arrastra en su carro triunfal lo mismo a los de humilde cuna que a los de alta prosapia.¹ Su padre, poseedor de una pequeña finca, no se limitó con enviarlo a la escuela de Flavio, adonde acudían los hijos de los centuriones, sino que "llevó a su hijo a Roma para instruirlo de la misma manera que lo eran los hijos de senadores y caballeros".²

El padre proporcionó al hijo todos los recursos materiales para que obtuviera una excelente enseñanza, pero lo que

¹Horacio, Sátiras. I,VI, p.30.

²Ibid., p.32.

Horacio recuerda con gratitud y cariñosa admiración es el hecho de que cuidara personalmente y con el mayor celo de su virtud y reputación, sin avergonzarse de su origen. Así, el mayor de los elogios que la conducta de su padre merece lo vierte el propio Horacio:

Si la naturaleza, al cabo de cierto número de años, permitiese volver a vivir la vida pasada y cada uno escogiese otros padres como quisiese, según su vanidad, yo - contento con los míos no querría elegir otros, insignes por los honores consulares o las magistraturas.³

La mejor herencia del padre es la orgullosa conciencia que tiene Horacio de que el hombre vale por sí mismo y no por sus propiedades materiales; sin embargo, a lo largo de toda su vida, su origen fue motivo de desprecio en el medio social en que vivía lo que le obligaba a reiterar constantemente que era su virtud personal lo que le había permitido alcanzar una posición social, que otros, con más ilustres blasones, no tenían.

El carácter de la educación de Horacio se define por las palabras que recuerda de su padre:

Un filósofo te podrá explicar las razones por las

^{3.}
id.

cuales es más util evitar o hacer una cosa, yo me limito a guardar las costumbres que recibí de mis mayores y mirar por tu vida y reputación, mientras tengas necesidad de uno que guarde.⁴

La guerra civil fue el marco en el que se desarrolló la primera mitad de la vida de Horacio, etapa de transformaciones que afectaron los modos de vida y provocaron un desconcierto general que se verá reflejado en la crisis de los valores que hasta entonces habían sustentado la vida civil romana. ¿Cuál es, en medio de esta descomposición general, la actitud de Horacio? El escritor, por su educación se identificaba con la aristocracia; por ello y porque las circunstancias no permitían muchas elecciones, Horacio participó en la guerra al lado de la nobleza que hacía sus últimos esfuerzos por conservar su papel directivo en la vida política. Horacio dice, recordando esta etapa de su existencia, que se vio arrastrado en el torbellino de la guerra,⁵ es decir, ninguna convicción política le inducía a esa participación. La imagen que utiliza Horacio no puede ser más verdadera; después de tantos años de inestabilidad, de falta de unidad social,

⁴Ibid., I, IV, p. 22.

⁵Horacio, Epístolas. [Estudio introductorio, versión latinizante y notas de Tarsicio Herrera Zapién] México, UNAM, 1972, II, II, p. 57 (Bibliotheca Graecorum Scriptorum et Romanorum Mexicana)

de cambios tan repentinos como ocurrían durante las luchas por el poder, ¿cuál podría ser la elección de un hombre como Horacio? Ciertamente que había en él la tendencia a unirse con esta clase en decadencia, pero Horacio no tenía medios económicos que avalaran esa manera de pensar, es por ello que posteriormente le encontramos al lado de quien había combatido. Pero Augusto había hecho algo similar: ¿No había iniciado su ascenso al poder buscando la simpatía de las masas que habían confiado a César sus esperanzas y reivindicaciones y finalmente, se había unido otra vez a los poderosos terratenientes?

Horacio también no hace más que adoptar la actitud más conveniente a sus intereses, lo mismo que el princeps, si quería conseguir sus objetivos tenía que elegir aquello que lo favoreciera. El viraje no resultó en verdad un conflicto para el joven, puesto que había sido educado en el seno de la aristocracia; lo más natural era que se aliara a los selectos jóvenes que se disponían a dirigir intelectual y políticamente al Imperio.

Aspecto importante de la formación intelectual de Horacio fue la búsqueda de una filosofía que se adecuara a su "espíritu práctico y a su amor a los contornos precisos y a

las fórmulas concretas".⁶ Esta búsqueda se vio favorecida porque la filosofía era parte necesaria de la cultura de ese exclusivo círculo social en que Horacio se desarrolló desde muy joven. Los estudios filosóficos los efectuó en Atenas en donde completó su educación literaria. "Allí trabó conocimiento con multitud de jóvenes de familias distinguidas: con discípulo suyo fue el hijo de Cicerón".⁷

También en el círculo de Mecenas, del que Horacio formó parte años más tarde, había intereses filosóficos, inclinados preferentemente hacia el epicureísmo, aunque también se manejaban ideas estoicas.⁸

En su juventud Horacio se sintió atraído por las concepciones filosóficas en boga; en los años de su madurez, sin embargo, declara que su sola preocupación es la búsqueda de la verdad y el bien:

Y no preguntes quizá con qué gafa, con qué lar me guardo;
no obligado a jurar por los dichos de maestro ninguno,

⁶ Prampolini, Santiago, Historia universal de la literatura. Buenos Aires, UTEHA, 1940, v. II, p.76.

⁷ Pierron, P. A., Historia de la literatura romana. Barcelona, Iberia, 1966, v. II, p.36.

⁸ Levi, Adolfo, Historia de la filosofía romana. Buenos Aires, EUDEBA, p.117.

a doquier me arrastra el tiempo, soy llevado a huésped.
 Ya me hago ágil y me sumerjo en las ondas civiles,
 de la virtud verdadera custodio y rígido adepto;
 ya a los preceptos de Aristipo furtivamente resbalo
 e intento las cosas a mí, no yo a las cosas someterme.⁹

Horacio, que es profundamente individualista, recurre a la filosofía de Epicuro que, "al situar dentro de cada individuo el criterio de valoración ética en lo que le satisfaga, no tiene las aspiraciones heroicas del estoicismo ni las místicas del platonismo".¹⁰ Pero Horacio se inclina igualmente al estoicismo. La clave de esta actitud veleidosa, tal vez, es que "buscaba los lineamientos de un 'arte de vivir' y no los de una ciencia",¹¹ afirmación que concuerda con los rasgos sobresalientes de su personalidad. Podemos decir que aquello que le atrae del estoicismo es lo mismo que le atrae del epicureísmo: los aspectos que se refieren a su preferencia por la vida en el campo y en armonía con la naturaleza y que encuentran expresión tanto en una filosofía como en otra.

Expuesto lo anterior, se comprende la dificultad que entraña situar a Horacio dentro de una escuela filosófica única, la siguiente observación aclararía, un tanto,

⁹Horacio, Epístolas. I. I, p.1.

¹⁰Ibid., p.XVIII.

¹¹Ibid. p.LXVII.

la posición del poeta a ese respecto "Hay incoherencia porque su pensamiento no es una teoría filosóficamente fundada sino más bien una moral utilitaria"¹²

Y es quizá debido a esa incoherencia que la personalidad de Horacio nos resulta difícil de descifrar. Los datos que el poeta esparce sobre sí mismo a lo largo de sus obras nos dan la impresión de un ser débil de carácter y poco firme en sus convicciones. Lo que provoca esta impresión son sus propias declaraciones acerca de sí mismo: por una parte su adhesión a las normas morales heredadas de su padre, cuya validez él mismo se encarga de enaltecer y son las que mejor cuadran a su carácter, según lo afirma. Por otra parte, sus dudas y autocríticas a una conducta que no es todo lo congruente que el poeta quisiera, ni todo lo recto que presume, si atendemos, por ejemplo, a la Sátira VII del libro II, donde conversa con uno de sus sirvientes y declara él mismo ser esclavo de sus debilidades.

Estas mismas ideas están contenidas también en una de sus epístolas:

...¿que cuando mi opinión a sí misma se opone,
lo que buscó desdén, a lo que ha poco omitió
se devuelve,

¹² Levi, op. cit., p. 119.

se agita, y de la vida en todo el orden difiere,
destruye, edifica, muda lo cuadrado en redondo
crees que yo enloquezco lo habitual y no ries.¹³

Si no podemos tomar al pie de la letra estas observaciones, por lo menos apoyan nuestra impresión de inconstancia y volubilidad en su manera de actuar.

Quizá el hilo conductor para aclarar un tanto su personalidad, sea el afán de perfección y ese deseo de autoconocimiento y superación personal que permanecen a lo largo de su obra.

Cabe la observación, a partir de los ejemplos que Horacio da para moralizar y aleccionar a los demás, de que la época que le tocó vivir fue demasiado pletórica de sensaciones y estímulos; se movió en un mundo complejo y lleno de transformaciones muy rápidas para asimilarlas y permanecer, al mismo tiempo, apegado a la realidad. Por esto afirma que lo que el hombre debe tratar de conocer "son las reglas y cadencias de la verdadera vida humana".¹⁴

¹³ Horacio, Epistolas. I. I. p.4.

¹⁴ Ibid. II, II, p.60.

4.2. La amistad con Mecenas.

La amistad con Mecenas fue de gran trascendencia para la vida de Horacio por varios motivos, el más importante es el de haberle proporcionado los medios materiales que le permitieron dedicarse a escribir tranquilamente. Los epítetos que Horacio dirige a Mecenas son reveladores, praesidium et dulce decus meus por ejemplo, y manifiestan un hecho concreto: es indudable que el ministro de Augusto es la defensa y el amparo del poeta que con frecuencia se queja de la envidia de los demás por su posición privilegiada. Mecenas, es pues, el decus que Horacio necesita para permanecer en un medio que no le pertenece por nacimiento, es el apoyo que le brinda la oportunidad de crearse una personalidad y una fama.

Mecenas le dio, además, el espacio vital donde fue posible el desarrollo de su creatividad, la finca de la Sabina, lugar que Horacio considera casi como un reducto: ahí no llegan los tumultos, el frío, la nieve, la multitud, las actividades fastidiosas, las peticiones para que favorezca a otros con su influencia, la envidia que tanto le atormenta; no llega la lucha diaria, la brega por la vida.

Los períodos que Horacio pasa en el campo son inaprecia

bles para él y su ideal de vida está ligado a este clima tan propicio a la labor intelectual, pero así mismo tan peligroso para los espíritus débiles:

¡Oh campo! ¿Cuándo te volveré a ver y cuándo me será dado enfrascarme en el dulce olvido de la vida afanosa, bien leyendo los libros de los antiguos, bien durmiendo o dejando pasar las horas en la ociosidad?¹⁵

Mecenas es el dulce amigo, el que le hizo opulento, el que le liberó de su oscuro empleo de escriba, pero sus relaciones se basan también en una semejanza de virtudes que, reforzada con la igualación económica que Mecenas otorgó a Horacio, hizo posible una total identificación espiritual. El poeta recuerda el momento en que fue presentado a Mecenas y su conducta ante él:

No me jacto de haber nacido de padre ilustre, ni me vanaglorio de pasearme alrededor de mis fincas en caballo de Saturo sino manifiesto simplemente quien soy.¹⁶

¿Qué es, entonces, lo que atrae a Mecenas de este hombre para hacerlo amigo suyo? Según Horacio su "vita et pectore puro". La cuidadosa instrucción que recibió el escritor, aunada a las anteriores circunstancias, hizo

¹⁵Horacio, Sátiras, II, VI p.82.

¹⁶Ibid., I, VI, p.31.

que Horacio se identificara ideológicamente con la clase dominante, en concreto con la aristocracia. La clase terrateniente que tenía un antiguo linaje y creía ser la parte mejor de la sociedad romana, la que, como Catón, respetaba las costumbres de los mayores casi como una religión, desde luego despreciaba a los nuevos ricos carentes de una tradición familiar y que habían surgido con los tiempos nuevos. Horacio, haciéndose eco de aquellos, les hace blanco de su crítica en las Sátiras y Epístolas. Ciertamente es que él no puede considerarse igual a los aristócratas, pero tampoco se identifica con la capa social de la que fue sustraído por la generosidad de Mecenas: si los ricos merecen su crítica más aguda, los pobres le merecen el desprecio más absoluto. Algunas veces Horacio, sin embargo, descubre su resentimiento porque, a pesar de su magnífica situación social, no se ha olvidado de donde procedió; para defenderse de la malevolencia no alude a su virtud o ingenio, sino al simple hecho de que su relación con los ricos le sirve de poderosa protección ante la maledicencia de sus detractores.

Es necesario insistir, por último en que a pesar de la estrechísima relación con Mecenas, Horacio supo conservar su independencia a salvo. En una de sus epístolas,¹⁷ Ho-

¹⁷Horacio, Epístolas, I,VII, p.16-19.

racio se niega cariñosa pero firmemente a volver a Roma cuando Mecenas desea que lo haga. Defiende su autonomía con argumentos sólidos y sinceros, sin herir al amigo pero manteniendo por encima de toda obligación moral y material hacia él, su libertad, la cual "no cambiaría ni por todas las riquezas de Arabia".¹⁸

4.3. Relaciones de Horacio con Augusto.

Horacio se mantiene independiente en su trato con Augusto y su amistad con él carece del cálido afecto que dedica a Mecenas o de la tierna solicitud que demuestra por Virgilio.

Pese a ello, las relaciones de Horacio con él no dejan de ser muy significativas para su vida y obra. Aunque el poeta pretenda no tener el suficiente talento para cantar las hazañas de Augusto y se niega abiertamente a hacerlo, este desvío es aparente.

Augusto había efectuado una gran empresa consistente en restablecer el orden y la concordia tan anhelada por el pueblo romano. Pierre Grimal, refiriéndose a esta labor de Au-

¹⁸ Ibid., p.17.

gusto y a su influencia sobre Horacio nos ayuda a clarificar este punto:

...esos poemas (de Horacio) no son sino sutiles variaciones en torno a un sentimiento único: la dicha de vivir. Esa es la dicha cuyo recuerdo habían perdido los romanos durante las largas pesadillas de las guerras civiles, y que por fin les era devuelta con el restablecimiento de la paz.¹⁹

Así, aún cuando sus relaciones no hayan sido todo lo estrechas que Augusto hubiera querido pues incluso le ofrece el cargo de secretario, Horacio, con su actividad literaria contribuyó mucho a la reconstrucción de la vida social que el emperador se propuso. Todo el principio del libro III de las Odas es la expresión poética de esa tarea política.

La adhesión del poeta a los propósitos del emperador no es nada superficial ni únicamente motivada por intereses personales, sino producto de un acuerdo ideológico.

Horacio, insistimos, había sido educado en el espíritu de las antiguas costumbres romanas, de modo que, dice Bayet, "halló que las intenciones religiosas y morales de Augusto se ajustaban a su propio deseo de orden y tranquilidad y a

¹⁹Grimal, op. cit., p.75.

su filosofía de buen sentido y moderación".²⁰

En el año 17 a.n.e., como parte de su esfuerzo restaurador, Augusto dispuso que se celebraran los Juegos Seculares. Estos juegos se celebraban cada 110 años, pero en el 49 a.n.e., fecha en que se debían efectuar, fue imposible debido a la guerra civil. Ahora Augusto aprovechó el momento - para realizarlos, no sólo como homenaje a los dioses antiguos de Roma, sino también como una exaltación de su propia labor como gobernante. Durante tres días fiestas y juegos artísticos alternaron con procesiones y cantos religiosos. Augusto encomendó a Horacio, como muestra de su deferencia y consideración al poeta, el canto o himno para esta ceremonia tan solemne.

La composición resume los sentimientos del poeta: es un canto al inicio de una nueva era, a la renovación moral de la sociedad, al renacimiento de la fe en los dioses y, en suma, a la grandeza y eternidad de Roma.

Este reconocimiento de Horacio a la obra de Augusto, manifestada también en las Odas y en las Epístolas, no es el

²⁰ Bayet, Jean, Literatura latina. Barcelona, Ariel, 1972, p.254

resultado de un exceso de entusiasmo o de un mero afán de adulación, elogia hechos objetivos, si bien no solamente atribuibles a la personalidad de Augusto, como Horacio quiere pretender:

Pues tantos y tan grandes negocios solo sostienes;
 las cosas ítalas con armas guardas, con hábitos ornas,
 con leyes enmiendas; contra el público bien pecarías
 si con larga plática demorara, César, tu tiempo.²¹

La causa por la cual Horacio se mantuvo distanciado del emperador, obedeció a su concepto de que la creación artística requiere un clima de paz y tranquilidad para efectuarse y por lo tanto es incompatible con el tráfago de la urbe; pero también, en gran medida, refleja la actitud general que la sociedad adoptó ante las nuevas circunstancias y que el historiador Diakov resume así:

Comenzábase a observar, al mismo tiempo, en las esferas acomodadas de la sociedad italiana, tras el fracaso de la guerra de Perusia, cierta pasividad política, tendencias a la apatía, al retiro a la vida privada para disfrutar tranquilamente de los restos de su fortuna y acomodarse al régimen de Octavio que se hacía cada vez más benigno.²²

²¹Horacio, Epístolas. II, II, p. 46

²²Diakov, op. cit., p. 277.

4.4. Producción literaria de Horacio.

La actividad literaria de Horacio abarcó un período crucial en la historia de Roma. El poeta escribió sus obras del 42 a.n.e., año de la derrota de Bruto, jefe republicano, en Filipos, hasta el 13 a.n.e., fecha en que se puede juzgar con solido el poder de Octavio.

Podemos distinguir tres etapas en la creación artística de Horacio, que coinciden con los puntos clave históricos de Roma en ese espacio de tiempo.

La primera etapa abarca la composición de los Epodos y las Sátiras y corresponde históricamente a la guerra civil. En el 30 a.n.e. se publican los Epodos, un año antes se había llevado a cabo la batalla decisiva entre Antonio y Octavio, y el mismo año, Horacio había recibido el magnífico regalo de Mecenas: la finca de la Sabina.

La segunda etapa abarca del 30 al 23 a.n.e.. En este tiempo Horacio produce los 3 primeros libros de las Odas. El poder de Augusto se completa y fortalece, ha ido acumulando sucesivamente los cargos que lo convierten en el máximo dirigente político militar y moral del Imperio.

La última etapa de la producción literaria de Horacio está representada por las Epístolas. La composición de esta obra comprende desde el año 23 a.n.e. hasta el 13 a.n.e. y son los años en que la paz se concluye, Roma reencuentra su camino y recoge los frutos del poder, El Imperio se engrandece.

4.4.1. Las obras.

Refiriéndose a Catulo dice Bonifaz Nuño:

Hay en todo verdadero gran poeta, una médula básica de malignidad, mezcla de admiración y desprecio profundo por los hombres, con la cual él se considera a veces a sí mismo, y mira, siempre, hacia todo cuanto externamente le condiciona.²³

Podemos decir, refiriéndonos a Horacio, que esta malignidad, admiración y desprecio son las principales armas que "como verdadero gran poeta" utiliza en su captación del mundo.

Una buena dosis de malignidad aparece ya en sus primeras obras los Epodos y las Sátiras. Los Epodos son 17 compo-

²³

Catulo, Carmenes, [Pro] versión y notas de Bonifaz Nuño] México, UNAM, 1966, p. VIII. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

siciones llamadas así por el verso segundo que acompaña al verso principal, es decir verso añadido. El metro principal utilizado aquí por Horacio es, principalmente, el yambo.

Estos poemas están dedicados a Mecenas, quien gustaba de ese género poético. El tono en ellos es a veces mordaz o insolente, escritos en una época de crisis en la vida social y en la vida personal del poeta, crisis que, según sus palabras le forzó a escribir versos:

...no bien inicialmente despidiome Filipos, cortadas las alas, humilde y carente de Lares paternos y heredad, audaz pobreza impulsóme a que hiciera versos.²⁴

El contenido general de los Epodos se refiere a asuntos de actualidad, hechos que suscitan en el poeta el deseo de dejar constancia de ellos: la guerra civil, su amistad con Mecenas, su ira contra algunas personas, la invitación a los amigos a escapar de la realidad bebiendo, etc..

4.4.2. Las Sátiras.

La forma literaria de la sátira es original de los escritores latinos y anterior a las imitaciones griegas, por

²⁴Horacio, Epístolas. II, II, p.57.

ello los romanos reclaman como suyo este género cuya característica sobresaliente es su heterogeneidad. La sátira primitiva consistía en una mezcla variadísima de elementos: verso y prosa, forma narrativa y forma dramática, metros distintos, seriedad y comicidad, etc..

Los orígenes de la sátira se relacionan con las fiestas de la recolección y vendimia efectuadas en Italia en tiempos muy antiguos. En estas fiestas se introdujeron sencillas representaciones con intención de ridiculizar a dioses y hombres, posteriormente se incluyó la música, la palabra y la acción. La sátira es producto de la evolución de esa costumbre.

La sátira, cultivada primero por Ennio,²⁵ adquirió después un carácter de invectiva personal. Fue Lucilio, nacido en el 180 a.n.e., quien le dió forma a este género que Horacio perfeccionará más tarde.

Lucilio escribió treinta libros de sátiras²⁶ en las cuales combate la corrupción y el vicio de diversas personalidades, sin importarle atraerse su enemistad; aunque hay que de-

²⁵Escritor del año 239 a.n.e., retórico y filósofo, autor de los Anales.

²⁶De su obra se conservan fragmentos, un total de 1,400 versos.

cir que contó con la poderosa protección de su amigo Escipión el joven. Lucilio pretendía enseñar y mejorar a sus conciudadanos por medio de la crítica violenta y directa de su conducta, que propiciaba, según el escritor, la decadencia del pueblo romano.

La sátira luciliana consiste en un poema de tono sencillo en el que se combinan reflexiones morales con alusiones a personas.

Horacio, a diferencia de su antecesor, evita el peligro. Su intención al escribir sátiras, también es diferente a la de Lucilio: se propone divertir y si acaso "decir la verdad riendo".²⁷

Los dos libros de Sátiras abarcan un espacio de tiempo que va desde la batalla de Filipos (42 a.n.e.), hasta la de Accio (31 a.n.e.). El primer libro, que contiene diez sátiras, se habría publicado en el año 35 y el segundo, con ocho composiciones, en el 30, aunque no se puede asegurar.

²⁷ Horacio, Sátiras. I.I. p.2.

Horacio adopta de Lucilio la forma dramática y didáctica, pero sus sátiras contienen notables innovaciones, una de ellas es la medida que utiliza en su composición: el hexámetro. Horacio no considera la sátira como un género poético porque carece de la elevación que requiere la poesía, las llama simplemente sermo, es decir, charla. En estas "charlas" Horacio se sirvió de la diatriba, discusión con que los filósofos cénicos iniciaban en las cuestiones morales, de modo animado, a auditorios populares.

Las sátiras de Horacio son fiel y perfecto espejo de la sociedad de su tiempo. En ellas se refleja con tanto arte como verdad la vida y las costumbres de los romanos de entonces y hasta el carácter del poeta.²⁸

Este, el de retratar a su sociedad, tal vez sea el mayor mérito de las sátiras de Horacio. Su tendencia fue generalizar la crítica moral evitando las alusiones personales censurando los vicios comunes como la inconstancia y falta de mesura, la avaricia, la ambición excesiva, la inconsistencia de los juicios, la superstición, etc.. "Los tipos característicos de su época son los que bullen en su obra con sus virtudes y defectos".²⁹ Poco a poco la sátira horaciana se

²⁸ Pierron, op. cit., p. 50.

²⁹ Horacio, Odas y Epodos. Sátiras. Epístolas. Arte Poética. [Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca] 2a. ed. México, Porrúa, 1977, p. XLIII (Sepan cuántos. núm. 240.)

despoja de durezas y agresividad, convirtiéndose en una conversación chispeante "claramente urbana y educada",³⁰ en la que no hay espacio para la crítica a las altas personalidades políticas, por ejemplo. Actitud que concuerda, por otra parte, con su "natural dulzura".³¹ Sus censuras son por ello discretas y mesuradas, simplemente se burló del vicio y exaltó la virtud sin más aspiración que resultar alegre y divertido.

4.4.3. Las odas.

Los tres primeros libros de Odas fueron publicados en el 23 a.n.e. y más tarde el libro cuarto, que contiene los últimos poemas que compuso Horacio.

El conjunto de los tres primeros libros está constituido por 88 odas; el primero lo forman 38, el segundo 20, y el tercero 30 y el libro cuarto consta de 15 poemas.

La influencia de los autores griegos es fundamental en su obra lírica, Horacio mismo dice: "También yo, nacido parte acá del mar, componía versos en griego".³² El escritor

³⁰ Buchner, Karl, Historia de la literatura latina. Barcelona, Labor, 1966, p.256.

³¹ Pierron, op. cit. p.49.

³² Horacio, Sátiras. I, 2, p.45.

identifica sus inquietudes poéticas especialmente con las de Safo y Alceo, de quien es deudor sobre todo en cuanto a metros se refiere. La estrofa alcaica es la predilecta de Horacio, quien escribió hasta 37 odas en ese metro.³³

Por Alceo, más que por cualquier otro, se sentía atraído por razones de afinidad: en especial por el sentido doloroso de la existencia, por las ansias, por los afanes que hay que sepultar en el olvido, tan típicos del poeta de Lesbos.³⁴

Pero no sólo Safo y Alceo contribuyeron a enriquecer al poeta, también Anacreonte, Teognis, Simonides y Píndaro, entre otros.

Si en los Epodos y en las Sátiras hemos encontrado la malignidad de que nos habla Bonifaz Nuño, en las Odas encontramos la admiración. Podemos considerar esta obra como un canto al hombre. Y es que la totalidad de la existencia halla lugar en esta obra. Nada, por insignificante que pareciera, fue desdeñado por el poeta; estrechamente vinculado con lo cotidiano trata en sus Odas todos los temas posibles: el amor, la amistad, el vino, la muerte, la mujer, etc.. Y junto a estos temas fundamentales, el descubrimiento del oficio de

³³ Cfr. Herrera Zapien, Tarsicio, La métrica latinizante. México, UNAM, 1975, p.32.

³⁴ Horacio, Odas y Epodos. Sátiras. Epístolas. Arte poética. p.LVII.

poeta, la valoración de su trascendencia en la vida social.

Se da especial importancia a un grupo de odas, unas del libro tercero y otras del cuarto, conocidas como "Odas romanas", compuestas entre los años 29 y 27 a.n.e. A este grupo pertenecen aquellas odas que exaltan las excelencias del emperador y del pueblo romano. En algunos de estos poemas el poeta asume el papel de sacerdote y profeta, guía al que todos deben seguir para recuperar la grandeza, las virtudes y la gloria de Roma. Varias odas del libro cuarto, escritas entre el 17 y el 13 a.n.e., celebran las victorias de los familiares de Augusto, Tiberio y Druso, obtenidas sobre los pueblos de los Alpes.

...ciclo con una unidad formal, temática, métrica y de tradición histórica. En todas ellas se ha anulado del modo más feliz y magnífico, en su flotante armonía, la tensión entre individuo y comunidad...³⁵

Las Odas es la obra de Horacio que ha sido considerada por sus críticos y traductores como la expresión más alta del arte horaciano por su belleza, su profundidad y su perfección formal.

³⁵ Buchner, op. cit., p.260.

4.4.4. Las Epístolas.

Entre el 24 y el 13 a.n.e., Horacio escribe dos libros de epístolas. El libro I consta de 20 composiciones, el II contiene únicamente tres, aunque muy extensas. La mayor parte de ellas se dirigen a personajes ilustres entre los que destaca el emperador.

La forma es la misma que la de las Sátiras, escritas en hexámetros, de extensión mayor, con una marcada tendencia didáctica y en un tono de conversación íntima, fluida, natural y a veces humorística. Se considera que Horacio, aunque no es creador del género, ha convertido la carta en verso en una rama del género epistolar enriqueciéndolo.

Las cartas, entre varios asuntos, manifiestan su aspiración no cumplida de perfeccionamiento moral, su posición filosófica y su decisión de renunciar a la poesía. Horacio está interesado en dar a conocer también algunos aspectos de su vida, sobre todo aquellos que pueden aleccionar a sus destinatarios.

Los asuntos literarios ocupan todo el libro II; la epístola a los Pisones, nombrada por Quintiliano Arte Poética contiene una serie de principios generales sobre el arte de

la poesía.

Algunas veces Horacio utiliza, para desarrollar mejor sus ideas y afirmar sus conceptos, elementos populares como por ejemplo el apólogo; este recurso otorga a su obra frescura y vitalidad y expresa, por otra parte, el acervo de sabiduría aldeana que el poeta atesoraba.

En conclusión: en los Epodos hay como una reacción juvenil, hay la agresividad y la conciencia de la culpa de la guerra y la impotencia ante el desmoronamiento que provocaron las luchas fratricidas. Las Sátiras es la obra del distanciamiento, del alejamiento de la realidad, de la aspiración al equilibrio interior. Consciente de los males de la sociedad, Horacio los critica sin involucrarse demasiado en ello, desde la privilegiada situación económica que ha alcanzado, al abrigo de Mecenas y atrincherado en las normas morales inculcadas por el padre.

En tanto, las Odas es la obra de la madurez intelectual de Horacio, del equilibrio, de la plenitud vital y creativa y reflejan la riqueza que el Imperio ha alcanzado. Las Epístolas es la época de la reflexión, de la contemplación interior, es la etapa de la valoración del vacío espiritual, del desajuste entre lo que se piensa y lo que se vive, una

vuelta a la conciencia de la realidad.

Horacio, en una carta ficticia dirigida a su libro como a un hijo que no gusta de la modestia, nos comunica cuál es para él la trascendencia de su labor poética y cómo se considera a sí mismo:

Quando más oídos el tibio sol te acercare,
 que yo de padre liberto nacido y con débil hacienda
 he extendido —dirás— plumas que a mi nido mayores,
 porque, cuanto a la estirpe quites, a las virtudes añadas;
 que yo a los primeros de la urbe en guerra plugue y en casa,
 de exiguo cuerpo, cano prematuro, avezado a los soles,
 veloz para airarme, mas tal que he sido aplacable.
 Si por acaso alguien a ti mi edad preguntare,
 sepa que yo cuatro veces once en diciembre he cumplido
 en el año en que Lolio guió a Lépido como colega.³⁶

³⁶ Horacio, Epístolas. I, XX, p.45.

V. LA POESIA COMO CONOCIMIENTO DE LA REALIDAD

5.1. La poesía como medio de afirmación y conocimiento.

Antes de aclarar qué significa la creación artística para Horacio, es necesario establecer primero cómo se considera el arte en su sociedad. Esto puede determinarse "examinando las condiciones materiales de existencia del artista que ponen de manifiesto el estatuto de la obra de arte dentro del sistema de relaciones sociales dadas".¹ Tradicionalmente, señala Grimal,² las grandes familias aristocráticas se habían vinculado a los intelectuales, así lo había hecho la familia de los Escipiones y así lo hizo Cicerón, que mantuvo a su lado al poeta Arquías. Ahora Augusto y Mecenas llaman a su lado y protegen a un grupo de escritores, poniendo todos los recursos materiales a su alcance para que desarrollen su capacidad creativa a plenitud. En efecto, Mecenas se preocupó de salvar de la ruina económica a Propertio y a Virgilio, a Horacio, ya lo hemos visto, lo elevó a su propio nivel social. Pero el mérito mayor de esta acción es, quizá, que se respetó la libertad personal de cada uno de ellos. A pesar de que Mecenas intentó orientar, sigue Grimal,³ su arte a la

¹ Sánchez Vázquez, Adolfo, Las ideas estéticas de Marx. 8a. ed., México, Grijalbo, 1979. p. 166

² Grimal, op. cit. p. 52

³ Ibid. pp. 61-62.

exaltación de la personalidad del princeps, estos escritores hallaron las oportunidades necesarias para escapar a las imposiciones. Horacio, por ejemplo, insiste en que su Musa es demasiado tenue para intentar una empresa de esa índole y, en ocasiones, cuando él o los otros acceden a hacerlo, ello ocurre así porque "en general el artista se mueve en el mismo clima espiritual que su mecenas, comparte su universo de ideas y valores."⁴ Por todo lo anterior, observamos que el artista tiene un lugar privilegiado en la corte de Augusto y a su arte se le concede mucha importancia. En esto cabe destacar la influencia de Mecenas que Grimal valora así:

*

Consiste sobre todo, en último análisis, en una voluntad de considerar al poeta como un ser de excepción, a quien se debe proteger, librar de las sordidas necesidades de la vida, devolverlo a sí mismo, y a quien se pide a cambio que dé expresión eterna a los sentimientos y a las ideas que los demás hombres no sienten ni conciben sino de modo oscuro e imperfecto.⁵

Habría que agregar a esta consideración, que se trata de las ideas de la clase en el poder y que esas "sordidas necesidades de la vida" son creadas y fomentadas por ella.

⁴ Sánchez Vázquez, op. cit. p.173.

⁵ Op. cit. p.65.

En las Odas de Horacio, encontramos la frecuente exaltación de sí mismo y un profundo individualismo que responde a una necesidad de afirmación personal. Esto es consecuencia de su situación en un medio social al que no pertenece a causa de su origen humilde. En ese medio, el hombre vale no por sí mismo sino por sus bienes materiales. Esto lo comprobamos - en la institución del censo, el cual determina las clases sociales según el capital que los poseedores de bienes acumulan. El hombre que carece de riqueza es despreciado y mal visto por las clases económicamente superiores. Frente a estas circunstancias, Horacio opone entonces la creación intelectual a la carencia de la propiedad material y a la cortapisa del oscuro origen; a sus ojos la verdadera riqueza es el talento personal, gracias a ello se eleva socialmente, sin olvidar que esto ocurre por que así lo desea la clase en el poder:

Ni de marfil ni de oro
 está mi humilde techo decorado,
 ni trabes del Himeto
 le apoyan sobre pies de limpio mármol,
 hendidos en el Africa remota;
 ni, heredero de Atalo,
 su mansión ocupé, ni honradas siervas
 me coloran de púrpura los mantos.

Pero tengo una lira
 que las Musas conciertan cuando canto,

y, aunque pobre, del rico
 soy con afán buscado.
 Más no pido a los dioses,
 ni al poderoso amigo más reclamo,
 porque feliz me juzgo
 con mi Sabino campo,
 mientras un día empuja al otro día
 y van las nuevas lunas a su ocaso.⁶

Sin embargo, a juzgar por las muchas alusiones a ello, la envidia lo persigue, se le reprocha su inferioridad social, se le reclama su elevada posición, ante lo cual Horacio tiene que insistir en los valores personales que le han conquistado su privilegiada situación; él no posee una fortuna, carece de linaje, sus padres fueron pobres, pero estas cosas carecen de significación ante el valor de su arte. Su poesía excede cualquier límite humano y gracias a ella, él, el advenedizo, conquistará no sólo la fama sino también la inmortalidad:

No he de morir. Aunque de pobres hijo,
 yo, gran Mecenas, que tu afecto gozo,
 no sentiré mi cuerpo aprisionado
 por las ondas del Orco.⁷

⁶Horacio, Odas. Epodos, II, XVIII, p.80.

⁷Ibid., II, XX p.83.

El poeta es un ser elegido de los dioses, predestinado desde su nacimiento a la gloria, a una gloria más alta que la que obtienen los conquistadores de tierras y los vencedores en las guerras o en las competencias atléticas:

El mortal, ¡oh Melpómene,
que al nacer a la vida
recibe de tus ojos
la mirada propicia,
no brillará en la lucha
de las jornadas ístmicas

ni frenará corceles
con victoriosa brida
sobre carros de Acaya;
ni al Capitolio un día
irá en triunfo, la frente
de laureles ceñida,
por haber domeñado
majestades altivas.

Más los claros arroyos
que a Tíbur fertilizan
y las frondas —del bosque
cabelleras tupidas—
perpetuarán su fama
en las estrofas líricas.⁸

⁸ Ibid. 27, III, pp. 126-129

Sin ninguna modestia, muy consciente de sus capacidades y sus límites como poeta, alza la frente para enaltecer su labor consistente en haber sido:

...El primero que en latinas canciones
ordenó de la Grecia
los cadenciosos ritmos y los dulces acordes.⁹

Horacio sabe perfectamente cual es el trabajo del poeta desde el punto de vista social y político y esto implica también una toma de conciencia; advierte que su actividad es necesaria para hacer perdurar en el tiempo los hechos de los hombres y recuerda, por ejemplo, que las hazañas guerreras de Escipión hubieran caído en el olvido si no hubiera existido un poeta que las rescatara mediante su arte y, así como el poeta se immortaliza a sí mismo con lo que crea, puede también immortalizar a otros:

Ni dedicados mármoles (en que de nuevo viven
intrépidos caudillos que hubieron muerte noble),
ni la fuga de Anibal entre amenazas vanas,
ni incendios de Cartago, tanto honrarán el nombre
del que domada el Africa, volvió de allí famoso,
como le honró la musa calabresa cantando
sus bélicas acciones.¹⁰

⁹ ibid., ---,ZZZ p.124.

¹⁰ ibid. p.137.

La poesía posee, según Horacio, otras facultades que le permiten la consecución de fines menos elevados y más prácticos. Le sustenta de una fuerza espiritual, —fuerza que en ocasiones importantes le falta y le obliga a refugiarse en el vino—¹¹ suficiente para acometer grandes empresas y paravencer a sus detractores:

Si con vosotros voy, nauta valiente,
afrentaré del Bósforo las iras;
o, viajero, las ardientes costas
de la lejana Siria.¹²

Con ala audaz y desusada, el eter,
vate biforme, surcaré muy pronto,
y dejaré la Tierra y sus mansiones,
triunfante de envidiosos.¹³

Vemos como el concepto de poesía de Horacio participa de lo personalmente útil es un medio de penetrar en sí mismo y externarse, pero el autoconocimiento se traduce en conocimiento del ser humano; ello se explica porque para destacar su propia personalidad, Horacio tiene que apreciar las acciones de los otros hombres. En la primera de sus Odas, Horacio exalta las actividades de los hombres, aquellas en

¹¹ Ibid., III, XXX, p. 81.

¹² Ibid., p. 90.

¹³ Ibid., II, XX, p. 83.

las que realizan su esencia y adquieren su dimensión humana: señores elevados hasta los dioses, los llama Horacio. Habla de sus triunfos y de sus riquezas, de aquello que impulsa a someter bajo su dominio a la naturaleza y transformarla:

Éste es feliz si frívolos Quirites
a los honores públicos le llevan;
aquél si guarda en el granero propio
cuanto pudieran dar Líbicas eras.
Al que goza en cavar paternos campos
no harás por todo el oro que se mueva
a surcar mares sobre nave cipria,
tímido nauta, en busca de riqueza.
Y el mercader, que las borrascas teme,
la paz del campo y su país celebra;
mas recompone sus bajeles rotos
y vuelve al mar por no sufrir pobreza.¹⁴

Horacio se reconoce a sí mismo en estas actividades, participa también de su impulso creador, pero la creación artística es para él, la más elevada de las capacidades humanas, la que lo singulariza y aparta del vulgo, la que le encumbra a los dioses:

A mi la hiedra, galardón de doctos,
me hace sentirme de los dioses cerca;

¹⁴ Ibid., I, I, p.22.

y me aparta del vulgo el fresco bosque
en que ninfas y sátiros alternan,
si Euterpe de su flauta o Polihimnia
los sonos de su lira no me niegan,
cuéntame tú entre los vates líricos,
y tocará mi frente las estrellas.¹⁵

¹⁵ id.

5.2 Costumbres y moral.

Los largos años de disensiones habían ocasionado en la sociedad un sentimiento general de desesperanza, de falta de fe en sí misma y en los demás; todos los ciudadanos romanos coincidían en el deseo de ver terminada la guerra y restablecida la paz.

La política de "restauración" de Augusto visualizó todos los aspectos esenciales que la harían posible, pero es preciso señalar la tendencia marcadamente conservadora de sus medidas. No era la renovación de la democracia cuyo desarrollo frenaron las guerras civiles; al parecer lo que el emperador pretendía era un retroceso más lejano: la vieja república aristocrática en la que el Senado tenía el papel principal y en que la vida simple y las buenas costumbres eran la base misma del engrandecimiento de la urbe.

Horacio, puesto que el artista no crea al margen de su comunidad, recoge y expresa la aspiración general al restablecimiento del orden:

Como millones de otros habitantes del Imperio romano y sobre todo de los que eran ciudadanos romanos, Horacio - después de un período de sombría desesperación concentró - todas las esperanzas en la victoria final de Augusto que - prometía poner término a la guerra civil.¹⁶

¹⁶Rostowtzeff, op. cit., p.67.

Horacio, por tanto, apoya los fines del emperador alentando la vuelta al pasado, sin que su intento pueda ocultar la destructora huella de las guerras civiles:

Y tú, que al seno maternal desprendes
 en sazón los frutos, / blanda Ilithía,
 —ya Genital quieras / o ya Lucina
 verte invocada—,

Salva a las madres, la progenie aumenta:
 prósperas las Leyes / torna y afirma
 —fértil en nueva / prole—, que encienden
 nuevos hogares:¹⁷

En los poemas de Horacio, particularmente en el grupo conocido como Odas romanas y algunos otros, encontramos un constante enfrentamiento entre el pasado y el presente que nos revela el proceso de transformación de la sociedad: en los tiempos primitivos la fortuna privada era pequeña y la propiedad común era grande, Ahora, los ricos construyen lujosas quintas que "hacen retroceder la playa ante el empuje de la codicia."¹⁸ Palacios opulentos cubren la tierra cultivable y los campos antaño poblados de olivares, ahora se llenan de árboles inútiles y que simplemente sirven de adorno. El rico, por su avaricia, atropella hasta lo más

¹⁷ Horacio, "Canto secular" Lírica horaciana. p. 465.

¹⁸ Horacio, Odas-Epodos. II, XVIII, p.80.

sagrado:

No así la ley del inmortal Quirino
 lo dispuso, ni tales
 fueron las normas de Catón, austero,
 ni la de nuestros venerados padres.¹⁹

El poeta manifiesta una conciencia de los problemas sociales y atribuye éstos a la excesiva codicia de los empresarios que no se detienen ante nada por acrecentar su opulencia. Para convencerlos de refrenar su ambición, utiliza un recurso indefectible: les advierte que ningún tesoro les librerá de la suerte común de todos los hombres, la muerte:

Por tu codicia, sin hogar, la madre,
 con sus hijos en brazos
 sigue triste al marido, que transporta
 los Penates, también en desamparo.

Mas no hay mansión humana tan segura
 como el lugar que en sus oscuros antros
 al rico sin entrañas
 el infierno le tiene preparado.

¿Por qué tu afán? La tierra
 igual recibe al pobre que al preclaro
 hijo de reyes. Al guardián del Orco
 ni el mismo Prometeo ha sobornado
 con el oro y la astucia

él al soberbio Tántalo

¹⁹ Ibid., II, 27 p. 77

oprime y a su raza maldecida;
 y, sea o no llamado
 a liberar acude
 al pobre a quien las penas tiene harto.²⁰

Es claro que el ataque a los ricos refleja el antagonismo entre los terratenientes y las nuevas fuerzas sociales, representadas por mercaderes, empresarios y contratistas. Horacio toma partido por los primeros y, sobre los segundos arroja la responsabilidad de que los esfuerzos del emperador en favor de la renovación moral, fracasen. Respecto a esta postura del escritor nos parecen muy aleccionadoras estas palabras:

El terrateniente... pinta a su adversario como a un ser carente de corazón y de espíritu, taimado dado al chalaneo, engañoso, avaricioso, corrompido y facineroso, vuelto de espaldas a la comunidad y que solo piensa en el tráfico y la usura, amigo de alcahuetear y esclavizar, sinuoso, mentiroso, estafador, instigador de la competencia y, por ende, del pauperismo y la delincuencia, que labora por minar todos los lazos sociales, como un bribón ávido de dinero, sin honor, sin principios, sin poesía, sin sustancia, carente de todo.²¹

consideración anterior refleja perfectamente la actitud de la clase terrateniente romana hacia su antagonista y resume también todo lo que el poeta, portavoz de esa clase, condena en los ricos.

²⁰ Ibid., II, XVIII, p.80.

²¹ Marx, Carlos, Manuscritos económicos-filosóficos de 1844. México, Grijalbo, 1968, p.96.

Pero el afán de enriquecimiento no se restringe a los hombres de negocios; en forma descendente, como una plaga que devora la hoja y la rama hasta llegar a la raíz, ha penetrado en todos los estratos sociales arrasando con todos los valores morales. Las leyes contra el desenfreno no logran detener la perversión de las costumbres que deterioran la solidez de la institución familiar, el ejército, la religión y el Estado:

¿De qué nos sirven, sin costumbres, leyes?

.....

..hábiles nautas triunfan del mar;
y la pobreza siente
que, por quitarse su aprobiosa nota,
hacerlo todo y soportarlo debe,
aunque de la virtud la áspera senda
por conseguirlo deje...²²

Los padres, por acrecentar ilícitamente su hacienda, se olvidan de la vigilancia que merece la educación de sus hijos; los varones debilitan su vigor en prácticas viciosas; las adolescentes se ejercitan en una precoz sensualidad; las madres, ocupadas en sus adulterios, carecen de las tradicionales virtudes de las matronas romanas.

²²Horacio, op., cit..III, XXIV, p.115.

Horacio ve en el progresivo desarrollo de la propiedad privada, representado aquél en sus poemas por los ricos redemptores, el origen de la decadencia de la vida social. Para reconstruir ésta pretende la vuelta a un pasado muy lejano, propone un comunismo tosco y primitivo en que se da:

...la negación abstracta del mundo entero de la cultura y la civilización, el retorno a la antinatural sencillez del hombre pobre y carente de necesidades, que lejos de remontarse sobre la propiedad privada ni siquiera ha llegado a ella.²³

Que la anterior negación está presente en las odas de Horacio, se observa en su razonamiento de que la riqueza es la causante de los males sociales y que, por tanto, hay que deshacerse de ella:

Llevemos en ofrenda al Capitolio
 (entre el clamor y el aplauso de la plebe)
 o arrojemos al mar piedras preciosas,
 perlas e inútil oro,
 de donde todo nuestro mal procede.
 Si de verdad nos pesa,
 extirpemos los gérmenes
 de la odiosa codicia, y ensayemos
 en justo afán nuestros alientos débiles.²⁴

El poeta exalta, además, frente a los refinamientos de

²³Marx, C. op. cit., p.113.

²⁴Horacio, op. cit., XXXIV, pp.115-116.

los poderosos, la rústica manera de vivir de los Escitas y Getas, hombres que viven como en los tiempos primitivos:

Mejor vive el Escita vagabundo,
que hogar humilde sobre carros mueve,
y los rígidos Getas
a quienes campos no lindados brindan
fruto común en las doradas mieses.

Solo un año el labriego
allí el trabajo de la tierra ejerce;
y, cuando cumple y su descanso goza,
le sustituye otro de igual suerte.²⁵

Lo positivo de estas comunidades no desarrolladas, a los ojos del poeta, es que la tierra sea propiedad común y que se efectúe el mismo esfuerzo por todos en el cultivo de ella; pero lo más valioso de esas comunidades es el hecho de que se conserve la integridad moral de sus miembros: la fidelidad, la pureza de costumbres, la virtud y el temor a faltar a esas cualidades. Esto significa que es claro para Horacio, que la moralidad de una sociedad se genera de la equitativa distribución del producto del trabajo y de la participación de todos en ese trabajo.

²⁵ Ibid., III, XXXIV, pp.114-115.

5.3. Religión y poder.

La religión de Estado, como ya mencionamos, era el instrumento más eficaz para controlar al pueblo; la vida del romano, tanto pública como privada, estaba aprisionada en una red de obligaciones religiosas. La clase dirigente romana conocía bien la importancia de la religión para sus fines de dominio. Varrón, medio siglo antes, expresó: "es útil que el pueblo esté engañado en materia de religión."²⁶ La aristocracia ejercía sobre las masas un perfecto control, no en el aspecto que la religión posee de elevación espiritual, sino en el más burdo: la superstición. Sin embargo, tras los graves conflictos sociales, los mitos religiosos habían dejado de funcionar. El pueblo veía en los largos años de guerras y miseria el abandono de los dioses y un sentimiento de desesperanza y desamparo se había apoderado de él.

En el terreno religioso, Augusto actuó tan hábilmente, o más, que en el terreno político. Así como aparentó que no aspiraba más que a restaurar las instituciones republicanas, así también en lo que a religión se refiere, aparentó rechazar que se hiciera de su persona un dios, en tanto que, indirectamente, impulsaba su divinización fomentando el culto a César y la genitora de la estirpe Julia, la diosa Venus. Qué importancia dio Augusto a la religión, la señala el hecho de haber res-

²⁶. Cfr. Farrington, op. cit., p. 184.

taurado en sólo un año ochenta y dos santuarios:

Eran en general capillas o pequeños templos descuidados desde hacía tiempo y que los incendios, tan frecuentes entonces, o sencillamente el abandono en que los dejaban, habían hecho caer en ruinas. Augusto los reconstruyó y los adornó con ex votos preciosos.²⁷

Augusto impulsó además la construcción de otros templos: el de Apolo Palatino con sus anexos, un pórtico y dos bibliotecas; el de César en el Foro romano terminado en el 29; en el Capitolio el templo de Júpiter Tonante. Otros tres templos fueron construidos en el Palatino: uno dedicado a Minerva, otro a Juno y un tercero a Júpiter Libertad. A estos templos se sumó el de Marte Vengador, edificado en el Forum Augusti, y algunos otros templos de menor importancia.

Sólo como colaborador de Augusto en la tarea de restablecer la fe en los antiguos dioses, se comprende que Horacio haya dedicado una parte importante de sus Odas, particularmente las que se conocen como Odas romanas y los poemas escritos en honor del emperador, a ese fin, poniendo en evidencia, de esa manera, el papel fundamental que la literatura desempeñó en el gobierno de Augusto.

²⁷ Grimal, op. cit., p. 92.

Es indudable que la obra poética de Horacio contribuyó a elevar los valores que favorecían los intereses de la clase en el poder; en el caso particular de la religión, es notable el acuerdo de Horacio con las intenciones políticas que en materia de religión tenía el emperador:

Paternas faltas pagarás, Romano,
si no restauras los sagrados templos,
sus altares en ruinas y las imágenes
ennegrecidas por el humo denso.²⁸

El escritor trata de infundir en la conciencia de las masas, que son sus vicios y su maldad los que han atraído la ira y el rechazo de los dioses, indiferentes a los sufrimientos del pueblo:

¿Qué dios el pueblo invocará, mirando
Cómo corre el imperio al precipicio?
¿Con qué preces las vírgenes de Vesta
harán que oigan sus himnos?²⁹

En las odas dirigidas a los romanos, Horacio los condena como criminales; su delito mayor consiste en haber vuelto las armas contra sí mismos y por ello, deben responder ante los dioses, es decir, Horacio presenta la guerra como un acto de impiedad que merece el castigo divino:

¿A quién dará el irritado Júpiter
la misión de expiar tales delitos?...
Ven tú, feliz augur, cándido Apolo,
en blanca nube envueltos tus hechizos.³⁰

²⁸

Horacio, *op. cit.*, III, 72, p. 94.

²⁹

Ibid., I, 11, p. 23.

³⁰

Que la religión en las sociedades divididas en clases está "llamada a influir en la conciencia de las personas, a educar en las masas el espíritu de sumisión hacia sus opresores",³¹ resulta muy claro si comparamos, por ejemplo, la posición religiosa de Lucrecio con la de Horacio.

Lucrecio, en su poema De rerum natura, pone de manifiesto el carácter de sometimiento que tiene la religión:

Y no pasará mucho tiempo sin que tú mismo busques apartarte de nosotros abrumado por los funestos dichos de los augures. Porque ya me imagino la cantidad de sueños que pueden trastornar el orden de tu vida y llenar de temor todas tus fortunas. Y es natural, pues si entrevieran los hombres que hay un seguro fin para sus miserias, se valdrían de alguna razón para hacer frente a las religiones y a las amenazas de los augures.³²

Lo que Lucrecio revela con tanta claridad, es decir, que la religión es una invención para someter a los hombres por medio del terror y, además, una mentira destinada a acallar todo intento de rebeldía o independencia por parte de los hombres. Horacio trata de ocultarlo a los ojos del pueblo. La religiosidad es necesaria y no sólo eso, es condición indispensable para conservar el poder:

Sólo eres grande si a los dioses sirves.

³¹ Sujov, A. D., Las raíces de la religión. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972, p. 29.

³² Lucrecio, De la naturaleza de las cosas. 2a. ed. UNAM, México, 1981, p. 7. (Nuestros Clásicos núm. 54)

De ellos es tu poder, suyo tu éxito.
 Por desdeñarlos, desolada Italia
 llora males sin cuento.³³

Sin embargo, restablecer la confianza de los romanos en la efectividad de los dioses, cuya autoridad moral había caducado, resultaba una tarea un tanto improbable. Era por lo tanto, más útil crear, conforme a los cambios de la época, un culto nuevo en el que las formas tradicionales quedaran a salvavo. De ahí que Horacio reitere constantemente su entusiasmo por el emperador al lado de la exaltación a Júpiter:

Creo en Jove tonante, rey del cielo,
 y que Augusto en la tierra ha de igualarle,
 sometido a sus leyes el Britano
 y el Persa formidable.³⁴

Era necesario acudir a esta imagen colérica de Júpiter con todo y rayo, para reforzar la imagen benévola del emperador.

Horacio encarna en la persona de Augusto a un dios diferente, que, al mismo tiempo que conserva algo de los antiguos

³³ Horacio. op., cit., III, VI, p. 94.

³⁴ Ibid., p. 92.

dioses es gufa y autoridad, "Príncipe y Padre":

Tú, Marte, ¡ay!, ya por demás saciado
aunque te agraden belicosos gritos,
lúcidos yelmos y el feroz semblante
con que ve el Marso a su rival herido.

O tú, hijo alado de la noble Maya,
sí, en la figura de un mancebo invicto,
permítes que en la tierra se te otorgue
de vengador de César justo título.

Tarde al cielo retornes; largo tiempo
des tu presencia al pueblo de Quirino,
y no te lleve, hastiado de nosotros,
el aire movedizo.³⁵

Por virtud de los poetas los hombres se vuelven dioses, esto dice Horacio en un poema.³⁶ La idea de divinizar a Augustus no podía resultar más efectiva en esos momentos de crisis espiritual. Horacio transfiere, en varias odas, las cualidades que la muchedumbre suele atribuir a los dioses, a la persona de Augusto: es él quien librará al romano de todo mal, él en quien encontrará refugio su espíritu atormentado:

Este día feliz, fausto de veras,
alejara de mí negros cuidados.
Dueño César del mundo, ya no temo³⁷
ni la revuelta ni el puñal aciago.

Pero, si la ayuda de Horacio a la divinización de Augusto es notable, cabe señalar que el poeta, como en algunos otros aspectos

³⁵ Ibid., I, II, p. 23.

³⁶ Ibid., IV, VIII, p. 137.

³⁷ Ibid., III, XIV, p. 104.

tos de la vida social, no hizo más que recoger los sentimientos populares:

Podemos, pues tener por seguro que las ideas de Horacio y Virgilio eran acervo común de millares y millares de gentes del Imperio romano, las cuales creían con Horacio, (para el cual, desde luego, no era esta creencia más que una ficción poética), que Augusto era uno de los grandes dioses, Mercurio, Apolo o Hércules aparecido entre los hombres como mesías y salvador del grande y santo Imperio romano.³⁸

Para que persistiera la eficacia de la religión como instrumento de dominio, era necesario que las masas encontraran en el dios lo que no hallaban en la vida real, por ello la ilusión que se quiere provocar es que el emperador, a diferencia de los dioses antiguos que derraman males sobre los desvalidos romanos, es el dispensador de los dones más dulces y apreciados:

Por tí, vaga seguro
el buey, del prado al soto.
Ceres y la munífica Abundancia
derrama sus tesoros.
Se cruza en paz los mares. La infidencia,
o su sola sospecha da sonrojo.³⁹

La imagen del emperador, en los poemas de Horacio, está

³⁸ Rostoutzeff, *op. cit.* p. 103.

³⁹ *Ibid.*, *op. cit.*, p. 133.

siempre asociada a los aspectos más amables y sonrientes de la vida:

Da a tu patria su luz, caudillo ilustre.
Para tu pueblo, cuando ve tu rostro,
transcurre el día más feliz y brillan
-igual que en primavera-
los soles más hermosos.⁴⁰

Su acción benéfica restituye al pueblo romano las virtudes que le dieron su antigua grandeza:

Cerró el templo de Jano. Puso freno
a la suelta pasión y a la deshonra;
y, derrocado el vicio,
volvieron a vivir día de gloria.

Viejas virtudes, que el Latino nombre
abrilantaron y a la Italia toda
dieron poder y majestad e imperio,⁴¹
de donde muere el sol a donde asoma.

Los resultados de la acción política de Augusto no pueden ser más halagüeños, nada, ni la guerra puede dañar al pueblo mientras Augusto reina. Lo que a Augusto se le atribuye, ningún dios lo consiguió antes, esto representa el idílico cuadro con que Horacio cierra la oda cinco de su último libro:

Pasa el día el labriego en sus colinas
ligando vides a desnudos troncos;
vuelve alegre al hogar, y allí lo invita
igual que a un dios, a su banquete sobrio.

⁴⁰ Ibid., 127,7, p. 132.

⁴¹ Ibid., p. 146.

Invócate en sus preces. De su copa
vierte en tu honor el vino generoso;
y te asocia a los Lareſ, como Grecia
a Cástor y a su Hércules heroico.

"Ojalá des a Italia, ¡oh jefe invicto,
por muchísimos años tan feliz reposo."
Esto decimos al nacer el día;
y con los mismos votos
te saludamos cuando el sol poniente
sumerge en el océano su oro.⁴²

5.3.1. La religión personal.

Al lado de la postura oficial de Horacio frente a la religión de Estado, encontramos en las Odas algunos poemas que pueden hacernos pensar en una actitud religiosa más auténtica por parte del poeta. Se trata de poemas en los que aparecen divinidades menores relacionadas, sobre todo, con la vida campestre. El campesino que hay en Horacio, su apego a la tierra y su amor por la naturaleza se revelan en estas composiciones. Se dirige no al aristocrático Apolo o al Júpiter tan nante, a quienes Horacio encomienda los destinos de Roma, sino al agreste Fauno a quien confía sus campos y sus rebaños. Horacio se une así, a la sencilla fe popular, sin asumir el petulante papel de vates que rechaza al vulgo:

Por celebrarte, los rebaños juegan
en los herbosos campos
al volver, con las Nonas Decembrinas,
tu alegre aniversario
el pueblo en fiesta y los ociosos bueyes
espárcense tranquilos por los prados.⁴³

⁴² Ibid., IV,7, p. 133.

⁴³ Ibid., III, XVIII, pp. 108-109.

En el poema citado, Horacio suplica a Fauno que sea cu dado al pasar por su propiedad y mire con buenos ojos las pequeñas crías de sus hatos, él, en cambio, cumplirá devotamente con los sacrificios debidos:

si yo sigo ofreciéndote
un cabritillo al fin de cada año,
si hago que el vino, tan propicio a Venus,
llene los hondos vasos,
y si en la vieja ara nunca falta ⁴⁴
el oloroso humo en tu holocausto.

Encontramos una cierta complacencia en el poeta al describir las actitudes religiosas populares: la piedad del aldeano que ofrece las primicias del trigo o la mano inocente que se posa en el altar de estos dioses, humildes, pequeños, luminosos y hasta alegres, según los considera el poeta que no recuerda, en cambio, las fatigas que anteceden a estas celebraciones rituales.

Horacio se muestra confiado de la tutela de estos dioses, Fauno y Baco en especial; sus campos florecen, sus cabras y chivos pacen alegres y sin peligro, su heredad prospera, y ello es porque:

Protégeme los dioses; le conmueven
mi canto y mis humildes sacrificios.
La próspera Abundancia
aquí te colmará de los magníficos
frutos que rebosa ⁴⁵
su cuerno, siempre generoso y rico.

⁴⁴ Id.

⁴⁵ Ibid.,

La diferencia entre la actitud religiosa personal de Horacio y la que asume frente al Estado, que debe expresar y difundir los intereses de las clases poderosas ante el pueblo, es evidente: los dioses domésticos, a los que Horacio rinde culto, son propicios al hombre, le protegen y amparan, los dioses de Estado aniquilan la libertad del hombre.

5.4. La conciencia de la muerte.

El revuelto y confuso período de guerras civiles, que con intervalos más o menos duraderos se prolongó en Italia y en las provincias romanas a través de más de ochenta años, así como el crecimiento del Imperio, habían permitido el enriquecimiento excesivo y fácil a una capa muy numerosa de la población, provocando un desmedido afán de atesorar bienes. La sociedad, como hemos señalado antes, había colocado en segundo término la satisfacción de las necesidades humanas de carácter espiritual, y, con el sentido de solidaridad y los vínculos sociales, había sucumbido el sentido de su vida.

Sin duda, uno de los aspectos más importantes de las Odas es la invitación a reflexionar acerca del significado de la existencia. Cabe señalar que Horacio se dirige, generalmente, a individuos cuya condición social es elevada. El poeta los caracteriza por su opulencia excesiva. Entre estos hombres

acaudalados se encuentran sus amigos, hacia los que Horacio manifiesta una actitud especial: encontramos la persuasión, la súplica, el deseo de convencer y la necesidad de valorar justamente la vida; el tono íntimo, la familiaridad con que se dirige a ellos, se diferencia del tono conminatorio que utiliza para dirigirse a los demás:

Aunque de los tesoros misteriosos
de la Arabia y la India dueño fueres
y cien palacios tuyos
mar Tirreno y de Apulia comprimesen,
si la fatal necesidad hincaba
en tu regia mansión sus clavos crueles,
no evitaría tu ánimo la angustia 46
ni tu cabeza el lazo de la muerte.

La reflexión del poeta incluye varios aspectos de los cuales señalaremos los más reiterativos. En primer lugar la advertencia de que la juventud y la belleza son efímeras, por tanto, el escritor apremia repetidamente a sus amigos a que aprovechen todos los instantes de la vida:

Huye de investigar lo que el mañana
haya de ser. El día que la suerte
te de a gozar, acepta como obsequio,
y los dulces amores no desprecies,
tan joven, ni las danzas, 47
mientras lejana la vejez se advierte.

En estrecha correspondencia con la preocupación por la brevedad de la juventud y la belleza está el descubrimiento

⁴⁶ Ibid. p. 114.

⁴⁷ Ibid., p. 31.

de que el presente es la dimensión fundamental del hombre. Es inútil angustiarse con esperanzas y temores del futuro, pues éste no está en manos del ser humano. El presente es el tiempo en que el individuo puede dominar su existencia y calcular sus planes. Sólo en este tiempo sus propósitos son realizables y los dioses no pueden cambiar nada de lo vivido:

Sólo es feliz aquel que cada día
puede en calma decir: "Hoy he vivido.
Que nuble el cielo Júpiter mañana
o le esclarezca con el sol más vivo,

Nunca podrá su mente poderosa
hacer que, lo que fue, ya no haya sido
ni logrará que no esté ya acabado ⁴⁸
lo que colmó el momento fugitivo.

La anticipación del futuro es la negación de la vida para Horacio, el presente es el mundo de los actos significativos y familiares, la vida diaria tiene su propio valor, su filosofía y su experiencia:

El ánimo inclinado hacia el presente,
evite calcular lo venidero
y temple en la sonrisa sus pesares: ⁴⁹
¿Quién hay que sea de la dicha dueño?

⁴⁸ Ibid., p. 122.

⁴⁹ Ibid., p. 78.

La ausencia del presente se da en la vida de los poderosos; el propósito de Horacio es traerlos a este mundo de cosas cotidianas, es, en cierto sentido, un intento de romper - la enajenación en que viven, entendiendo ésta como la constante preocupación del hombre por adquirir más riquezas. Las propiedades y los bienes, insiste el poeta, deben ser disfrutadas por sus dueños, bajo la advertencia de que si únicamente se acumulan, otros los gozarán sin haber efectuado ningún esfuerzo:

Todo lo has de dejar: campos y casa
y amorosa mujer; y de esos árboles
cultivados por tí, sólo el odioso
ciprés ha de seguirte en aquel trance.

Un heredero tuyo, con más juicio,
apurará ese Cécubo fragante
que con cuidado tan celoso guardas;
y el pavimento de pulidos mármoles
se teñirá de un vino que honraría
mesas pontificales.⁵⁰

Papel fundamental en toda esta exaltación de la vida, lo tiene la naturaleza, escenario ideal donde el hombre debe vivir en plenitud, es decir, gózando de los dones que el medio natural ofrece:

⁵⁰ Ibid., II, XXV, p. 76.

Bajo el pino y el plátano
descansemos, ceñidas
nuestras cabezas canas
con las rosas más vivas;
y, unguados con el nardo
de la fértil Asiria,

bebamos generoso,
Baco zozobras quita.
A ver, ¿qué pajecillo
con más presteza enfría
el ardiente Falerno
en las heladas linfas?⁵¹

La vida, en suma, está hecha de pequeños detalles, de -
placeres sencillos y de actos cotidianos y familiares que son
los que verdaderamente dan un significado a la existencia:

No la riqueza ni el poder del cónsul
acalla los tumultos del cerebro,
ni ahuyenta las zozobras
que hacen su nido en los dorados techos.

Con poco vive bien el que en su mesa
la sencillez conserva del abuelo,
y ningún sobresalto
ni sordida ambición turban su sueño. ⁵²

La muerte irrumpe en la existencia del individuo como
una catástrofe. Mientras la vida es amistad, intimidad, amor,
ternura y goce de la naturaleza, la muerte es la destrucción
de este mundo luminoso y regular. La muerte es la insensibili-
dad absoluta, una noche sin fin en la que no se puede aspirar
a ningún placer, a ninguna sensación vital; 'no es de esperar

⁵¹ Ibid. p. 72.

⁵² Ibid., p. 78.

en ese lúgubre recinto puedas mirar las gracias que el tierno Lícidas te ofrece hoy"⁵³, previene Horacio a su amigo Sextio. El dominio de la muerte sobre el hombre lo convierte en un ser aprisionado, impotente, sometido a la fatalidad, a un encierro semejante a una cárcel. Nada logrará liberarlo de ese destino:

iAy, Póstumo, mi Póstumo: los años
deslizanse veloces...! Apremiante
nos llega la vejez, con sus arrugas
y su anuncio de muerte inevitable
sin que la virtud ni las plegarias
a detenerla basten.

Vano será que inmoles cada día
trescientos toros a Plutón. El hace
que al gigantesco Gerión y a Ticio
aprisionen las ondas infernales.⁵⁴

Otro elemento importante en estos poemas es el repetitivo recordatorio de que todos los hombres son iguales, pero iguales en su condición mortal y es, esta amenaza fatal, lo que el poeta utiliza para incitar al goce pleno de la existencia:

Que de Inaco descieras o que pobre
tan sólo tengas el cielo por abrigo,
nada le importa al Orco, que a sus víctimas
no acoge desigual ni compasivo.

Lo mismo para todos... Nuestros nombres
se agitan en la urna del destino;
y, tarde o pronto, nuestra suerte sale,
nos embarca y nos hunde en el abismo.⁵⁵

⁵³ Ibid., p.26.

⁵⁴ Ibid., III, 222, p.75.

⁵⁵ Ibid., p.63.

La naturaleza es también, el espectáculo aleccionador que el hombre debe aprovechar para descubrir las leyes que rigen su existencia. Es aquélla un ciclo eterno de renovación y cambio que determina la vida humana:

No hay nieve ya. Los campos
 lucen su nuevo césped
 y desatan los árboles, despiertos de su sueño,
 sus cabelleras verdes.
 Todo cambió. Tranquila
 ve pasar la ribera los ríos decrecientes
 Una gracia, desnuda,
 a dirigir se atreve
 el baile de las Ninfas y de sus dos hermanas.
 El año, el día y este
 minuto que ahora pasa
 están diciendo al hombre: "Nada perpetuo esperes".⁵⁶

Y si el hombre nada perpetuo debe esperar, en ese nada debe incluirse él mismo como ser natural y parte integrante de la naturaleza. "Morirás" es la sentencia sin alternativa aparente que plantea a Delio y con él a "todos los que se nutren de la tierra madre";⁵⁷ casi con crueldad muestra la necesidad ineludible de morir, despoja al hombre de su poder y de su falsa seguridad, producto de sus riquezas o de su confianza en los dioses. Para la muerte no hay barrera posible:

Si morimos, Torcuato,
 y Minos, justo y breve,
 dicta para nosotros su inapelable juicio,
 no por ser elocuentes
 ni de noble linaje,
 ni buenos, ni piadosos, la vida nos concede.⁵⁸

⁵⁶ Ibid., p.135.

⁵⁷ Ibid., p.75.

⁵⁸ Ibid., p.136.

Ante esas ideas pudiéramos pensar en un fatalismo irremediable, en una concepción completamente pesimista de la existencia en que el temor a morir domina sobre cualquier otro sentimiento; sin embargo hemos observado que los poemas en los que aparece el tema de la muerte contienen un llamado a reflexionar sobre el valor de la vida, a recordar la condición mortal del ser humano, a reparar en la fragilidad de la existencia y, por último, a asumir la mejor actitud ante esos hechos.

5.5. La amistad como alternativa.

Antaño, se nos dice, Roma necesitó buenos políticos y hombres de Estado, los tiempos de Augusto requerían, sobre todo, buenos jefes militares y buenos administradores.⁵⁹

Los senadores tenían que adaptarse a las nuevas circunstancias, al hecho de que al ocupar altos cargos militares y administrativos ya no eran virtualmente independientes, sino meros delegados en desempeño de una función y en situación de ser revocados de ella a su arbitrio (de Augusto). Ahora bien, como el Senado cambió rápidamente de carácter y la vieja aristocracia de la sangre romana cedió su puesto a hombres de un mundo nuevo, la aristocracia de los municipios italianos y provinciales, la situación cambió. Sus miembros fueron desde el primer momento el tipo de hombres que ocuparon, e hicieron carrera en ellas por sus méritos, las nuevas funciones civiles y militares.⁶⁰

⁵⁹ — Baisdon, op. cit., p. 85.

⁶⁰ id.

Precisamente uno de los signos de los tiempos nuevos, fue la falta de libertad. Esta ausencia de libertad, a la que ya nos hemos referido antes, obligó a muchos hombres a refugiarse en los círculos literarios y a otros a abstenerse de participar en la vida pública.

El hombre de las clases altas, impedido de ejercitarse en la política, se refugia en un mundo personal, íntimo, que de algún modo compense la soledad a que se ve reducido, busca entonces la solución a sus inquietudes espirituales en los estudios filosóficos o en el ejercicio de la amistad.

Horacio es, sin duda, uno de estos hombres de ese mundo nuevo: provinciano, totalmente desinteresado de la política y muy preocupado por su vida personal,

Ojalá Tíbur (que un día
colonos griegos fundaran)
sea el último retiro
de mi vejez, y su calma
goce un cuerpo al que fatigan
mar, caminos y batallas.⁶¹

Por otra parte, el ejercicio de la amistad tuvo lugar fundamental en la vida de Horacio y es probable que su condi

⁶¹ Horacio, op., cit., II, 72, p. 65.

ción social inferior, jugara un papel decisivo en la actitud que asume de director espiritual de sus amigos. Parece un deseo de afirmación personal frente a los poderosos, que tienen el dinero pero no la sabiduría suficiente para conducir su vida. La dirección que Horacio pretende dar a sus amigos tiende a la búsqueda de un equilibrio espiritual que, a juzgar por las reflexiones del poeta, les falta.

La amistad se convierte así, por una parte, en un sustituto de la política y por otra, en un impulso al perfeccionamiento personal. Las odas escritas para orientar a sus amigos también contienen una marcada preocupación ética. Esta actitud armoniza con los círculos intelectuales de la época y los grupos selectos dentro de la clase dominante que Horacio frecuentaba.

Cuando Horacio conoce a Mecenas, cuenta ya con la cálida amistad de Virgilio y a partir de estas relaciones, acrecentará su caudal amistoso. Si bien estos dos personajes son los que a lo largo de su vida, tendrán mayor trascendencia afectiva, hallará lugar para cultivar a otros no menos valiosos y queridos.

Por las Odas vemos desfilar una serie de personajes, conocidos por nosotros unos, famosos sólo a través de Horacio - otros.

La amistad que el poeta llevó con estos hombres destacados no fue en modo alguno superficial, sino un vínculo profundo y afectuoso. Horacio manifiesta una sincera preocupación por ellos y considera que su poesía puede ser un medio para dirigir a puerto seguro a estos hombres especialmente frágiles y sensibles a las circunstancias. Algunas odas están hechas a partir de la necesidad espiritual que ha observado en cada uno de ellos, debido a un conocimiento íntimo de su carácter y debilidades.

Por otra parte, el afecto con que se dirige a Virgilio, a quien llama "mitad de mi alma", la cariñosa preocupación por Mecenas o el entusiasmo cordial hacia Pompeyo, nos permiten pensar que en estas odas se encuentran aspectos más auténticos de la concepción del mundo de Horacio: su filosofía personal de la vida, que como hemos visto, se inclina preferentemente por el epicureísmo, sus aspiraciones personales y, sobre todo, se perfila claramente su ideal de hombre.

Estudioso de la filosofía, Horacio cree como Epicuro,⁶² que lo mejor para el hombre que aspira a la felicidad, es vivir apartado de los asuntos relacionados con la política.

⁶² Cfr. Festugière, op. cit., pp. 31-39.

El ejercicio del poder trae consigo solamente fatigas.
Estas observaciones están dirigidas a Mecenas, en quien ha notado un celo excesivo por la riqueza y por su vida pública:

Olvida hoy tu opulencia y ese alcázar
de las nubes vecino,
desde el que observas la ciudad, dichosa
con su regio esplendor, su humo y su ruido.⁶³

En Crispo Salustio, el poeta trata de apaciguar el anhelo de fama y fortuna. Dominando la avaricia, le dice, se obtiene más poder que si se poseyera heredades de un extremo a otro de la tierra, pues la codicia es insaciable, nada puede colmarla y es comparable a la sed del hidrópico. Horacio niega el concepto del vulgo de que el hombre feliz es el poderoso. La felicidad radica en el virtuoso y éste es el que puede dominar su ambición:

Vuelto al trono de Ciro, ya Fraates
es un hombre feliz, según la plebe;
pero lo niega la virtud, que al vulgo
libre de errores quiere.

Ella otorga poder y diadema
y corona brillante de laureles
sólo al que, puesto ante el montón de oro,
lo mira displicente.⁶⁴

Valgio llora la muerte de un amigo, pero su dolor excede de toda medida; muchos otros, recuerda el escritor, perdie-

⁶³

Horacio, *op. cit.*, III, XXX, p. 121.

⁶⁴

Ibid., II, II, p. 61.

ron a sus amigos o seres queridos en plena juventud, pero el sufrimiento tiene un término y es necesario ponerle fin en algún momento. La observación de la naturaleza sirve nuevamente a Horacio para dar una lección de ecuanimidad:

No siempre torrencial desde las nubes
la lluvia cae sobre rastrojos ásperos,
ni, sin cesar, las locas tempestades
irritan al mar Caspio,
ni en la región Armenia

dura el inerte hielo todo el año.
Ni eternamente el Aquilón combate
las encinas de Gárgano,
ni los desnudos olmos lloran siempre,⁶⁵
las hojas de que fueron despojados.

Esta lección la repite a Virgilio que se angustia por la muerte de Quintilio, ¿cabe la moderación y el recato en el dolor por la muerte de un hombre tan querido? Horacio responde con sabiduría:

Aunque emulases con tu lira a Orfeo
y te escucharan con placer los árboles,
¿sangre darías a la sombra vana
que con su caduceo temeroso
hacia el negro redil gufa Mercurio,
no propicio a cambiar hados adversos?

Dura ley... Mas alivia la paciencia
dolores que evitar nos es vedado.⁶⁶

La existencia se manifiesta llena de inquietudes, las circunstancias son cambiantes, lo único que puede preservar

⁶⁵ Ibid., II, IX, p. 69.

⁶⁶ Ibid., I, XXXIII, p. 45.

al individuo de la inseguridad que lo rodea, es la conducta que debe observar. Para vivir rectamente Horacio aconseja a Licinio una actitud de equilibrio: en la desgracia animoso y sereno, en la felicidad recogido y prudente. El modo de obtener la felicidad consiste en limitar los deseos a lo necesario viviendo en la mediocritas, es decir, no en la pobreza excesiva ni en la ostentación:

Quien vive su dorada
mediocridad contento,
no teme la miseria
de envejecidos techos.
Ni tampoco que el lujo
de su mansión le atraiga el odio ajeno. ⁶⁷

Esta ansia de serenidad es la característica dominante de la postura filosófica de Horacio y a lo largo de su obra la encontramos repetidamente:

Puesto que has de morir, conserva, Delio,
en la hora adversa el ánimo tranquilo,
y en las prósperas cuida
de moderar también tu regocijo.

Sé igual si la desgracia te persigue
que si del prado en el confín tendido,
en tus felices ocios saboreas ⁶⁸
claro Falerno en tu bodega antiguo.

Esta es la conducta que verdaderamente conduce al hombre en la consecución de una vida digna de vivirse. La amistad se convierte así en un impulso hacia el equilibrio espiritual,

⁶⁷ Ibid., II, X, p.70.

⁶⁸ Ibid., p. 62.

fórmula horaciana de felicidad.

Por otra parte, cabe puntualizar la actitud personal del poeta ante las debilidades que ha observado en los otros. Frente a la codicia que los demás manifiestan, Horacio desea mostrarse sensato y moderado:

Cuando más uno mismo
se niega, más los dioses le regalan.
Pobre cual soy, a los que nada piden
quiero seguir, de entre los ricos tráfuga.

y de mí corto haber tan satisfecho
como si en mis graneros encerrara
cuanto cosecha el labrador de Apulia
bien desvalido entre riqueza tanta.⁶⁹

Los fundamentos de la filosofía particular de Horacio están contenidos en el poema Odi profanum vulgus, cuyo análisis efectuado por Kayser nos parece sumamente esclarecedor:

...el poema... se va desarrollando en la observación de la vida, de la intranquila vida de los poderosos de la tierra; cómo luego, las noches desveladas del "impío" hacen surgir el contraste del modesto labriego, que puede dormir tranquilo; cómo la desaparición de éste, expuesta siempre en plenitud objetiva, suscita nuevamente la visión de la zona opuesta, donde el "timor" y las "minae" definen la vida..., hasta que a la vista de todos estos testimonios de una existencia llena de inquietudes, se fortalecen la resolución de ser parco y modesto, y la vida en el valle de la Sabina adquiere ahora su pleno sentido.⁷⁰

⁶⁹ Ibid.

pp. 106-107.

⁷⁰ Kayser, W., Interpretación y análisis de la obra literaria. 4a. ed. Madrid, Gredos, 1976, pp. 449-450 (Biblioteca Románica Hispánica)

Por último, Horacio, en estos poemas dirigidos a sus amigos, aporta elementos para establecer cuál es su concepto ideal del hombre: íntegro, de conciencia pura,⁷¹ sobrio y sencillo, sin ambiciones excesivas, alejado de la ciudad, unido a la naturaleza y equilibrado espiritualmente.

Un hombre de estas características es Lolio, a quien el poeta dedica un poema en que se reúnen las cualidades que son dignas de admiración en un hombre:

Tu ánimo es firme y tu conciencia clara.
Lo mismo recto en días de ventura
que en las horas amargas,

condenas la avidez, y no te inclinas
ante el oro, que todo lo avasalla.
Cónsul, no un año sólo,
sino siempre que, justo juez, proclamas

lo honesto y no lo útil; insensible
a corruptoras dádivas,
y vencedor del inmoral asedio
con tu altivez y tu virtud por armas.⁷²

5.6 El hombre dentro de la naturaleza.

En las Odas de Horacio las relaciones del hombre con la naturaleza se manifiestan muy significativas.

La percepción de la naturaleza por el poeta está deter-

⁷¹ Cfr. Horacio, *op. cit.*, I, XXII, p. 43.

⁷² *Ibid.*, IV, IX, pp. 138-139.

minada por su condición social y su identificación ideológica, por lo que su pensamiento al respecto es el de la antigua aristocracia terrateniente.

El progreso social está representado en los poemas de Horacio por los hombres que, arriesgando todo, han traspasado los límites impuestos por la naturaleza; los mercaderes por ejemplo:

¿De qué nos sirven, sin costumbres, leyes,
 ¿de qué, si ni del mundo
 la ardua región que bajo el sol se enciende,
 ni la extrema en que el Bóreas
 hace duro cristal hielos y nieves,
 asusta al mercader?...⁷³

Así como a los ricos se les responsabiliza de la decadencia moral, en relación a su papel en cuanto a la naturaleza se refiere, observamos que son precisamente éstos: empresarios, mercaderes, hombres de negocios, los transgresores de esos límites. Los poderosos son los que insatisfechos de su dominio sobre la tierra extienden su imperio hasta el mar:

Sienten los peces estrecharse mares
 por mansiones alzadas a su orilla,
 donde el señor, hastiado de la tierra,
 materiales y obreros multiplica.⁷⁴

⁷³
Ibid., ., p. 115.

⁷⁴
Ibid., -, -, -, p. 85.

De ese modo encontramos que en las Odas de Horacio se asocia la paulatina degradación moral a la transformación del medio. Horacio expone la desmesura de los ricos, su insolente ostentación expresada en sus grandes mansiones construidas a orillas del mar, con sus techos ricamente decorados, sus mármoles traídos desde los últimos confines de la tierra. Frente a estos excesos el poeta exalta la moderación y sencillez de los campesinos y considera que ellos, estrechamente unidos a la tierra, conservan su inocencia y su pureza; por tanto, al progresar, el hombre se degrada y pierde sus virtudes, es decir, aquellas que la concepción ideológica de Horacio considera el fundamento de los privilegios de la clase social en nombre de la cual habla. De ahí el enaltecimiento de la agricultura.

En relación también al punto del progreso la oda A la nave de Virgilio es fundamental. Horacio se angustia por la partida de Virgilio que se embarca para Atenas. Toda clase de temores le asaltan por la suerte del amigo y el poema se convierte en una terrible invectiva contra la civilización, que se inicia con la pregunta: ¿qué muerte pudo temer un hombre que se arrojó a los peligros del mar sobre unas frágiles tablas? La voluntad de conocer del hombre, su deseo de dominio sobre los elementos naturales, para el poeta no son más que un rompimiento del orden y la ley, un afán de violar las barreras establecidas por poderes ajenos al ser humano y fuera de su capacidad para controlarlos:

En vano, previsor, entre los mundos
 puso un dios el abismo de las aguas,
 si no detiene a las impías naves
 la barrera sagrada.

El hombre, audaz para emprenderlo todo,
 conculca el orden y la ley quebranta.⁷⁵

Prometeo, el héroe helénico que según la leyenda, otorgó a los mortales todas las artes, es vituperado por Horacio, pues lo presenta como un malhechor que ha precipitado, con su atrevimiento, todos los males sobre la tierra:

Con sus dolosas artes, Prometeo
 fuego del cielo baja:
 más advertido en el Olimpo el robo,
 sobre la tierra las deidades mandan
 males sin fin, y se acelera el paso
 de la muerte, antes tarda. ⁷⁶

Todos los intentos del individuo de acrecentar su poderío sobre el universo son rechazados por el poeta. De esta manera el anhelo de conocimiento y ascenso del ser humano se ve reducido a un impío reto a las divinidades, crimen que hace pender siempre sobre la humanidad la inquietud y el miedo:

Volar por el vacío intenta Dédalo
 en un afán quimérico de alas;
 y Hércules, coronando sus empresas,
 el Aqueronte asalta.

⁷⁵ Ibid., I, III, p. 24.

⁷⁶ Id.

Nada al mortal detiene. El propio cielo
 quiere escalar; y su demencia es tanta,
 que al noble Jove deponer no deja ⁷⁷
 su ira, por nuestras culpas irritada.

Así pues, el conocimiento sólo puede traer angustia y zozobra para el individuo. Esta idea ha sido también expresada en otros poemas. ¿De qué te sirvió -interroga el poeta a Arquitas- haber medido la tierra y el mar si habías de morir? ⁷⁸ Aquí encontramos otro elemento fundamental del pensamiento de Horacio: la conciencia de la muerte, motivada en buena medida por la experiencia de las guerras y que ocasiona, en parte, esa angustia existencial que se halla en varios poemas de Horacio.

La idea de la muerte es muy profunda en la conciencia del hombre y precisamente el poeta encuentra esa mortalidad anunciada en todo lo que le rodea. La naturaleza es el universo que le permite al hombre horaciano percibirse a sí mismo y conocerse en sus límites, más que en sus posibilidades. Frente a la naturaleza, como hemos visto antes, es más clara la caducidad de la vida humana; en tanto que las estaciones se suceden y en un ciclo infinito la naturaleza se regenera, el ser humano posee una sola vida; su brevedad, la fatalidad de su fin y lo inesperado de éste, es obsesión del poeta.

⁷⁷ Id.

⁷⁸ Cfr. Horacio, op. cit. ^{VI, XXXVIII}, p. 48.

Así, se manifiesta la desconfianza del individuo en sus aptitudes, el hombre se ve a sí mismo impotente, limitado, y a merced de las fuerzas naturales, resulta un ser pasivo al cual el conocimiento le está vedado, pues sólo puede ocasionar le sufrimiento. Le parece mejor al poeta soportar todos los males antes que conocer:

No investigues, Leucónoe (vedado está saberlo),
 qué destino los dioses a ti y a mí nos dieron,
 o de Babilonia consultes los misterios.

Vale más, como fuere, aceptar el decreto,
 ya nos conceda Jove contar muchos inviernos
 o ya sea éste el último en que abatirse vemos
 contra escollos tenaces las olas del Tirreno.
 Sé prudente... 79

El poeta muestra en gran parte de las Odas el antagonismo con la naturaleza, pero en otros poemas en cambio, se manifiesta la superioridad del hombre sobre ella. El hecho de que Horacio elogie constantemente la vida en contacto con la naturaleza señala también el grado de evolución de la sociedad, pues sólo en el medio transformado y adecuado a sus necesidades puede el hombre vivir plenamente. Si, por otra parte, sus ideas respecto a este punto son propias de la clase alta que puede y tiene los medios para gozar del trabajo del hombre, en ellas se denota, no obstante, la visión negativa expuesta arriba, la capacidad transformadora del ser humano.

⁷⁹ Ibid., I, 22 p. 32.

En suma, las relaciones del hombre con la naturaleza que podemos observar en los poemas de Horacio, se muestran complejas pero no dejan de revelar, también, la negatividad de las relaciones sociales esclavistas, manifestada esa negatividad en la profunda conciencia de la muerte, la relación antagónica con el medio natural, el desprecio de unos hombres a otros y la gran desconfianza del ser humano en su capacidad creadora.

5.7 Horacio y la sociedad.

En la gradual deshumanización existente en la sociedad romana del siglo I a.n.e., es preciso señalar que al mismo tiempo que el dominio del hombre sobre la naturaleza fue cada vez mayor, la explotación del hombre por el hombre alcanzó niveles desorbitados, afectando de modo negativo las relaciones sociales y transformando las fuerzas creadoras de la sociedad en fuerzas destructivas dirigidas contra el hombre. La causa de este hecho se debe a que:

La sociedad basada en la propiedad privada divide a la gente y cada uno ve en el otro un instrumento y procura utilizarlo como medio para lograr su objetivo egoísta. Y semejante individualización es también expresión de actitud hostil de la sociedad hacia el individuo. Ese estado se refleja inevitablemente de forma negativa en el desarrollo de la personalidad. En cuanto al esclavo, al siervo u obrero asalariado, la cuestión es clara: el peso fundamental del progreso

recae sobre las espaldas de los explotados, que son sacrificados sin piedad.⁸⁰

Del párrafo anterior es necesario destacar el papel que se le asigna al esclavo. La contradicción fundamental es que el progreso se genere gracias al trabajo del esclavo y que éste, a pesar de ello, no tenga derecho a una vida humana y a una personalidad, en tanto que sus explotadores acrecientan su caudal y mejoran sus condiciones de existencia. Según Marx,⁸¹ el trabajo, al transformar la naturaleza, la humaniza, al mismo tiempo que el hombre se transforma a sí mismo en un ser natural humano; éste se realiza así históricamente y crea en la naturaleza las condiciones adecuadas al hombre. Pero en la sociedad esclavista el trabajo, llevado al extremo de la explotación, se desprende de su función humanizadora para ser un instrumento de degradación que convierte al hombre en un objeto.

En estas circunstancias hostiles al individuo, a su pleno desenvolvimiento, encontramos la explicación de esa inquietud y temor que son, de acuerdo con lo que revelan las odas de Horacio examinadas hasta el momento, el sello del hombre del siglo I a.n.e.. Podemos citar como prueba de este hecho, las odas al vino. En éstas, el poeta expresa el desequilibrio y la debilidad espiritual del individuo para enfrentar la vida:

⁸⁰ Keshelava, V., op. cit., p.204.

⁸¹ Marx, op. cit., pp.111-127.

Tú devuelves la esperanza
 a espíritus angustiados,
 y das valor al humilde,
 a quién, después de unos tragos,
 no asustan ya las coronas
 brillantes de los tiranos,
 ni su poder, ni las armas
 de sus feroces soldados.⁸²

No podemos dudar que la hostilidad y la degradación social a la que hemos aludido arriba, contribuyen a la infelicidad del hombre en la sociedad esclavista.

Hasta qué punto la explotación del esclavo era despiada, lo podemos observar en las descripciones del historiador - Diódoro Sículo del trabajo de los esclavos en las minas de oro en Egipto, en el siglo I a.n.e.:

Todo el mundo se sobrecoge de horror cuando observa a estos desgraciados condenados a trabajos sin tener un trozo de tela para cubrir sus desnudeces ni contar con ninguna piedad en su situación. Pueden estar enfermos, ser inválidos, viejos o débiles mujeres: no hay para ellos respiro ni indulgencia. Todos por igual son obligados a trabajar mediante el látigo, hasta que, abrumados por las penurias, mueren en su tormento.

Su miseria es tan grande que ellos temen lo futuro más que lo presente; los castigos son tan severos que la muerte se espera como algo más deseable que la vida.⁸³

⁸² Horacio, op., cit., III, XXI, p. 112.

⁸³ Diódoro Sículo, citado por Thomson, G. en Los primeros filósofos. Buenos Aires, Siglo Veinte, 1975, p.282.

Tal es la miseria humana en la que el esclavo se deba-
tía. A dos siglos de distancia del testimonio anterior, en
una época que podemos ya considerar de desintegración del sis-
tema esclavista, leemos el asombro de Apuleyo:

¡Gran dios! ¡que hombres tan raquíticos! Cubierta toda
su piel de cardenales producidos por el látigo; la espalda
llena de heridas, que sombreaban más que cubrían unos hara-
pos remendados; algunos se cubrían el pubis con un exiguo
mandil; todos sin embargo estaban vestidos de modo que se
les veía el cuerpo entre los andrajos. Llevaban la frente
marcada con letras, semirrapado el pelo y argollas en los
pies; estaban horrorosos con su tez lívida, el humo de los
hornos y el vapor del fuego les había ido enrojeciendo y con-
sumiendo los párpados y veían con gran dificultad y a la ma-
nera de los púgiles que combaten espolvoreados con arena,
tierra o polvo, iban ellos recubiertos sórdidamente con una
ceniza harinosa.⁸⁴

Estas humillantes condiciones y la profunda pobreza espi-
ritual y material a que se ven reducidos los esclavos por sus
explotadores, cobra a su vez en éstos su precio, porque el sa-
crificio y tortura a que someten a sus víctimas se vuelve con-
tra su propia existencia y degenera también su carácter huma-
no.

El esclavista, como hemos visto, no sólo ve en el escla-
vo el objeto de explotación, también considera a los integran-
tes de su propia clase desde el punto de vista utilitario. De

⁸⁴ Apuleyo, El asno de oro. [Tr. Vicente López Soto] Barcelo-
na. Bruguera, 1970, p.250. (Libro Clásico)

esta manera la enajenación falsea todas las esferas de la vida social. Aunque la deshumanización de la sociedad presiona ante todo a las clases trabajadoras, también imprime su sello en las clases privilegiadas.

Es claro que la enajenación no se manifiesta por igual sobre todos los miembros de la sociedad, ya que en cada clase adopta una manera de expresarse. Mientras la vida del esclavo es en esencia de carácter animal, el hombre de las clases altas concentra todas sus fuerzas espirituales en la acumulación de riqueza; para ello ha separado los medios de producción, de las manos de los trabajadores, Este aislamiento es entonces una causa de enajenación.

En las odas de Horacio se reflejan estas circunstancias y se expresa la transformación de la sociedad y de sus valores. Los poemas exponen además, que el proceso de enriquecimiento de una parte de los romanos, ya descrito en el inciso 5.2, llevó a la cosificación de las relaciones sociales, manifestada aquélla en el odio entre los ciudadanos, el libertinaje y el repudio a las antiguas virtudes. Es decir que la degradación social afectó a la esfera espiritual del hombre, a su personalidad, a su mundo interno. Es trascendente en ese sentido la siguiente estrofa de Horacio:

Así los mal ganados
caudales sin cesar crecen y crecen.

Más no sé que les falta,
y él busca siempre más; busca más siempre...⁸⁵

En esa inquietud del rico que a pesar de su riqueza no ve su dicha completa, se manifiesta un aspecto de la deshumanización de la sociedad esclavista, que de hecho, podría contenerse en las palabras "crecen los caudales, más no sé que les falta siempre". La respuesta a tan fundamental planteamiento que Horacio hace, es que la riqueza crece, mientras que el hombre se devalúa siempre más y lo que gana en opulencia lo pierde en humanidad.

El poeta, ante esa realidad social, da una respuesta de carácter ético y asume la actitud moralizante que hemos citado anteriormente.⁸⁶ El escritor intenta transformar la realidad apelando a la conciencia moral del hombre y a su caducidad como ser físico. Por otra parte, en las odas se evidencia que en el régimen de Augusto, la participación en la vida política carece de sentido para el individuo y constituye un obstáculo para su felicidad.

La alternativa que ofrece Horacio es apartarse de las preocupaciones de tipo social y refugiarse en una moral privada y subjetiva, expresando de esta manera la fragmenta-

⁸⁵Horacio, op., cit. III, XXIV, p.116.

⁸⁶Ibid. XXXIV, p.114.

ción del hombre real y al mismo tiempo la existencia absurda a que se ve reducido, puesto que para realizar su carácter humano es condición indispensable para el hombre vivir en sociedad.

La opinión de Horacio -basada en el estoicismo- cuya tendencia social es uno de sus aspectos humanísticos fundamentales, de que el vicio y la codicia se originan en la propiedad,⁸⁷ determinan su proposición para recuperar la integridad moral que el hombre ha perdido. El poeta considera que es necesario el retroceso hasta la etapa primitiva en que los bienes eran comunes. Esta proposición refleja también el carácter reaccionario de la época de Augusto.

La sensibilidad artística de Horacio le permitió percibir la crisis existencial en que se debatía el hombre en un sistema social que ahogaba sus mejores cualidades e impedía su desarrollo íntegro. Sin embargo, este desarrollo es forzosamente producto de una enajenación:

Todos los sentidos físicos y espirituales han sido sustituidos por la simple enajenación de todos estos sentidos por el sentido de la tenencia. La esencia humana tuvo necesariamente que verse reducida a esta pobreza absoluta, para poder alumbrar de su entraña su riqueza interior.⁸⁸

⁸⁷
Cfr. Nestle, op. cit., p. 263.

⁸⁸
Marx, op. cit., p. 119.

Cabe hacer notar que Horacio expresa la nostalgia de la sociedad por la etapa en que el ser humano compartía sus trabajos y sus bienes y manifiesta así la necesidad general de recuperar los vínculos sociales perdidos en su camino al progreso.

Parte de esa riqueza interior a la que se alude antes es creada por Horacio. Su actividad artística transforma la realidad que vive, humanizándola. El hombre de su época se expresa a través y por sus poemas. Si bien las ideas de Horacio para modificar a su sociedad resultan inadmisibles, puesto que implican un retroceso, el poeta manifestó la angustia, la desintegración y la soledad del hombre perteneciente a la sociedad esclavista. Confirmamos por medio de los poemas analizados, que la riqueza que se genera a costa del sometimiento del hombre por el hombre, no puede producir al individuo plenamente desarrollado.

Conclusiones.

Al finalizar este trabajo se ha afirmado nuestro conven
cimiento de que la explicación de las ideas de una época de-
 ben buscarse tomando en consideración la base económica,
 pues ésta es la que determina "el desarrollo de las institu-
 ciones polífticas, las concepciones jurídfcas, las ideas ar-
 tfsticas e incluso las ideas religiosas de los hombres."¹
 Con fundamento en lo anterior hemos comprobado que la litera-
 tura, como todas las actividades humanas, no se produce al
 margen de la sociedad sino en el marco de ella y estableci-
 mos las condiciones históricas del trabajo artfstico en el
 siglo de Augusto y la vinculación de Horacio a la clase domi-
 nante.

Observamos que la misión de los intelectuales en la cor-
 te fue la de apoyar las tareas sociales y polífticas de Augus-
 to frente a la comunidad, a cambio de esto, los escritores
 recibieron protección y ayuda económica, comprometiendo con-
 ello su vida y su obra. Queda así claro que las condiciones
 materiales del artista influyen en el rumbo ideológico de su
 creación.

¹Marx, C. y Engels, F., Obras escogidas. Moscú, Progreso,
 1980 v. III, p. 171.

En el caso de Horacio este compromiso con la clase en el poder es indudable, con la advertencia de que en el seno de la clase dominante se daba la oposición entre la antigua aristocracia y las nuevas fuerzas sociales representadas por una clase que podemos considerar mercantil. Horacio, como hemos señalado, se identificó ideológicamente con la aristocracia, debido, sobre todo, al carácter de su educación y a sus relaciones con los poderosos, en particular con Mecenas y desde luego con el emperador. Que estas relaciones fueron de peso en su creación, lo hemos demostrado en este trabajo.

Señalamos también que en el siglo I a.n.e., debido a las luchas revolucionarias y al crecimiento y expansión del imperio romano, se produjo un proceso en el que el individuo adquirió conciencia de sí, sus vínculos sociales se debilitaron y se aisló de la comunidad. En las obras de Horacio observamos muy claramente este proceso. Las Sátiras contienen todavía una preocupación de carácter social por los acontecimientos, por el modo de ser de los hombres y alienta en ellas un deseo de transformar la realidad que se vive. Poco a poco esta preocupación desaparece, la crítica se "urbaniza y educa."² En las Odas hay el deseo de apoyar las intenciones políticas del emperador, pero mientras se pretende una defensa de los ideales colectivos encontramos un cierto nacio-

²Cfr. cap. IV, p. 148.

nalismo aristocratizante. En las Epístolas vemos completado el proceso, su tono es el de "la conversación o correspondencia entre amigos de igual cultura" ³ Cabe recordar aquí que Horacio deseó agradar solamente a una minoría muy selecta; él considera que la "turba" no es digna de su arte.⁴ Lo anterior significa que la literatura se redujo a un círculo muy estrecho y que perdió su carácter público para encerrarse en un mundo íntimo y privado.

Advertimos que las Odas, objeto fundamental de nuestro estudio, expresan la transformación del pensamiento y las costumbres de la sociedad, así como también la lucha entre lo viejo y lo nuevo, pues si bien Horacio defendió las ideas de la aristocracia acerca de las instituciones fundamentales de la Roma esclavista, esta defensa se convirtió, al mismo tiempo, en la denuncia de la incapacidad de una clase en decadencia y moralmente débil para detener su propia disolución.

Es posible afirmar que el pensamiento de Horacio es el de un hombre de dos mundos. Apegado a la ley y al orden establecido pero rechazando de manera práctica muchas de las limitaciones que esa ley y orden habían impuesto al desarro

³ Bayet, J., op. cit. p.247.

⁴ Cfr. Horacio, Sátiras. -,%, p.47.

llo del ser humano. Defensor de ideales caducos, pero claro ejemplo de las inquietudes y deseos del hombre nuevo que había surgido con las transformaciones sociales despojado de la antigua rusticidad, promotor de una vida refinada y auténtica en la medida que vuelve los ojos a sí mismo y a su valor como ser humano.

En suma, en Horacio están presentes ya, todos los elementos constitutivos de una sociedad diferente: la moral privada, el interés personal, el deseo de autoafirmación y la exaltación de la propia personalidad.

»

Desde otro aspecto podemos considerar las Odas de Horacio como un testimonio de la decadencia de una época que agotaba sus posibilidades históricas, de la desaparición de los valores que sustentaban ese mundo y del vacío espiritual que dicha desaparición provocó en el hombre del siglo I a.n.e..

Cabe la consideración final de que, si los conceptos expresados por Horacio en sus Odas tienen hoy algún significado, se debe precisamente a que éstos fueron producidos en un contexto social concreto.

Si encontramos en Horacio actitudes vitales semejantes a las nuestras es porque las condiciones sociales en que vivimos son similares a las que vivió el poeta. Nuestra tarea

por tanto, respecto a la creación artística de Horacio y de los clásicos en general, debe consistir en mostrar su búsqueda de la autenticidad de la vida humana, recoger su inconformidad ante la enajenación del hombre y rescatar su rebeldía frente a un sistema social opresivo y, sobre todo, reconocer la clase social a la que sirve con su actividad. Consideremos que sólo de esta manera valoraremos en su justa trascendencia su obra.

B I B L I O G R A F I A

A. Directa.

- 1.- HORACIO, Odas y Epodos. [Tr. Bonifacio Chamorro] Madrid, Espasa Calpe, 1973, 1974 pp. (Austral, núm. 643)
- 2.- ———, XL Odas Selectas. [Estudio versión rítmica y notas de Alfonso Méndez Plancarte] México; UNAM, 1946, 102 pp. (Bibliotheca Scriptorum - Graecorum et Romanorum Mexicana)
- 3.- ———, Lfrica Horaciana. [Tr. Aurelio Espinosa Polit] México, Jus, 1960, 479 pp.
- 4.- ———, Odas y Epodos. Sátiras. Epístolas. Arte poética. [Estudio preliminar Francisco Montes de Oca] 2a. ed. México, Porrúa, 1977, 185 pp. (Sepan cuántos núm. 240)
- 5.- ———, Odas y Epodos. [Versión y estudio preliminar José Luis Ortiz Cañavate] México, Ediciones Ateneo, 1965, 152 pp. (Obras inmortales)
- 6.- ———, Epístolas. [Estudio introductorio, versión latinizante y notas de Tarsicio Herrera Zapién] México, UNAM, 1972, 299 pp. (Bibliotheca

Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

- 7.- ———, Epístolas (libros I y II) y Arte Poética. [Introducción, versión rítmica y notas: Tarsicio Herrera Zapién] México, UNAM, 1972, 141 pp. (Nuestros Clásicos, núm. 47)
- 8.- ———, Sátiras. [Introducción versión y notas de Francisco Montes de Oca] México, UNAM, 1961, 238 pp. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

B. Indirecta.

- 1.- APULEYO, El asno de oro. Barcelona, Bruguera, 1970, 335 pp.
- 2.- BALSDON, D.R.J.P.V.D., Roma. Historia de un Imperio. Madrid, Guadarrama, 1970, pp. 7-95
- 3.- BAYET, J., Literatura latina. 3a. ed., Barcelona, Ariel, 1972.
- 4.- BLANCO AGUINAGA, C., RODRIGUEZ PUERTOLAS J. y ZAVALA M., I. Historia social de la literatura española. Madrid, Castalia, 1978, pp. 9-39
- 5.- BÜCHNER K., Historia de la literatura latina. Barcelona, Labor, 1968, pp. 252-270
- 6.- CATULO, Cármenes. (Prol., versión y notas de Bonifaz Nuño) México, UNAM, 1969, pp. VII-LXXXIII. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

- 7.- CESAR, Guerra civil. [Tr., Intr. y notas de Rafael Salinas] México, UNAM, 1981, pp. IX-LXXXVIII. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)
- 8.- COLUMELA, Los doce libros de agricultura. Barcelona, Iberia, 1959, V. I, I, pp. 22-32
- 9.- DIAKOV, V., Historia de la antigüedad. Roma. México, Grijalbo, 1966, pp. 197-306 (Norte)
- 10.- ELLUL, J., Historia de las instituciones de la antigüedad. 3a. ed., Madrid, Aguilar, 1970 pp. 220-231, 307-327 (Biblioteca Jurídica Aguilar)
- 11.- ENGELS, F., Anti-Düring. México, Grijalbo, 1962. pp. 168-178
- 12.- FARRINGTON, B., Ciencia y política en el mundo antiguo. 4a. ed., Madrid, Ayuso, 1979. 221 pp.
- 13.- FESTUGIERE, A. S., Epicuro y sus dioses. 2a. ed., Buenos Aires, EUDEBA, 1963, 79 pp. (Cuadernos de EUDEBA)
- 14.- GRIMAL, P., El siglo de Augusto. 2a. Ed., Buenos Aires, EUDEBA, 1965, 128 pp. (Lectores de EUDEBA)
- 15.- HERRERA ZAPIEN, T., La métrica latinizante. México, UNAM, 1975, p. 32 (Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos)
- 16.- KAYSER, W., Interpretación y análisis de la obra literaria. 4a. ed. Madrid, Gredos, 1976, pp. 445-451 (Biblioteca Románica Hispánica)

- 17.- KESHESLAVA, V., Humanismo real y humanismo ficticio. [Tr. Pérez Castul] Moscú, Progreso, 1973, 272 pp.
- 18.- KOVALIOV, S. I. Historia de Roma. Buenos Aires, Futuro, 1864, v. I. pp. 311-336, v. II, pp. 39 148, 219-241
- 19.- LEVI, A., Historia de la filosofía romana. Buenos Aires, EUDEBA, 1969, pp. 110-120
- 20.- LUCRECIO, De la naturaleza de las cosas. 2a. ed., [Tr. René Acuña] México, UNAM, 1981, pp. 3-48 (Nuestros Clásicos)
- 21.- MARX, C. Manuscritos Económico-filosóficos de 1884, México, Grijalbo, 1968, pp. 91-127
- 22.- MARX, C. ENGELS, F., "Discurso ante la tumba de Marx", Obras escogidas. Moscú, Progreso, 1980, pp. 171-173
- 23.- NESTLE, W., Historia del espíritu griego. Barcelona, Ariel, 1961, pp. 241-265
- 24.- PIERRON, P. A., Historia de la literatura romana. Barcelona, Iberia, 1966, v. II, pp. 33-57
- 25.- PLINIO EL VIEJO, Historia natural. [Tr. Francisco Hernández] México, UNAM. 1966, t. IV, v. I. p. 335
- 26.- PLUTARCO, Vidas Paralelas. [Versión Antonio Ranz Romani] Barcelona, Vergara, 1966, v. II, pp. 41-75

- 27.- PRAMPOLINI, S., Historia universal de la literatura. Buenos Aires, UTEHA, 1949. v. III, pp. 73-86.
- 28.- RODRIGUEZ, C. R., Problemas del arte en la revolución. La Habana, Letras Cubanas, 1979, 76 pp. (Col. Mínima de Ensayo, núm. 8)
- 29.- ROSTOYTZEFF, M. Historia social y económica del Imperio Romano. Madrid, Espasa Calpe, 1962, v. I, pp. 30-140
30. SANCHEZ VAZQUEZ, A., Las ideas estéticas de Marx. 8a ed., México, Era, 1979, 273 pp.
31. SUETONIO, Vida de los doce Césares. Barcelona, Bruguera, 1979, pp. 95-173 (Libro Clásico)
- 32.- SUJOV, A. D., Las raíces de la religión. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972, 282 pp.
- 33.- THOMSON, G., Los primeros filósofos. Buenos Aires, Siglo Veinte, 1975, pp. 203-278
- 34.- TOUTAIN, J., La economía antigua. México, UTEHA, 1959, pp. 207-230 (Evolución de la humanidad, núm. 22), pp. 207-230
- 35.- VARRON, De las cosas del campo, [Tr. Domingo Tirado B.] México, UNAM, 1945, pp. 87-91 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

APENDICE.

CITAS DE LAS ODAS EN LATIN.

I-1

Hunc, si mobilium turba Quiritium
 Certat tergeminis tollere honoribus;
 Illum, si proprio condidit horreo,
 Quidquid de Libycis verritur areis.

Gaudentem patrios findere sarculo
 Agros Attalicis condicionibus
 Numquam dimoveas, ut trabe Cypria
 Myrtoum pavidus nauta secet mare.

Luctantem Icaris fluctibus Africum
 Mercator metuens, otium et oppidi
 Laudat rura sui; mox reficit rates
 Quassas, indocilis pauperiem pati.

.....

Me doctarum hederæ præmia frontium
 Dis miscent superis, me gelidum nemus

Nympharumque leves cum Satyris chori
 Secernunt populo, si neque tibia
 Euterpe cohibet nec Plyhymnia
 Lesboum refugit tendere barbiton.

Quodsi me lyricis vatibus inseres,
 Sublimi feriam sidera vertice.

I-2

Quem vocet divum populus ruentis
Imperi rebus? Prece qua fatigent
Virgines sanctae minus audientem
Carmina Vestam?

Cui dabit partes scelus expiandi
Iuppiter? Tandem venias, precamur,
Nube candentes humeros amictus,
Augur Apollo;

.....

Heu nimis longo satiate ludo,
Quem iuvat clamor galeaeque leves
Acer et Marsi peditis cruentum
Vultus in hostem;

Sive mutata iuvenem figura
Ales in terris imitaris, almae
Filius Maiaae, patiens vocari
Caesaris ultor:

Serus in caelum redeas, diuque
Laetus intersis populo Quirini,
Neve te nostris vitiis iniquum
Ocios aura

Tollat; hic magnos potius triumphos,
Hic ames dici pater atque princeps,
Neu sinas Medos equitare inultos,
Te duce, Caesar.

I-3

Nequiquam deus abscidit
 Prudens Oceano dissociabili
 Terras, si tamen impiae
 Non tangenda rates transiliunt vada.

Audax omnia perpeti
 Gens humana ruit per vetitum nefas.
 Audax Iapeti genus
 Ignem fraude mala gentibus intulit.

Post ignem aetheria domo
 Subductum macies et nova februm
 Terris incubuit cohors,
 Semotique prius tarda necessitas

Leti corripuit gradum.
 Expertus vacuum Daëdalus aera
 Pinnis non homini datis;
 Perrupit Acheronta Herculeus labor.

Nil mortalibus ardui est;
 Caelum ipsum petimus stultitia, neque
 Per nostrum patimur scelus
 Iracunda Iovem ponere fulmina.

I-9

Quid sit futurum cras, fuge quaerere et
 Quem fors dierum cumque dabit lucro
 Adpone, nec dulces amores
 Sperne puer neque tu choreas,

Donec virenti canities abest
 Morosa. Nunc et campus et areae
 Lenesque sub noctem susurri
 Composita repetantur hora.

I-11

Tu ne quaesieris, scire nefas, quem mihi, quem tibi
 Finem di dederint, Leuconoe, nec Babylonios
 Temptaris numeros. Ut melius, quidquid erit, pati,
 Seu plures hiemes seu tribuit Iuppiter ultimam,

Quae nunc oppositis debilitat pumicibus mare
 Tyrrhenum: sapias, vina liques, et spatio brevi
 Spem longam reseces. Dum loquimur, fugerit invida
 Aetas: carpe diem, quam minimum credula postero.

I-17

Di me tuentur, dis pietas mea
 Et Musa cordi est. Hic tibi copia
 Manabit ad plenum benigno
 Ruris honorum opulenta cornu.

I-24

Quid si Threicio blandius Orpheo
 Auditam moderere arboribus fidem?
 Num vanae redeat sanguis imagini,
 Quam virga semel horrida,

Non lenis precibus fata recludere
 Nigro compulerit Mercurius gregi?
 Durum: sed leuius fit patientia,
 Quidquid corrigere est nefas.

II-2

Redditur Cyri solio Pharahaten
 Dissidens plebi numero beatorum
 Eximit virtus populumque falsis
 Dedocet uti

Vocibus, regnum et diadema tutum
 Deferens uni propriamque laurum,
 Quisquis ingentes oculo inretorto
 Spectat acervos.

II-3

Aequam memento rebus in arduis
 Servare mentem, non secus in bonis
 Ab insolenti temperatam
 Laetitia, moriture Deli,

Seu maestus omni tempore vixeris,
 Seu te in remoto gramine per dies
 Festos reclinatum bearis
 Interiore nota Falerni.

Divesne prisco natus ab Inacho
 Nil interest an pauper et infima
 De gente sub divo moreris,
 Victima nil miserantis Orci.

Omnes eodem cogimur, omnium
 Versatur urna serius ocus
 Sors exitura et nos in aeternum
 Exsilium inpositura cumbae.

225.

II-6

Tibur Argeo positum colono
Sit meae sedes utinam senectae,
Sit modus lasso maris et viarum
Militiaeque.

II-9

Non semper imbres nubibus hispidos
Manant in agros aut mare Caspium
Vexant inaequales procellae
Usque, nec Armeniis in oris,

Amice Valgi, stat glacies iners
Menses per omnes, aut aquilonibus
Querceta Gargani laborant
Et foliis viduantur orni:

Tu semper urges flebilibus modis
Mysten ademptum, nec tibi Vespero
Surgente decedunt Amores
Nec rapidum fugiente solem.

II-10

Auream quisquis mediocritatem
Diligit, tutus caret obsoleti
Sordibus tecti, caret invidenda
Sobrius aula.

II-11

Cur non sub alta vel platano vel hac
Pinu iacentes sic temere et rosa
Canos odorati capillos,
Dum licet, Assyriaque nardo

Potamus uncti? Dissipat Euhus
Curas edaces. Quis puer ocius
Pestinguet ardentis Falerni
Pocula praetereunte Lympha?

II-14

Eheu fugaces, Postume, Postume,
 Labuntur anni, nec pietas moram
 Rugis et instanti senectae
 Adferet indomitaque morti;

Non, si trecenis, quotquot eunt dies,
 Amice, places inlacrimabilem
 Plutona tauris, qui ter amplum
 Geryonen Tityonque tristi

Conpescit unda, scilicet omnibus,
 Quicumque terrae munere vescimur,
 Enaviganda, sive reges
 Sive inopes erimus coloni.

.....v.....
 Linqvenda tellus et domus et placens
 Uxor, neque harum, quas colis, arborum
 Te praeter invisas cupressos
 Ulla brevem dominum sequetur.

Absumet heres Caecuba dignior
 Servata centum clavibus et mero
 Tinguet pavimentum superbo,
 Pontificum potiore cenis.

II-15

Tum spissa ramis laurea fervidos
 Excludet ictus. Non ita Romuli
 Praescriptum et intonsi Catonis
 Auspiciis veterumque norma.

Non enim gazae neque consularis
 Submovet lictor miseros tumultus
 Mentis et curas laqueata circum
 Tecta volantes.

Vivitur parvo bene, cui paternum
 Splendet in mensa tenui salinum
 Nec leves somnos timor aut cupido
 Sordidus aufert

Laetus in praesens animus quod ultra est
 Oderit curare et amara lento
 Temperet risu; nihil est ab omni
 Parte beatum.

Non ebur neque aureum
 Mea renidet in domo lacunar,
 Non trabes Hymettiae
 Premunt columnas ultima recisas

Africa, neque Attali
 Ignotus heres regiam occupavi,
 Nec Laconicas mihi
 Trahunt honestae purpuras clientae.

At fides et ingeni
 Benigna vena est, pauperemque dives
 Me petit: nihil supra
 Deos lacesso nec potentem amicum

Largiora flagito,
 Satis beatus unicus Sabinis.

II-20

Non usitata nec tenui ferar
Pinna biformis per liquidum aethera
Vates, neque in terris morabor
Longius invidiaque maior

Urbes relinquam. Non ego, pauperum
Sanguis parentum, non ego quem vocas,
Dilecte Maecenas, obibo
Nec Stygia cohibebor unda.

III-1

Contracta pisces aequora sentiunt
Iactis in altum molibus: huc frequens
Caementa demittit redemptor
Cum famulis dominusque terrae

Fastidiosus. Sed Timor et Minae
Scandunt eodem, quo dominus, neque
Decedit aerata triremi et
Post equitem sedet atra Cura.

III-4

Utcumque mecum vos eritis, libens
 Insanientem navita Bosporum
 Temptabo et urentes arenas
 Litoris Assyrii viator;

III-5

Caelo tonantem credidimus Iovem
 Regnare; praesens divus habebitur
 Augustus adiectis Britannis
 Imperio gravibusque Persis.

III-6

Delicta maiorum immeritus lues,
 Romane, donec templa refeceris
 Aedesque labentes deorum et
 Foeda nigro simulacra fumo.

Dis te minorem quod geris, imperas:
 Hinc omne principium, huc refer exitum:
 Di multa neglecti dederunt
 Hesperiae mala luctuosae..

III-14

Hic dies vere mihi festus atras
 Eximet curas; ego nec tumultum
 Nec mori per vim metuam tenente
 Caesare terras.

III-16

Quanto quisque sibi plura negaverit,
 Ab dis plura feret: nil cupientium
 Nudus castra peto et transfuga divitum
 Partes linquere gestio,

Contemptae dominus splendidior rei,
 Quam si, quidquid arat inpiger Apulus,
 Occultare meis dicerer horreis,
 Magnas inter opes inops.

III-18

Si tener pleno cadit haedus anno,
 Larga nec desunt Veneris sodali.
 Vina craterae, vetus ara multo
 Fumat odore.

Ludit herboso pecus omne campo,
 Cum tibi Nonae redeunt Decembres;
 Festus in pratis vacat otioso
 Cum bove pagus;

III-21

Tu spem reducis mentibus anxiis
 Veresque et addis cornua pauperi,
 Post te neque iratos trementi
 Regum apices neque militum arma

III-24

Intactis opulentior
 Theauris Arabum et divitis Indiae
Caementis licet occupes
 Tyrrhenum omne tuis et mare Apulicum

Si figit adamantinos
 Summis verticibus dira Necessitas
Clavos, non animum metu,
 Non mortis laqueis expedit caput.

Campestres melius Scythae
 Quorum plaustra vagas rite trahunt domos,
Vivunt et rigidi Getae,
 Inmetata quibus iugera liberas

Fruges et Cererem ferunt,
 Nec cultura placet longior annua,
Defunctumque laboribus
 Aequali recreat sorte vicarius.

Quid tristes querimoniae,
 Si non supplicio culpa reciditur;
Quid leges sine moribus
 Vanae proficiunt? si neque fervidis

Pars inclusa caloribus
 Mundi nec boreae finitimum latus
Durataeque solo nives
 Mercatorem abigunt, horrida callidi

Vincunt aequora navitae,
Magnum pauperies opprobrium iubet
Quidvis et facere et pati,
Virtutisque viam deserit arduae.

Vel nos in Capitolium,
Quo clamor vocat et turba faventium,
Vel nos in mare proximum
Gemmas et lapides aurum et inutile,

Summi materiem mali,
Mittamus, scelerum si bene poenitet.
Eradenda cupidinis
Pravi sunt elementa et tenerae nimis

Mentes asperioribus
Formandae studiis. Nescit equo rudis
Haerere ingenuus puer
Venarique timet, ludere doctior,

Sue graeco iubeas trocho,
Seu malis vetita legibus alea,
Cum periura patris fides
Consortem socium fallat et hospitem,

Indignoque pecuniam
Heredi properet. Scilicet improbae
Crescunt divitiae; tamen
Curtae nescio quid semper abest rei.

III-29

Fastidiosam desere copiam et
Molem propinquam nubibus arduis,
Omitte mirari beatæ
Fumum et opes strepitumque Romæ.

Inritat amnes. Ille potens sui
Laetusque deget, cui licet in diem
Dixisse Vixi: cras vel atra
Nube polum pater occupato,

Vel sole puro; non tamen inritum,
Quodcumque retro est, efficiet neque
Diffinget infectumque reddet,
Quod fugiens semel hora vixit.

III-30

Princeps Aeolium carmen ad Italos
Deduxisse modos. Sume superbiam
Quaesitam meritis et mihi Delphica
Lauro cinge volens, Melpomene, comam.

Quem tu, Melpomene, sensel
 Nascentem placido lumine videris,
 Illum non labor Isthmius
 Clarabit pugilem non equus inpiger

Curru ducet Achaico
 Victorem, neque res bellica Deliis
 Ornatum foliis ducen,
 Quod regum tumidas contuderit minas,

Ostendet Capitolio;
 Sed quae Tibur aquae fertile praefluunt,
 Et spisaee nemorum comae
 Finget Aeolio carmine nobilem.

Lucem redde tuae, dux bone, patriae:
 Instar veris enim vultus ubi tuus
 Adfulsit populo, gratior it dies
 Et soles melius nitent.

Tutus bos etenim rura perambulat,
 Nutrir farra Ceres almaque faustitas,
 Pacatum volitant per mare navitae,
 Culpari metuit fides,

Te multa prece, te prosequitur mero
 Defuso pateris, et Laribus tuum
 Miscet numen, uti Graecia Castoris
 Et magni memor Herculis.

'Longas o utinam, dux bone, ferias
 Praestes Hesperiae!' dicimus integro
 Sicci mane die, dicimus uvidi,
 Cum Sol Oceano subest.

IV-7

Diffugere nives, redeunt iam gramina campis
 Arboribusque comae;
 Mutat terra vices et decrescentia ripas
 Flumina praetereunt;

Gratia cum Nymphis geminisque sororibus audet
 Ducere nuda choros.
 Immortalia ne speres, monet annus et alnum
 Quae rapit hora diem.

.....

Cum semel occideris et de te splendida Minos
 Fecerit arbitria,
 Non, Torquate, genus, non te facundia, non te
 Restituet pietas:

Infernis neque enim tenebris Diana pudicum
 Liberat Hippolytum,
 Nec Lethaea valet Theseus abrumpere caro
 Vincula Pirithoo.

IV-8

Non incisa notis marmora publicis,
 Per quae spiritus et vita redit bonis
 Post mortem ducibus, non celeres fugae
 Reiectaeque retrorsum Hannibalis minae,

Non incendia Carthaginis impiae
 Eius, qui domita nomen ab Africa
 Lucratus rediit, clarius indicant
 Laudes quam Calabriae Pierides neque

Si chartae sileant quod bene feceris,
 Mercedem tuleris. Quid foret Iliae
 Movortisque puer, si taciturnitas
 Obstaret meritum invida Romuli?

IV-9

Paullum sepultae distat inertiae
 Celata virtus. Non ego te meis
 Chartios inornatum silebo,
 Totve tuos patiar labores

Inpune, Lolli, carpere lividas
 Obliviones. Est animus tibi
 Rerumque prudens et secundis
 Temporibus dubiisque rectus,

Vindex avarae fraudis et abstinens
 Ducentis ad se cuncta pecuniae,
 Consulque non unius anni,
 Sed quotiens bonus atque fidus

Iudex honestum praetulit utili,
 Reiecit alto dona nocentium
 Vultu, per obstantes catervas
 Explicuit sua victor arma.

IV-15

Ianum Quirini clausit et ordinem
 Rectum evaganti frena licentiae
 Iniecit emovitque culpas
 Et veteres revocavit artes,

Per quas Latinum nomen et Italiae
 Crevere vires famaue et imperi
 Porrecta maiestas ad ortum
 Solis ab Hesperio cubili.

Custode rerum Caesare non furor
 Civilis aut vis eximet otium,
 Non ira, quae procudit enses
 Et miseras inimicat urbes.